TESTIMONIOS ARRECIFE

Querido lector, aquí encontrará
textos sedimentarios sobre la Orquesta Arrecife: entrevistas, manifiestos y otras informaciones, no siempre útiles.

ÍNDICE

Vendiendo aire	5
El camino del artista	6
El viaje de Antonio	11
Churched ill	12
Ka	13
Utopía	15
La máquina del tiempo	17
El cadáver exquisito	19
Statement sobre el careto	23
La parábola del pescador	24
100	25
Adoro mi bici, reflexiones	28
La verdadera Orquesta Arrecife	29
Anuncio del reloj de Apple	31
2.000	32
Música real	34
Los cinco sacramentos de la Orquesta Arrecife	37
Una lectura de la Armonía de las esferas	42
Otra lectura de la Armonía de las esferas	44
El relativo éxito de la lista de terror	47
El arte de hacer mal el arte	55
Reseña del numacompact (1)	56
El pianista tullido	60
Chuck Berry hacía reguetón	62
Máquinas humanas	64
Lo último de Shakira	66
3.000	67
Fe de errores: El dragón	70

Fibáñez 71

Boletín filosófico de noticias Arrecife 74

Los tres *must* de un single 76

4.000 78

Lo último de Charls 82

Dossier 84

5.000 (avance) 86

5.000 (presentación) 90

5.000 (la entrevista) 93

5.000 (outro) 98

VENDIENDO AIRE

Aproximadamente 850 de cada 900 chavales sueñan alguna vez con ser estrellas de la música. Quizá 200 de ellos montarán una banda, se apuntarán a clases de música, participarán en concursos televisados... 1 de cada 1.000, pongamos, vivirá su sueño adolescente, que por supuesto no se cumplirá en la medida en que lo había figurado. Tendrá que aceptar exigencias, trabajar muy duro y posiblemente su exitosa carrera musical consistirá en cinco minutos de fama. O incluso menos. Un corte de tres minutos que debutará en el mainstream nacional y que Pablo tendrá que interpretar millones de veces, tantas que acabará renegando de él. Cuando Pablo ya es famoso, después de su tercera desintoxicación, piensa que quizá debía haber sido abogado, ingeniero, mecánico o fontanero. Tener una vida... ¿normal? El dinero no da la felicidad, pero Pablo llora más a gusto en su deportivo y muchos chavales sueñan con ser como Pablo. Porque Pablo tiene un deportivo y es una estrella de la música.

Está bien aconsejar que la gente persiga sus sueños. Pero este sueño que nos ocupa no es sino un estándar diseñado por la industria, alimentado por la publicidad, enaltecido por los medios, sustentado por una gran montaña de dinero que pone precio a la vida de los artistas, que los coloca en un ranquin de productos, que los otorga la categoría de dioses inmortales en la tierra. Se venden discos, camisetas, conciertos... A veces me pregunto si realmente la música es esta escena fanática porque me parecen ridículos los escenarios, porque me parece absurda la crítica... no entiendo que la música sea un espectáculo, un negocio, un sistema controlado por las grandes multinacionales, por los gurús de las redes sociales. Han puesto precio a la luz del sol. Están vendiendo el aire.

De súbito llega internet vestido al uso de la esperanza salvadora de la música. Es el fin del antiguo y corrompido modelo industrial. Es como cuando un partido político nuevo irrumpe en la escena bipartidista, una esperanza donde todos se sienten reflejados. Algo va a cambiar. Pronto la gente desilusionada encuentra en los nuevos modelos el alivio a todas sus frustraciones. Y así es como un buen número de chavales soñarán de nuevo con ser Pablo. Muy pocos llegarán a serlo. Y el que alcance su sueño, seguramente no alcance la felicidad.

El CAMINO DEL ARTISTA

Entrevista autobiográfica a Fernando Cárcamo para *Las torres de papel.*

P: *¿Cuál fue tu primera vocación artística, recuerdas tus primeros contactos con el mundo del arte?*

R: Mi primera vocación artística, o una de las primeras, fue la de actor cómico. Mi introversión y mala memoria para los guiones me apartaron de esa profesión. La primera educación que recibí fue bastante severa, pero debo agradecer a ella el contacto con el teatro. Dentro del programa educativo, hacer teatro constituía un verdadero recreo y creo que significó un aporte de valiosas enseñanzas.

En clase leíamos el guion y una vez asignados los papeles, ensayábamos. Ya desde muy pequeño mostré cualidades para la lectura, también era bastante payaso, esto me concedía cierta ventaja sobre mis competidores. Recuerdo que interpretamos, entre otras, la obra *El inspector* de Nikolai Gógol. Dar vida a un texto, recitarlo, encarna una gran y grata experiencia. Creo que el teatro contiene un gran atractivo y se descuida su enorme potencial en la educación para acercar a los jóvenes al mundo de las letras. El teatro puede hacer ver a la gente que la palabra no es algo muerto, ni cosa del pasado, sino un elemento vivo y, hasta cierto punto, libre de ser interpretado. También el hecho de establecer una rutina, de interactuar con otros actores, de proyectarlo todo hacia una representación final con un público… desentraña mucho de la práctica artística, aplicable prácticamente en todos sus campos.

Recuerdo con gran cariño los concursos de literatura. Gané la mayoría de ellos y eso me daba acceso a leer mi obra delante de padres, alumnos y profesores. Incluso delante del director del centro, la máxima figura de autoridad que generaba respeto y temor a partes iguales.

El último premio que gané quizás merece relatarlo. Nos habían encargado un texto para el concurso y el ganador sería elegido mediante votación popular. Alguno de mis compañeros, de no incurrir en el plagio de una obra ya preexistente, había escrito una propuesta seguramente mejor que la mía. Sospecho que el profesor era de esta opinión. Sin embargo, el hecho de ser el favorito en ediciones anteriores y conectar con la gente a través del sentido del humor me otorgó el galardón. La obra había que encuadernarla y pasarla a limpio, y la noche anterior a su lectura pública tuve un acceso de creatividad y miedo porque no fuera suficientemente buena, de modo que la reescribí prácticamente, no sé si mejorándola, pero desde luego con pánico a que el jurado advirtiese que esa no era, ni mucho menos, la obra original. La presión de su estreno me motivaba a hacerlo lo mejor posible y de ahí puedes extraer que cuando piensas en quien va a escucharte, puedes sentirte al igual que intimidado, resuelto a ofrecer aquello que consideras valioso, instructivo, provocador o interesante. La respuesta es un elemento troncal dentro de lo que es el arte, muchas veces una pura conversación.

Había notado que, si la lectura se repetía, los chistes no provocaban tanta carcajada, de modo que tuve que incluir nuevos gags y pulir los viejos. Creo que el texto, en sí, era bastante desordenado y la línea argumental la he olvidado por completo. En las fases de clasificación la gente se había reído bastante, pero el día de su presentación no conseguí ninguna respuesta

favorable, salvo el obligado y quizá inmerecido aplauso final. Sentí que había aburrido al público con mis ingeniosas tonterías y traté posteriormente de aclarar este episodio con multitud de reflexiones, ninguna de las cuales me aportó nada valioso.

Por circunstancias personales, mi madre sentía que ella no había tenido acceso a muchas oportunidades dentro del mundo de la educación, de tal modo que procuró que su hijo estuviera en contacto con el conocimiento. Fue ella la que me llevó hasta la biblioteca, la que me inscribió en clases de piano o de pintura que luego, inmediatamente, quería abandonar.

P: *Y después vino el dibujo.*

R: Así es. No sé si después o al mismo tiempo. Un contacto tan estrecho con la literatura me llevó, inicialmente, a la vertiente más literaria del dibujo: el cómic. También aquí la perspectiva humorística era una herramienta muy valiosa. Entre todos los libros que por entonces caían en mis manos, conocí las publicaciones del TBO, de Jan y, por descontado, de Ibáñez, al que yo llamaba *Fibáñez*. Mis historietas no eran buenas ni interesantes, ni siquiera estaban bien organizadas, pero me permitían materializar pensamientos y pasar bastantes horas entretenido, absorto en la creación. De *Fibáñez* aprendí a dibujar sin parar, independientemente de conseguir la excelencia en el resultado. En las clases escolares dedicaba más tiempo al dibujo que a la labor de atender y los profesores me permitían dibujar hasta cierto punto, porque si no, acababa boicoteando su duro trabajo. Prefería estar encerrado en mi cuarto en compañía de mis bolígrafos y lapiceros en vez de en la calle, jugando con otros niños. El arte, mis personajes, era mi juego, mi pasatiempo, mi diversión. Vivir vidas ficticias e imposibles me proporcionaba mayor satisfacción que cualquier otra cosa en el mundo real. Por entonces no pensaba en que aquello que realizaba tuviera un alto valor más allá del que yo pudiera otorgarle. Aquí el público, la respuesta, no era tan importante como en el caso anterior que he comentado. Disfrutaba mucho creando nueva obra, pero también lo hacía revisando obra vieja. Gracias a esta revisión accedía a retrospectivas y tiempos pasados, me fascinaba como todo el tiempo quedaba resumido en unos trazos a los que podía retornar en cualquier momento. Asimismo, me preocupaba la tremenda descompensación que había, pues una semana de esfuerzo constante y prolongado (aun divertido), podía quedar reducida a una mera página que amarilleaba y no valía demasiado. Ya desde entonces, trabajaba sobre soportes y con materiales *poco nobles*, otorgándole un inconmensurable valor al contenido y no a las formas, práctica que ha sido constante en mis dedicaciones posteriores, como a la hora de presentar mis trabajos sin encuadernar y con una grapa, o a la hora de hacer fotografías con un móvil de escasa resolución.

Esta etapa de autosuficiencia y ensimismamiento tenía poco recorrido. Constantemente acudían a mí preocupaciones, hasta cierto punto absurdas como*, ¿es esto realmente bueno? ¿merece la pena?*... E idealizaba un estreno, una representación, en la cual la gente revisara mis trabajos y quedasen absolutamente maravillados. Guardaba celosamente mis gruesos tomos de dibujos confiando en que algún día, seguramente, sería considerado uno de los grandes artistas de la historia universal. Sin embargo, comparándome con otros artistas, encontraba mi obra bastante inferior. Sospechaba que mi producción era demasiado personal e introspectiva, absurda e intrascendente, cándida, que a nadie interesaría entonces, que carecía de valor, por lo tanto. Pero mientras yo estuviera contento con ella, lo demás no trascendía demasiado, y me cerraba constantemente a recibir aportaciones o referencias externas, confiando en que, con años y

años de trabajo e investigación constante, llegaría a mejorar mi arte y a fuerza de dar vueltas en círculos hacia el interior, encontraría verdades increíbles que nunca en la historia se hubieran revelado.

En algún momento se produjo un punto de inflexión. Fue hacia el año 1997, concretamente, cuando contaba con 14 años. Tuve un deseo de abandonar mi línea impulsiva y cómica y realizar obras más ambiciosas y trascendentes, más *serias*, que merecieran ser recordadas y aportasen algo a una visión del espectador. *Hombre y naturaleza* fue la primera obra que inauguró un nuevo periodo del que no me quería ruborizar.

Como no podía ser de otra manera, esta obra fundacional tenía mucho de cómic, y volví avergonzado sobre ella, años atrás, embadurnándola de tinta para que los futuros descubridores no pensaran que era la obra ingenua e inexperta de un niño. La evolución pasó por abandonar la historieta gráfica y centrarme en dibujos más elaborados, con una gran carga conceptual, en un principio filosófica. Más o menos por entonces decidí convertirme en algo así como un *dibujante profesional*, sea lo que fuera eso, con lo cual ya tenía una meta, un objetivo e incluso una razón de vivir. Veía claramente mi futuro dibujando e imaginaba que alguien, algún día, pagaría sumas desorbitadas por mis trabajos. Pero eso no era compatible con mi deseo de conservarlos todos en propiedad. Sin duda alguna pensaba que el dinero que me pudieran ofrecer por mis obras, nunca llegaría a compensar el valor que yo les otorgaba en aquel momento.

P: *¿Qué pasaba con la música entonces?*

R: Como ya he comentado en otros coloquios, inicialmente la música no tenía para mí la proyección que tenía el dibujo. Ir a clases de piano suponía entonces una pesada obligación y la única faceta que me interesaba era la de componer, pero en la escuela no podía desarrollarla. Me habían metido en la cabeza que para ser pianista necesitaba estudiar mucho, demasiado. Tenía que significar, a la fuerza, un sacrificio desmedido y tedioso. Además de estudiar mucho, tenía que ser un genio en la música, demostrar unas dotes excepcionales a la manera de Mozart prácticamente, y eso, estaba visto, no era así. Hubo un tiempo en que tenía un amigo que por entonces estaba convencido que iba a ser profesional en el mundo del tenis. Él se veía algún día jugando en los grandes *slams* de la misma manera que me veía a mí como un prestigioso y aclamado pianista de concierto. Era perfectamente lógico. A mí me seducía esa idea, pero la creía muy lejana e irrealizable, de manera que tendía a rechazarla. Por lo que sé, mi amigo sufrió una terrible enfermedad con varias operaciones quirúrgicas en una pierna, hecho que con toda seguridad lo alejaría de su sueño. El resto de mis amigos, por entonces, tenían más o menos claro su futuro y yo en cambio contaba con mi quimérica idea de ser dibujante, idea que no compartía con nadie porque sospechaba no era muy buena y, en adición, la gente no iba a acogerla bien. Tampoco sabía muy bien, cómo, concretamente, esta iba a materializarse algún día.

En otras entrevistas y testimonios siempre he hablado mal de la escuela de música, pero en esta ocasión quiero resaltar aspectos positivos, que también los hubo. Tras la primera profesora de piano que tuve, persona que durante muchos años desvió mi atención artística, cursé mis últimos años con un profesor bastante distinto y motivador. No sé cómo algunos de mis dibujos

cayeron en sus manos, el caso es que me transmitió su admiración por ellos, y decidió organizar una exposición de mi obra. Yo no me consideraba preparado para mostrarme al público, tenía demasiadas dudas e inseguridades, pero el público terminó acogiendo bien mi propuesta. En adición, desconfiaba tremendamente de lo que la escuela de música pudiera ofrecerme pues, hasta la fecha, no habían sido más que situaciones incómodas.

En un tablón de opiniones la gente dejó mensajes de todo tipo y yo guardé aquello como un tesoro. Anduve muy nervioso aquellos días y con el fin de no ilusionarme demasiado, de protegerme, me mostré bastante cerrado y taciturno. Todo aquello me venía demasiado grande, mi obra expuesta, mi biografía y nombre en fotocopias… era un verdadero impacto, pero también, al mismo tiempo, la materialización de mi sueño. Así pues, pensaba algo así como *¿esto es todo?* Un poco decepcionado, al tiempo que vivía expectante las evoluciones de la exposición. Me sentí muy agradecido con aquel profesor y cuando toda la vorágine pasó, creo que todavía me sentí más. No lo supe expresar en su momento, por lo que he explicado, y al cabo de los años volví al auditorio con el fin de agradecer a este hombre aquella oportunidad, me sentía en deuda. No obstante, no conseguí localizarle.

Continué mis estudios con bastantes altibajos, preparando el acceso a Bellas Artes y abandonando la música. Realmente acceder a aquella carrera significaba una vía material de lograr mis aspiraciones, pero llevaba mucho tiempo desconfiando del sistema educativo. Intentar acceder al conservatorio sin conseguirlo fue un duro golpe, el último de todos los que la dichosa música me había asestado. Yo no quería ni oír hablar del piano y temía que Bellas Artes fuera a convertirse en otra escuela de música, es decir, algo que en pos de instruirme me alejara de mis pasiones.

P: *Te matriculaste en Filosofía.*

R: Mi año en Filosofía fue muy tormentoso. En aquella época había sido sometido a muchas presiones. No solo pesaba mi frustrado acceso de terminar la carrera musical o los muchos colegios de los que fui expulsado por mala conducta. Cuando conseguí el pase a la universidad, me presenté a las pruebas de acceso de Bellas Artes, fracasando en mi primera tentativa. Había muchísimos candidatos y el corte era muy difícil de superar. Hubiera abandonado todo, pero mi padre me persuadió para que insistiera y, a fin de no perder el año, me aconsejó matricularme en otra carrera. Yo elegí Filosofía porque era una materia que me interesaba, pero no tenía mucha preparación y me había incorporado con el curso ya bastante avanzado. En suma, la universidad no era, ni mucho menos, lo que esperaba.

La segunda vez que realicé la prueba de acceso a Bellas Artes conseguí el dichoso APTO. Sin embargo, como contaba con una media pésima del bachillerato y selectividad, no había sitio para mí en la facultad. En el momento de recibir aquella funesta noticia la funcionaria del vicerrectorado me informó de la existencia de una facultad de Bellas Artes en Aranjuez. Aranjuez estaba bastante lejos prácticamente de cualquier parte, en los confines de la Comunidad de Madrid, nadie sabía que existía aquello, pero allí podría realizar mis estudios a pesar de que el trayecto en transporte público me llevara cuatro horas de viaje todos los días. Yo estaba dispuesto a hacer cuatro horas u ocho, en pos de cumplir mi sueño, faltaría más. Resulta curioso

que sin esta funcionaria a la que solo vi una vez en mi vida durante algunos minutos, mi vida hubiera sido muy distinta.

P. *Ingresaste en Bellas Artes entonces, cumpliste con tu sueño*.

R: Podría escribirse así en un guion de Hollywood, pero no fue exactamente así. Obtener aquel título, de alguna forma, significaría que la sociedad entonces me reconocería como artista. Esta idea es completamente equivocada pues muy pocos artistas han estudiado Bellas Artes, un título no avala tus conocimientos… realmente ser licenciado en esta materia te aporta muy pocas cosas en la práctica diaria. Lo que importa, a fin de cuentas, es que implicó un paso significativo y una meta que, esta vez sí, conseguiría realizar con éxito.

Al igual que en el capítulo de la escuela de música, podría referir muchas cosas negativas sobre la enseñanza, pero quiero destacar que gracias a mi ingreso en la facultad conseguí reconciliarme con la música. Ya por entonces era un gran dibujante mas aquel camino había dejado de interesarme. Tampoco todo lo que aprendí en academias de arte a fin de realizar el ingreso, sirvió de algo. En la facultad toqué en un grupo de música y esto me aportó tan buenas sensaciones que me impulsaron a desarrollar mi propia producción con el uso de nuevas tecnologías. *El viaje de Antonio* también ayudó mucho a que adquiriera confianza en mis posibilidades. Trabajé bastante y con constancia, en el año 2009 recibí mi licenciatura y en el 2011 fundé la Orquesta Arrecife. Con los años mi música empezó a ser solicitada por video creadores muy diversos y diferentes. Más allá de lo que pudiera retribuirme económicamente, había encontrado una meta, una utilidad, un lugar en el mundo y una materia en la que explorar y evolucionar constantemente, fuera de convencionalismos, dogmas, complejos y ataduras. Hoy en día es una de las pocas cosas que me hacen vivir con ilusión. No sé si en el futuro seguiré desarrollando esta disciplina, pero hoy por hoy, a nivel profesional y personal, es de lo que más me satisface.

P: *Quedaría, por último, hablar de tu faceta literaria más allá de sus comienzos*.

R: No solo fui una persona muy imaginativa, solitaria y rebelde, también un voraz lector. Esto me llevó, inevitablemente, a escribir. Cuando tenía 17 años, más o menos, empecé a hacerlo con algún tipo de proyección. Creo que la escritura no es tanto una obra artística definitiva como una necesidad bastante práctica de ordenar tus ideas, de viajar a placer en el tiempo, de concebir cuanto se te antoje... La escritura tiene un punto de inmediatez y claridad que es menos sensible en el dibujo o la música. Al menos, no del mismo modo. Hoy en día puedo proclamar con orgullo que tengo tres obras *importantes* publicadas. Me han llevado mucho trabajo y cuando he estado inmerso en ellas ha sido lo mismo que cuando estuve haciendo dibujos o cuando compongo un tema musical apasionante. Sin embargo, no las veo potencial para ser bien recibidas. No sé si es que su público no existe o es muy minoritario, si mi trabajo adolece de fallos imperdonables… están ahí, porque para mí son una necesidad y un reto, pero no creo que vayan a prosperar mucho.

EL VIAJE DE ANTONIO

El viaje de Antonio se escribió cuando tenía corta edad, quizás ocho, diez, doce años. Mis padres habían vendido la casa en la que vivían y se habían mudado a otra. El comprador de la antigua casa no pudo hacer frente a la totalidad del pago y decidió entonces dejarnos como contraprestación un piano bastante duro, viejo y desafinado. Originalmente estaba afinado un tono o medio tono por debajo del La a 440 Hz y no hubo manera de adecuarlo a los estándares. Aquel enorme trasto me fascinó y quise aprender a tocarlo desde el primer momento que entró aparatosamente en casa, para lo cual mis padres me inscribieron en la escuela municipal de música. Allí, la primera profesora de piano que tuve, determinó nada más observar mi mano izquierda que enseñarme a tocar era una completa pérdida de tiempo, pues bajo su inmudable y contrastada opinión, nunca llegaría a ser pianista.

A pesar de que no guardase buen recuerdo de la escuela de música, lugar que acabé abandonando, empecé a componer pequeñas piezas musicales, labor que desde un primer momento me estuvo vetada por los profesores de la escuela.

Bastantes años después, haciendo limpieza de papeles viejos e inservibles, topé fortuitamente con El viaje de Antonio cuando no era El viaje de Antonio y decidí grabarla simplemente por conservarla como recuerdo de aquella inicial y oscura etapa.

Presenta una alegre y colorida melodía en la bemol mayor. Para conducirla me inspiré en Bach y en la forma de canon. Los motivos de la mano izquierda van siendo imitados por la mano derecha, alcanzando notas muy altas y vibrantes. Es una canción infantil y divertida, como de ensueño, que, al director de la serie, Antonio Cano, le pareció perfecta para una de las escenas en las que entonces estaba trabajando.

CHURCHED ILL

Se rumorea por los lugares menos concurridos de la red que la Orquesta Arrecife ya tiene listo su próximo álbum. El lanzamiento no tiene fecha concreta, pero es inminente.

El autor de El viaje de Antonio ha concedido una audición a los medios y ha realizado las siguientes declaraciones:

"Con este álbum me haré multimillonario. Si tuviera la menor duda de que no va a ser así, no lo publicaría".

"*Churched ill* es el nombre de un estilo que decíamos tenían las canciones de un grupo en el que estuve de bajista. No tiene traducción literal, es algo así como "párroco enfermo" o "eclesiástico enfermo". Llamábamos "miseros" a algunos de nuestros temas por su tufillo a monasterio o a parroquia... realmente son complejos de definir. Es barroco-blues, blues clásico... puede llamarse también *funk trascendental*. No es ni música clásica, aunque suene así ni blues, aunque pueda parecerlo. Se trata de una mezcla con tintes folclóricos capaz de horrorizar incluso a gente con muy mal gusto. Por estas y otras razones quisimos poner una calavera en la portada del disco, a fin de cuentas, se trata de material peligroso. Nos preocupa también los que al verla esperen un disco frenético y trepidante y se encuentren con nuestros habituales temas a 70 bpm".

"Mi tema favorito siempre es el último tema que hago, aunque sea una mierda y posteriormente acabe avergonzándome de él y maldiciéndolo, igual con los álbumes. Según las estadísticas de nuestra audiencia cada vez hacemos peor música porque lo último resulta ser siempre lo menos escuchado. ¿Es buena música o es mala? Dependiendo de cuando la escuche un día puedo asegurar que si no existiera sería necesario hacerla o por el contrario debería pensar seriamente en dedicarme a otra cosa".

"Caminamos en el desierto y lo nuestro ni siquiera es underground. Son partículas infinitesimales en la marea de datos o el cd rotulado del chalado que vive en el 29".

"Si detrás de todo este tremendo esfuerzo (y toneladas de diversión) hay una sola persona en algún lugar del mundo que ha sentido algo positivo con esta música nuestra labor es recompensada con creces. Y con cerca de setecientas descargas las posibilidades de que estos mensajes en botellas hayan llegado al lugar indicado son bastantes. A menos que sea mentira. Otra más".

KA

P: ¿Por qué a usted se le recuerda como el autor de *El viaje de Antonio*?

R: Viene de lejos. En el año 2008 alcancé la fama mundial. El viaje de Antonio es el único minuto de mi música que ha escuchado el gran público. A efectos de producción ha sido también el único minuto más o menos rentable. El resto, horas y horas de grabaciones, para ser sincero, no lo escucha prácticamente nadie. Dado que El viaje de Antonio es el único éxito en mi carrera musical comprenderá que he hablado largo y tendido de él y que hasta cierto punto es innecesario seguir haciéndolo.

P: Hablemos de la Orquesta Arrecife entonces. ¿Cómo surgió?

R: Antes que la Orquesta Arrecife existiera, venía realizando grabaciones con una cámara web que debió costar unos cinco euros. Desconocía que el sonido podía grabarse por línea, de modo que el ruido de caja de clavos de los altavoces de un teclado casi de juguete era recogido por el micro de la cámara web. La idea de la Orquesta Arrecife era fusionar dos estilos en cierta medida minoritarios y marginales -como lo son la música clásica y el blues- dando lugar a lo que llamamos *underground music*; una música libre, auto producida y original.

P: Ahora edita su quinto álbum, *Ka*.

R: Eso es.

P: ¿Le importa que hablemos de él tras la pausa publicitaria?

R: En absoluto, para eso he venido.

P: Entrevista con el autor de El viaje de Antonio, amigos, nos vemos tras la pausa.

(Pausa publicitaria)

P: Tras la pausa publicitaria seguimos entrevistando al autor de El viaje de Antonio. ¿Qué es Ka?

R: Según la mitología egipcia, conforma el espíritu humano, junto al Ba, el Aj, el Ib, el Ren y el Sheut. El Ka otorga la inmortalidad a cada hombre. Nos pareció que un nombre así evocaba espiritualidad y trascendencia, se refiere al alma y a lo esencial. También es corto, fácil de recordar y no muy común. A veces, al grabar nuestra música, sentimos como si estuviéramos en un proceso de momificación. Utilizamos también armonías ancestrales y elementos poco sofisticados.

P: Si en algún lugar escucho alguna de las pistas de Ka, ¿Podré reconocerlo con el *Shazam*?

R: Evidentemente no. Nuestro circuito de distribución es muy limitado y si la gente nos escucha es de pura casualidad. Se ha hablado mucho y con entusiasmo de nuevos modelos de producción musical, pero en el fondo las cosas han cambiado muy poco. El interés comercial sigue siendo la base de la distribución musical y los canales "alternativos" suelen funcionar al estilo de los 40 principales.

P: Aunque la Orquesta Arrecife no hace versiones tengo entendido que sí incluye melodías *mainstream* en el repertorio.

R: Son mensajes subliminales, detalles difíciles de apreciar, pequeños guiños. Hemos incluido fragmentos de una canción de Eminent, de Clapton, de Steve Wonder... referencias a Gloria Gaynor, a Mike Oldfield, a Bill Withers o a Mecano. Hay también un fragmento de un concierto de Beethoven por ahí perdido... son muchos y no me acuerdo de todos. En Ka hemos hecho referencia a La Lambada. hemos incluido también unos segundos de un concierto que dio Paul McCartney en La casa blanca. Naturalmente esto no lo decimos muy alto porque entonces podríamos tener problemas en materia de derechos de autor.

P: ¿Dónde se puede escuchar y descargar el disco?

R: Se publicará prontamente en nuestra página oficial y seguidamente, en varias redes.

P: Un placer haberle tenido de nuevo en Las torres de Papel y esperamos verle de nuevo por aquí con otro de sus apasionantes trabajos.

R: El placer es mío.

UTOPÍA

P: Hoy la Orquesta Arrecife estrena su decimoséptimo trabajo: *Utopía*. Para hablarnos de él contamos con la presencia del inefable autor de El viaje de Antonio. Un placer tenerle con nosotros.

R: El placer es mío.

P: Utopía se define como un compendio de músicas que manifiestan el deseo de un mundo más justo y mejor, acaso irrealizable, ¿pretende cambiar el mundo con su música?

R: Bueno, esto último sería pretencioso. Sí es cierto que componiendo uno mejora un poco las cosas; en el tiempo que compongo no estoy haciendo demasiado mal al mundo y si alguien se dedica a escuchar Utopía sin hacer otra cosa mientras, puede que eso le aleje -al menos momentáneamente- de cometer algún asesinato, atrocidad o empeorar aún más nuestra convulsa realidad.

P: Manolo Escobar, Rita Barberá, Javier Krahe o Stephen Hawking; un elenco bastante dispar de apariciones estelares.

R: Utopía no es una visión de un mundo mejor, sino una mirada al presente, a nuestra cotidiana y a veces disparatada realidad. Este trabajo comprende elementos satíricos y burlescos, a pesar del tono predominantemente triste y dramático del grueso de las orquestaciones. No hay que olvidar tampoco el diálogo de una película sugerido por Luimmi, en el que el protagonista intenta recitar un poema a su familia. Este pasaje es particularmente gráfico pues, de alguna manera, ilustra lo que a veces es la utópica realidad artística. La creación frecuentemente está rodeada de incomprensión y atacada por convencionalismos. *Eso no es un poema, ni siquiera rima*, dice el padre a nuestro trastornado protagonista.

P: Define el año 2015 como un año muy productivo musicalmente hablando. En este 2015 ha auto editado varios títulos: Además de Utopía; Andrómeda, La llanura del olvido, Cajón desastre, 13 y La gran evasión. Un total de seis álbumes. ¿No tiene otra cosa mejor que hacer?

R: He publicado también una suerte de novela, *Las torres de papel*, además de colaborar en el rodaje de algunos vídeos que hemos sacado adelante para promocionar la música. A pesar de esta frenética actividad en la que me he visto envuelto en este año 2015 la sensación de los que me rodean es, naturalmente, que no hago absolutamente nada.

R: ¿Publicará la Orquesta Arrecife algún álbum más a parte de éstos en lo que va de año o va a tomarse un respiro?

A: Seguro. Todavía no sé qué tipo de músicas contendrá el siguiente álbum. Tampoco sé cómo se llamará, ni si será una realidad dentro de un tiempo. Nuestra intención es seguir grabando

para ofrecer músicas al mundo a pesar de los escasos frutos de nuestro trabajo y de lo complejo de la causa artística. Es algo utópico, desde luego, pero como dicen por ahí: *sin la música el mundo no tendría sentido*.

LA MÁQUINA DEL TIEMPO

P: Con nosotros de nuevo, El autor de El viaje de Antonio, autor también de La máquina del tiempo, el último flamante álbum de la Orquesta Arrecife, un placer tenerle con nosotros.

R: Encantado de estar por aquí otra vez.

P: La máquina del tiempo, un álbum de versiones... y pregunto yo: ¿no está eso un poco trillado?

R: Actualmente hay cierta controversia en torno a ese tema. Aquí, en España, los llamados *grupos tributo* son odiados y amados a partes iguales y bueno, lo cierto es que estos últimos suelen, por norma general, tener más éxito financiero que los grupos que cuentan con un repertorio original, quitando a los músicos consagrados de los cuales se hace tributo. El público español, comúnmente, prefiere escuchar música vieja y popular, música que encuentran en las radios o en cualquier otro sitio que suelen frecuentar, lo cual no debe ser forzosamente malo, estamos hablando de escuchar música, no de matar a nadie.

Muchos músicos en España solo pueden ganarse la vida haciendo versiones y esta es una queja bastante extendida dentro del gremio. Una cosa no quita a la otra. El hacer versiones viene de muy lejos y se puede compaginar perfectamente con el desarrollo de un repertorio propio, original y elaborado que seguramente no tenga ninguna aceptación. Se aprende mucho plagiando o robando, es consustancial a la práctica musical y algo en lo que creo no debería de haber restricciones legales en busca únicamente de hacer negocio. Sí, es triste que en España solo se pueda ganar dinero haciendo pasodobles, eso no lo discuto, pero no debemos culpar a las orquestas pachangueras o a los tributo de su relativo éxito en detrimento de otros tipos de música. Si la gente no quiere escuchar música nueva no es porque haya grupos tributo robándoles el público. Al contrario, cuanta más gente escuche música más probabilidades hay que prueben a escuchar música nueva. Más daño hacen a la música otras cosas que no voy a nombrar pues ya imagino la entrevista está siendo bastante polémica de por sí.

R: ¿Los políticos, por ejemplo?

A: Son mucho peores que la carne procesada o el plutonio en el pescado.

R: Suena a ¿Queréis versiones? Tomad disco de versiones, además mainstream.

A: Si las versiones tienen su público, ¿por qué negarse a hacerlas? ¿Vas a dejar de ser original? ¿Te van a demandar? ¿Vas a hacerte rico y a dejar de ser underground? Estoy seguro de que los que leen el nombre Orquesta Arrecife por vez primera esperarán un disco más parecido a La máquina del tiempo que a Musarañas. ¿Faltos de talento? ¿Oportunistas? Hace nada fuimos con un tema propio, La rueca, debajo del brazo a una radio bastante poco mainstream. Tenía menos *likes* que nosotros incluso, y ya es decir. No sé si La rueca fue emitida, pues me enganché tarde al programa, pero lo que sí pude comprobar es que pincharon tres temas de La máquina del tiempo localizados por ellos mismos. Ni siquiera habíamos hecho mención del álbum. Tenemos

muchos discos completamente originales que han pasado completamente desapercibidos; la productora estaba por cambiar de estrategia y apostar en serio por el tema de los tributo, no quedándonos entre dos aguas esta vez como ocurrió con Emisión subterránea o La gran evasión, álbumes que deben parte de su popularidad a las versiones. Versiones libres, se entiende, bastante poco estrictas.

R: Vamos, que os habéis vendido del todo.

A: Antes de La máquina del tiempo contábamos ya con un largo recorrido de versiones más o menos ortodoxas a nuestras espaldas. En el momento de publicar el Happy 20´s a los cuatro gatos que lo escucharon les pareció buena idea seguir así hasta épocas actuales y dijimos: ¿por qué no? Puede resultar un buen álbum.

R: ¿Y si os dijeran de hacer un disco de reguetón, diríais lo mismo?

A: Nunca me imaginé tocando Pimpinela, Manolo Escobar, Julio Iglesias o el himno del PP. No me considero ni de lejos un fan de esa música, pero existe el sentido del humor, algo que se debe conservar a toda costa y que nos debe liberar de absurdos prejuicios.

EL CADÁVER EXQUISITO (Introducción)

Nunca he sido un apasionado oyente de música. Descubrí hace poco una entrevista a Mike Oldfield en la que confesaba que, fuera de su música, era infrecuente que escuchase otros autores. Tampoco Kant, según cuentan, viajó demasiado. Estos y algunos otros raros ejemplos suponen para mí cierto consuelo pues, en mi soledad y aislamiento, no me siento tan extraño.

Cuando he hecho patente mi falta de referencias musicales a otras personas, pocas veces no ha sido vista como una tremenda falta, como un despropósito, como un sinsentido. Aún hoy día me supone cierto pudor confesarlo. Escuchar música tendría, a la fuerza, que hacerte mejor músico igual que leyendo libros descubres nuevas ideas para contrastar las tuyas, mejoras tu gramática, tu capacidad de expresión, tu entendimiento… *si he visto más lejos ha sido subido a lomos de gigantes*.

Sin embargo, en la práctica, escuchar mucha música, para un músico, puede ser también perjudicial y no es raro el ejemplo del bibliotecario acaparador que, abrumado por la cantidad y perfección de las obras precedentes, renuncia a sus torpes ensayos. Avanzar en el conocimiento por caminos ya trazados puede que te motive a encontrar nuevas bifurcaciones a partir de una distancia considerable recorrida con relativa facilidad, pero también puede convertirte en alguien que, por temor, por comodidad… nunca se separará de los caminos ya trazados o de los caminos que es innecesario alargar. De otro lado, la inspiración llega de cualquier parte y así habrá pintores que nunca hayan pisado un museo, cantantes que no sepan quien es Bach o diestros en cualquier disciplina que, a falta de referencias en su campo, las encuentren en otros, en la vida misma, o en la mera, sencilla e impetuosa, irracional y primitiva, necesidad de crear.

No creo que Mike Oldfield considere que su música esté por encima de otras hasta llegar al punto de ser la única que merezca ser escuchada. Supongo que a *Campoviejo* le pasará lo que a mí y, lejos de considerar su música sublime, encontrará en ella aproximaciones, pistas, huellas, de lo que quiso expresar en algún momento, lo que fue su vida. Todas las posibilidades, aciertos y errores que quedaron registrados para siempre en el vinilo. Él mismo recurre a motivos viejos -de ahí lo de *Campoviejo*- y los reinterpreta años después, reviviéndolos, aportándoles nuevas perspectivas, reinventándolos. Habrá caminos más cortos, más largos, más sinuosos o más llanos, más bellos o mejor trazados, también menos frecuentados o más sombríos… pero él es consciente de que ese y no otro es *su* camino, su único camino.

Raro es el disco que aguanto entero sin que me suponga un esfuerzo y ya desde joven tuve una cosa clara: sería maravilloso poder materializar la música que me gustaría escuchar. Y dentro de esta idea cabría, quizás, algo nuevo y distinto. Soporto mejor mis discos que los de otros (*a las hembras del cuervo y la mona también le parecen sus crías hermosísimas*) y si mi música es una realidad, estando más o menos cerca de lo pretendido, es porque creo que es necesaria. No puedo intentar imponer mi criterio y entiendo perfectamente que alguien prefiera escuchar cualquier otra cosa antes que Orquesta Arrecife. Sería estupendo agradar a la mayor cantidad de oyentes posibles, pero, antes que agradarlos, yo debo ser mi primer oyente agradecido. Si mi música gustase a todo el mundo y a mí no, dejaría de hacerla; y si solo a mí me gustase y a nadie más le gustara, seguramente seguiría desarrollándola.

Sirva esta pequeña introducción para poner de manifiesto mi ignorancia en asuntos musicales, mi falta de referencias. No soy un entendido, ni un estudioso, ni un virtuoso. Trato solo de aportar mi pobre perspectiva y aunque puede parecer que solo fuerzo el encuentro de una justificación, mi meta es acudir en pos de la verdad.

EL CADÁVER EXQUISITO (Desarrollo)

Si ya leíste la introducción a este artículo, o si la has pasado por alto, aquí, de cualquier forma, desenlazaré el nudo de esta cuestión.

Siguiendo los párrafos de *La Biblia de la Orquesta Arrecife*, señalé la obra *Hospital + Vuelo sin motor* como un claro precedente (no el primero, pero sí el más célebre) de lo que denominé la tónica del *cadáver exquisito*. Esta consistiría en el ensamble de piezas diferentes dentro de una misma composición, tónica que, tal y como advierto en *La Biblia*, ha sido uno de los aspectos más criticados a lo largo de mi carrera, frecuente motivo de apasionados debates y discusiones. Posteriormente, estableciendo una analogía sobre un proverbio islandés, enarbolé la máxima siguiente: *si no te gusta un tema de la Orquesta Arrecife, aguarda un minuto*. Esta sentencia tiene su contrapartida pues, si te gusta, también tendrás que aguardar al minuto de rigor.

Luimmi fue de las primeras voces en erigirse contra esta deliberada falta de coherencia y cohesión, proponiendo, entre otras opciones, la solución de elaborar temas más extensos para que el oyente pudiera situarse en los diferentes movimientos de la trama, sin grandes sorpresas ni sobresaltos. No encontraba sentido a cambios tan drásticos en un espacio tan breve de tiempo. La cosa no trascendió demasiado hasta llegado abril del 2018, cuando la publicación del álbum *The red phone* no fue admitida en los programas comerciales de Jamendo. Porque una cosa es que hubiera gente que no comprendiera el cadáver y otra muy distinta que fuera vetado por los portales de música, haciendo imposible su rédito económico. Parafraseando *La Biblia*:

“Melissa Grozinger, la portavoz de la compañía, alabó las grandes ideas y abundante imaginación del trabajo, no obstante, debido a que sus temas aglutinaban *demasiados* estilos, consideraba el trabajo desordenado y con escaso potencial comercial”.

Argumenté, siempre de puertas adentro, con la máxima discreción y posible respeto, que nuestra forma de disfrutar el arte ha cambiado bastante respecto a formatos del pasado. Antes lo habitual era escuchar sinfonías u óperas de larga duración, no haciendo otra cosa mientras. Pero ahora todos sabemos que nadamos en un mar de sobreabundante información donde, mientras muchos asuntos nos ocupan, consultamos un amplísimo catálogo de obras diversas y desordenadas, tendiendo a hacer una especie de *zapping irreflexivo*. Todo ocurre más deprisa y de manera menos lineal, por decirlo así. A esto se le puede hacer frente de muchas formas y debo dejar claro que, trasladando simplemente este planteamiento a los esquemas compositivos, no ha de albergar forzosamente un carácter de renuncia o crítica a los tiempos actuales. Tampoco debe entenderse estrictamente como un manifiesto a favor.

La próxima actualización de *La Biblia* también cuenta con una pequeña reseña de precedentes bastante comunes en la práctica musical: *Jazz fusión, crossover, psicodelia*… manifestando que, en cualquier caso, no soy yo quien ha descubierto la pólvora precisamente.

“A lo largo y ancho de la historia de la música se han difuminado fronteras que se creían perennes y en un mundo cada vez más global y conectado, es usual que las nuevas propuestas se resistan a tener una única y rígida etiqueta”.

El propio Carlos Mínguez, pese a que inicialmente se mostró contrario a la censura de Jamendo, puso de manifiesto su disconformidad por los cauces cada vez más acentuados que estaba adquiriendo el cadáver.

“Supongo que este es tu sello. Me gustaba el comienzo, pero luego he despertado de esta maravilla para escuchar algo simplemente interesante. No digo que sea malo, pero hay un corte que me desagrada. Son como dos temas pegados”.

Blissenobiarella secundó la crítica al punto. Quizás se diese la posibilidad de que, con dos partes diferenciadas, el rango de gustos fuera más amplio, pero, a su parecer, este *café para todos*, acababa convertido en un *café para nadie*.

Los esquemas planteados por el cadáver exquisito, al margen de especulaciones, obligaron a los video creadores a reconstruir muchas de las obras elegidas, centrándose solo en uno de los segmentos para evitar perder coherencia. Sobre este punto resulta paradigmático el caso de *El patio*, a todas luces el tema más rentable de la orquesta, señalado por su autor como un claro exponente del cadáver.

“El patio cuenta con dos secciones que tienen poco que ver. Es incomprensible que *The red phone* no entrara en los programas comerciales y en cambio *El patio* estableciera récords de aceptación”.

En su último alegato, El autor de el viaje de Antonio reflexionaba sobre las críticas, y trataba de definirlo de la forma más clara posible:

“Cuando la gente escucha algún tema argumenta: está bien, pero mejor estaría si este tema fuera dos o tres, con sus partes separadas. El oyente atiende a algo de forma pasiva y le agrada encontrarse con algo perfectamente definido, enmarcado y delimitado, que cumpla sus expectativas. Lo que aquí se plantea es algo así como un *estímulo permanente*, una escucha más dinámica y activa. ¿Por qué renunciar a decir una sola cosa pudiendo decir muchas más? Soy consciente de lo incómodo que resulta abandonar la zona de confort. Puede ser bastante posible que esté incurriendo en una equivocación al defender este modelo, pero siempre será mejor componer un tema original, único y distintivo, que un tema similar a tantos, que no aporte demasiada reflexión ni sorpresa. Puede quedar cacofónico y falto de sentido para la mayoría de la gente, no hay duda.

El artista que pretenda encuadrarse dentro de algún género que actualmente sea tendencia con el fin de volverse popular, quizás a corto plazo obtenga más escuchas con esta práctica. Pero las tendencias son algo bastante movedizo y si se limita a hacer sucedáneos de los temas de moda, al final no van a aportar nada pues muchos grandes hitos lo son por haber implicado una revolución de las formas, por haber aportado algo diferente a lo anteriormente escuchado”.

STATEMENT SOBRE EL CARETO

"*Señora, si no le gusta mi careto, cambie de canal*"

Ilegales en el programa *Qué noche la de aquel año*.

Numerosos blogs y publicaciones sobre el negocio de la música recomiendan vestir tus trabajos con una fotografía del autor. Psicológicamente un rostro, los ojos, una sonrisa, es la imagen que más nos atrae desde niños. En adición, los oyentes potenciales buscan una relación humana, lo más cercana posible. Desde nuestra incursión en diversos certámenes nos hemos dado cuenta de que esta norma se sigue a rajatabla y la Orquesta Arrecife es de las pocas propuestas que se parapeta detrás de su logotipo.

Allá por el año 1967 los Beatles publicaban el que para muchos es su mejor álbum: *Sgt. Pepper's Lonely Hearts Club Band*. Paul McCartney consideró que los Beatles eran demasiado, (*más famosos que Jesucristo*) y que de alguna manera toda su exitosa trayectoria artística pesaba negativamente a la hora de expresarse. Demasiada presión, demasiada responsabilidad.
Para canalizar todo esto de alguna manera, McCartney concibió la figura del *Sargento Pimienta*, cuyo nombre surgió en una conversación espontánea a partir de una confusión. Publicando canciones en nombre del *Sargento Pimienta* y no de los Beatles, quizá fue la forma de sentirse más libres y eludir compromisos y ataduras, además de brindarles la oportunidad de reinventarse y empezar de nuevo.

En la Orquesta Arrecife nunca hemos considerado que nuestro aspecto físico deba condicionar nuestras escuchas. Nos parece una seña más que refleja la tendencia de nuestra sociedad de valorar el envase por encima del contenido. Siempre he estado más cómodo hablando de la música de la Orquesta Arrecife que de la música de Fernando Cárcamo y por lo general, también me encuentro más cómodo hablando en plural que en singular.
Hablar en plural es más generoso y de alguna manera, implica integrar dentro de la obra de una sola persona a la comunidad inseparable que la rodea. Sean oyentes, sean colaboradores, sean referentes... *mi* música es también *su* música y, en consecuencia, *nuestra* música.

He esbozado esta pequeña reflexión a partir de una conversación (de nuevo la importancia del otro) simplemente por pasar a limpio las razones de mi conducta a contracorriente y para remitírsela a todo aquel que, confundido, me pregunte por qué me identifico como una orquesta.

LA PARÁBOLA DEL PESCADOR

Los músicos tenemos la mala costumbre de comer todos los días. Cuando la gente me pregunta *¿a qué te dedicas?, ¿de qué vives?* etc. no faltan las buenas intenciones ni los buenos consejos para tratar de solucionar lo que a ellos les parece un verdadero problema. Todos los consejos podrían resumirse en uno solo: *búscate un trabajo de verdad y, si tanto te gusta la música, dedícate a ella los domingos*.

Entiendo perfectamente la perspectiva de la gente que trabaja asqueada de lunes a sábado y el domingo agarra su sombrilla, su nevera color azul y lanza su caña al embalse. Ellos son felices así y piensan que yo debo seguir su modelo. Es lógico, respetable y no albergan ningún tipo de mala intención.

Pero si eres un músico de fin de semana lo más probable es que te lo pases muy bien pescando, pero no vas a cenar con lo que pesques a no ser que tengas una suerte desmedida. Cenarás de los frutos de tu trabajo normal de lunes a sábado, en todo caso.
Si quieres vivir de la pesca necesitas un barco, unas redes y salir a alta mar para pasarte allí días y noches. La pesca no es un negocio muy lucrativo y quizá en alta mar no encuentres peces o simplemente te vuelvas loco.

Al final de tu vida puedes haber tenido cien Rolls Royce o haber compuesto cincuenta mil músicas. Ni los Rolls ni las músicas te los vas a llevar contigo allá donde vayas.
Habrá gente que disfrute trabajando para pagarse sus Rolls, y gente que haya disfrutado componiendo su música. Ese es el hecho, eso es lo que has vivido y nadie te va a arrebatar. Haz lo que te haga feliz, persigue tu sueño y traza tu camino porque al final el destino te alcanzará seas quien seas, tengas lo que tengas o estés con quien estés.
Vive esta vida intensamente pues, según parece, no hay otra.

Reflexión a cargo de Baloo Perder Pan.

100

Redacción de Las torres de papel: Con motivo de la publicación de su centésimo álbum, El autor de El viaje de Antonio viene hoy a hablarnos un poco de él y de otros asuntos relacionados. Damos la bienvenida a nuestro invitado.

Autor de El viaje de Antonio: Gracias, un placer, encantado.

R: ¿Qué tiene este trabajo de especial, en relación con los 99 anteriores o, por lo menos, por qué este lo acompaña de una entrevista, cosa que no es frecuente?

A: Cuando publiqué el *Diga 33*, que coincidió con la edad que entonces calzaba, también la edad en la que Jesucristo presuntamente fue crucificado, afirmé que podrían entenderse los álbumes como números de lotería. En algunos boletos puede aparecer un premio para el oyente y lo más seguro es que publicando álbumes, al igual que jugando a la lotería, solo te hagas un poco más pobre. Ya desde el segundo álbum, algunos de mis trabajos presentan numeración y las cifras 99 y, en especial 100, me parecían significativas.
En el momento de abordar el número 100 me proyecté idealmente sobre una nueva audiencia, tal si fuera el álbum 1 y no el 100, y me dije: bueno, antes que este trabajo hubo un número considerable de trabajos previos, debería ser algo demostrativo o interesante, quizá algo distinto o especial. La gente va a verlo y a exclamar: *joder, 100 álbumes, ya se dice pronto*, y quizá, como es lógico, pues alberguen algún tipo de expectativa que se vea o no recompensada. Hacer 100 álbumes debería suponer, aunque solo fuera por aburrimiento, que el resultado va a ser destacado, no obstante, seguramente, haya quien conciba que el primer volumen es muy superior al número cien, y razón no les faltará. En el arte, el esfuerzo no es, ni de lejos, el principal garante de éxito.
El caso es que rematé el álbum 99 con relativa facilidad, acomodándolo a unas fórmulas sencillas, efectivas y poco arriesgadas. Normalmente, cuando empiezo una composición, grabo una primera línea. Puede ser una melodía, una sucesión de acordes o incluso un ritmo. No suelo pararme mucho a pensar en la idoneidad de esta idea, pues casi cualquier idea, a esas alturas del proceso, es cuestionable. A veces funciona mejor, otras peor en el desarrollo conjunto de la pieza. Para el número 100 quizás me he detenido más a la hora de presentar este primer impulso, en suma, quise llevar los temas hasta sus últimas consecuencias, a pesar de que pudiera haberlos abandonado en una fase de menor elaboración, tal y como suelo hacer si veo que el chicle ha perdido sabor.

La publicación de este álbum, por lo demás, coincide con un momento turbulento de vivencias personales. Es la primera carátula en la que poso y creo que refleja bien mi momento presente. Sentado en una suerte de trono decadente y rodeado del esplendor de épocas pasadas. Todo un poema.

R: Algunos, hace algún tiempo, quisieron proponerle para el libro *Guinness World Record*, en base a su productividad.

A: Me hizo gracia aquella exageración. Cosas del destino, en una de las muchas plataformas en las que publico, comencé a seguir a un tal Charles Segal. No tengo ni la más remota idea de cómo

su trabajo llegó hasta mis oídos. Con el tiempo, fui siguiendo el volumen de sus publicaciones y estableciendo una suerte de paralelismo con las mías. Habitualmente suelo publicar un tema al día, que ya es bastante, pocos artistas son tan activos en esa plataforma, pero es que este hombre llegaba a publicar varias listas de temas en un solo día.
Charles Segal es ya algo mayor y, cuando dejaba de publicar, pensaba que acaso le había llegado su hora. Años después, a través de una actualización de su perfil, descubrí que ostentaba el récord Guinness de productividad musical, con cerca de 15.000 grabaciones. Este año seguramente Orquesta Arrecife lance su track 1.000, así que lo del Guinness tendrá que esperar bastantes años, siempre y cuando Charles Segal se esté quietecito una temporada, claro.
Con esto no quiero expresar que desee su deceso, ni nada parecido. No me preocupa mucho alcanzar los 15.000 de Segal pues, ya con 1.000, he dejado a bastantes artistas de renombre en la cuneta. Y cualquiera de estos artistas con cualquiera de sus temas ha alcanzado muchísima más repercusión que la Orquesta Arrecife en toda su discografía. Valoro mucho la cantidad, sí, pero, sin calidad, el asunto carece de trasfondo.

En relación con Spotify, leí hace tiempo una entrevista que no he conseguido volver a encontrar, así que mis siguientes afirmaciones pueden haber perdido algo de rigor; Circula por ahí un artista que ha publicado miles de títulos en dicha plataforma, recurriendo a una serie de estrategias, o trucos, para atraer oyentes, como, por ejemplo, poner nombres aleatorios de personas en las canciones, o nombres de países, o de ciudades. Esto último me remite inevitablemente a las tiendas de suvenires, donde a veces reservan una nutrida estantería con cientos de nombres en placas. Era, según la entrevista que recuerdo, ya digo, borrosa, una de las personas que más ingresos recibían de Spotify regularmente, lo que, traducido a cifras monetarias, al tema de la panoja, vamos, en dinero contante y sonante, venían a ser unos 2.000 euros mensuales.
El dato me impactó de manera dolorosa, pues si el Rafa Nadal de Spotify ganaba lo mismo que un Guardia Civil, con todos mis respetos al honorable cuerpo de la Benemérita, la base del resto de artistas que acumulamos muy pocas escuchas y seguidores (prácticamente nada en comparación con este artista que ni siquiera es medianamente conocido a nivel mundial), lo teníamos bastante crudo para llegar a prosperar algún día, en términos materiales e inmateriales.

Cada cierto tiempo se escucha en algún medio que algún artista (Mariah Carey, Taylor Swift, Ariana Grande, Rosalía, Selena Gómez…) pulveriza un nuevo registro en el streaming. 10,4 millones de escuchas, en un solo día, fue uno de estos hitos, lo cual se tradujo en un ingreso de 92.400 dólares en las arcas de Mariah Carey, de los cuales habría que desglosar partes que ella no recibiría. Recuerdo que mis padres, sentados conmigo delante del televisor en el momento en que transmitieron la noticia, quedaron atónitos con aquella abrumadora cantidad de ceros. Pero no hay que olvidar que nos encontramos ante una cota histórica, mundial, completamente excepcional y de alcance muy difícilmente superable por muy, muy pocas personas. Spotify paga actualmente entre 0,006 y 0,0084 dólares por cada reproducción en la plataforma, y de ahí, como en el caso de la señora Carey, hay que descontar discográfica, productores, letristas, impuestos, etc. No desdeño los 92.400 dólares, pero, francamente, esta cifra, en este escenario, no me causó una gran impresión.

R: ¿Ha pensado en renovar su pseudónimo? Quizás sea hora de cambiar El autor de El viaje de Antonio por El autor de El patio.

A: Estoy gratamente sorprendido por el relativo éxito de este último título. Si todo continúa como hasta ahora, alcanzará prontamente las 80.000 reproducciones en el portal Jamendo, además de haber vendido bastantes licencias, cosa que, en el caso de la Orquesta Arrecife, no es lo habitual. Como ya he señalado en otras publicaciones, es más de lo que se podía esperar de un tema que entró de milagro entre mis lanzamientos, pues nunca consideré que fuera, ni por asomo, una obra destacada. La mala calidad del resto de trabajos de su álbum es responsable de que haya tenido esta oportunidad. El esfuerzo, como señalé anteriormente, en el arte no lo es todo.

Ha implicado una enorme satisfacción recibir muchos vídeos con esta pieza de fondo, al tiempo que me he sentido algo decepcionado por no encontrar vídeos con otras piezas.

En cualquier caso, aunque con El patio no pueda costearme de momento una mansión en Miami, al lado de la de Julio Iglesias, para mí ha supuesto un paso hacia delante y una gran motivación para seguir componiendo. Espero que, tras El patio, algún otro tema acabe siendo tan reconocido y siga ascendiendo en la eterna escalada del éxito donde, como me gustaría haber dejado claro en la presente entrevista, puedo considerarme afortunado si he logrado rozar un primer peldaño.

ADORO MI BICI, REFLEXIONES

Hará cosa de tres meses nos encontrábamos en casa de Lucas, el protagonista del *Adoro mi bici*, y, entre los presentes, fuimos ensamblando las piezas para un guion basado -sorprendentemente- en hechos reales. En un perfecto *brainstorming*, Lucas nos narró cómo, en cierta ocasión, le robaron una bicicleta, motivo por el cual ahora utilizaba una mucho peor; mientras, Bliss nos refirió acerca de una furgoneta blanca sospechosa que merodeaba por las inmediaciones de su barrio, sin un claro propósito aparente. Elisa corrió a por papel y bolígrafo y, en cierta forma, nos obligó a ordenar unas ideas que, de cualquier otra manera, se hubieran disipado.

Había, en aquel desarrollo, cierta contemplación -mitad admiración, mitad socarronería- del fenómeno ciclista; la consciencia de que el mundo de los ciclos puede llegar a constituir una verdadera y única religión equiparable al cristianismo, al hinduismo o al vegetarianismo incluso.

Tras el rodaje y el montaje, en el que intervinieron muchos amigos, cada quien, aportando su valioso granito de arena, no puedo evitar sentirme como el constructor de uno de esos monstruosos órganos de feria que se hicieron populares hace uno o un par de siglos en otros países. Porque sí, visualizando el *Adoro*, no puedo desprenderme de cierta sensación de aparatosidad y artificio, como si también fuera un espectáculo viejo, artesanal y pintoresco. Chillón, estridente y algo chatarrero.

En mi cosecha de críticas -una de las mejores partes del proceso-, se popularizó el término *montaje arrítmico*, junto con la dilapidaria sentencia de Luimmi, algo así como: *hay errores tan graves y evidentes que solo puedo pensar que están hechos a propósito*. Hubo también reacciones positivas y los gestos más o menos visibles de mi creciente cartera de detractores y enemigos, lo cual es perfecto.

La verdad es que bastante trabajo tengo con tratar de ser un músico mediocre como para pretender iluminar al mundo con mi propuesta cinematográfica (y ya denominarlo así es mostrarme bastante irónico). Me reconforta, por lo demás, ver la evolución de este último trabajo, cuantitativamente mejor que los anteriores y seguramente -confiemos- peor que los que vengan. Tanto me complace esta última creación que he decidido, como pueden apreciar sin ninguna ayuda, dedicarla un artículo informal en esta publicación.

LA VERDADERA ORQUESTA ARRECIFE

Antes de la Orquesta Arrecife fundada en el 2011 en Madrid por El autor de El viaje de Antonio, ya preexistía un anuncio en internet del año 2009 de un grupo musical de Badajoz respondiendo al mismo nombre.

Del único documento gráfico que poseemos (anexo) se desprende que la orquesta original contaba con al menos seis componentes -presuntamente bailarines y/o cantantes-, un público de aproximadamente 15 siluetas -no está mal- y una tipografía dorada con reborde, levemente inclinada en lo que puede atribuirse a un fallido intento de perspectiva.

El presente estudio desconoce si la Orquesta Arrecife anterior a la Orquesta Arrecife disponía de camión escenario o acaso empleaba en sus espectáculos algún sistema pionero de streaming, similar al que utilizó el expresidente Mariano Rajoy en una rueda de prensa, o el de los grupos musicales en plena pandemia del año 2020, confinados en plataformas digitales. Esta última conjetura tiene su base en el marco degradado gris con apariencia de pantalla plana sobre fondo blanco.

Debemos señalar que el presente estudio se limita a una reducida parte de internet y, hasta cierto punto, no puede categorizar si esta Orquesta Arrecife de Badajoz es la Orquesta Arrecife original y primigenia o, por contra, existe una Orquesta Arrecife anterior a la de Badajoz.
A la vista de los resultados ofrecidos por buscadores de hace tiempo, se recuerda una Orquesta Arrecife relacionada con *Carlos y Manoli*, pero esta entrada permanece ilocalizable y no ha podido documentarse en el tiempo de la redacción de este estudio.
La orquesta de Badajoz, a partir del anuncio firmado por *Susana*, se puede relacionar con *Ángel*, con lo cual podríamos estar hablando de Orquestas Arrecife diferentes o acaso Carlos y Manoli procedían de la Orquesta de Badajoz.
Otro resultado, posterior al 2009 y coincidente con el año de la fundación de la Orquesta Arrecife de Madrid, nos lleva a las fiestas de Río Chico, según recoge la publicación *Berjadigital*:

"*La fiesta continuará esta noche con la actuación de la orquesta arrecife a partir de las 22:00 horas y a las 1:00h con la actuación de los humoristas Calatrava*."

No sabemos de qué Orquesta Arrecife se trataba, si la de Carlos y Manoli, que a día de hoy es casi un rumor, la de Ángel y Susana del anuncio de 2009, o la de otras personas distintas, pues lo que no deja lugar a dudas es que la Orquesta Arrecife de El autor de El viaje de Antonio nunca actuó en las fiestas de Río Chico a partir de las diez junto a los humoristas Calatrava.

Finalmente, la asociación Orquesta Clásica de Lanzarote suele confundirse en los resultados con la Orquesta Arrecife, por estar relacionada con el municipio de Arrecife, pero no es una Orquesta Arrecife propiamente tal.
Asimismo, existió una tienda de moda infantil que respondía al nombre de *Orchestra Arrecife*, o simplemente *Orchestra*, ubicada en el mismo municipio Arrecife.

La cosa no acaba aquí. En agosto del año 2021 alguien de Girona puso en venta este cartel por el módico precio de dos euros. La entrada desapareció en cosa de meses y no se recabó más información acerca de la agrupación, presuntamente extinta.

Difícil es, solo con la imagen, datar el documento, pero se aprecia cierta calidad en la fotografía e iluminación del cartel, aparte de parecer bastante bien conservado.

También en el ámbito de internet, pero con la ayuda inefable de la IA esta vez, se emparentó erróneamente a El autor del viaje de Antonio con el flautista y teclista Carlos Cárcamo, fundador de la banda underground Granada (1974 – 1979). Autores enmarcan Granada dentro del rock sinfónico, con aires flamencos y música culta.

ANUNCIO DEL RELOJ DE APPLE

Durante cuatro años (del 2015 al 2018, para más referencias) anduve redactando con puntualidad una entrada en el blog *Las torres de papel* cada día 10 de mayo. Para quienes lo ignoren, que serán bastantes, adivino, en dicha fecha se conmemora el nacimiento de la Orquesta Arrecife que, si mal no recuerdo, coincide con la publicación del primer track de la firma, el *Orquesta Arrecife Opening theme*. En aquel tiempo -y en este también- la orquesta era como mi propio hijo y aunque no sea muy dado a las celebraciones, ni a las efemérides, ni a los acontecimientos señalados, ahí quedan las cuatro entradas atestiguando mi obsesión.

Diez años después, Bliss refirió el proyecto a alguien que no lo conocía quien, sin escuchar nada de antemano, preguntó si aquello era *música para gente mayor*. Al margen de parecerme una descripción que podría encajar, una descripción que incluso podría llegar a gustarme, me ha llevado a reparar en toda la gente que tenga el nombre del proyecto como carta de presentación. Diría que, así, *empezamos mal* y que es cuanto menos curioso que esta reflexión me asalte al cabo de diez años. Si mi labor fuera una partida de ajedrez, esto equivaldría a regalar un peón en el primer movimiento. A toro pasado se perfila, sí, como un despiste o una jugada poco inteligente. Imagino que ya es un poco tarde para enmendarla.

Llevo ya tiempo a la espera de firmar el track dos mil y también aguardo con ansia el aniversario, pues pretendo redactar una entrevista y anotar en ella algunas reflexiones, fruto de las experiencias surgidas a raíz de publicar música durante cierto tiempo en la manera ineficiente en que acostumbro a hacerlo.

En la última redacción que acometí, hablé sobre Charles Segal y algunos otros artistas de sobra conocidos y famosos, y para esta ocasión he pensado en traer de invitada a Billie Eilish, ahí es nada.

A parte de pretender granjearme la audiencia con contenidos de dominio público, me gustaría, asimismo, abordar temas trascendentales en su relación con la práctica artística...

Hállenme ascendiendo la montaña con la vista clavada en la cota de los dos mil temas, a la espera de que el panorama desde esa altura merezca la pena, pero, lo más seguro es que, una vez llegue, solo tengamos en nuestro haber otro considerable montón de sonidos y otro testimonio posiblemente tan absurdo y aburrido como el anterior.

Permaneced atentos, no obstante.

2.000

Redacción de Las torres de papel: Lo prometido es deuda. Acometemos la entrevista a El autor del viaje de Antonio, con motivo de haber firmado la cantidad ingente de dos mil temas, repartidos en algo más de ciento noventa y nueve álbumes. Sin que sirva de precedente, abordaremos un cuestionario prestado, rescatando unas preguntas que el fundador de la orquesta ya ha respondido a su distribuidora. Comencemos. ¿Cómo describirías tu estilo?

Autor de El viaje de Antonio: Normalmente, si quiero responder a esta pregunta de forma breve y lacónica, declaro que hago bandas sonoras, aunque esto, como es lógico, viene a ser parcial e incompleto. Aunque quepa dentro de lo posible, no toda la música que publico es incidental o descriptiva. Cabría, en suma, precisar que hablamos de un estilo instrumental y electrónico, pero inscrito en patrones de música clásica contemporánea, ambiente o músicas negras, esencialmente.

Aunque muchos temas sean bastante modernos y hasta futuristas llegado el caso, digamos que el conjunto remite, por su sonoridad y concepción, a épocas pasadas más o menos remotas. Tiene, por tanto, la música de la orquesta, una orientación *retro*. Algún oyente lo ha definido en términos de *música para gente mayor*, lo cual viene a ser bastante aproximado. Entonces, hablaríamos de algo que no se encuentra adscrito a las tendencias más actuales, para bien o para mal.

R: ¿Por qué haces lo que haces?

Por pura vocación. Hay quien se involucra en actividades deportivas y hay quien acude a misa a rezar los domingos. La práctica deportiva puede mejorar bastante tu salud, tanto física como mental, e ir a misa… imagino también puede ayudarte en cierta manera. Para mí la música es como ir al gimnasio todos los días y también como rezar y encontrar un sustento espiritual.

De entre las muchas formas de definirlo puedo referirlo como una suerte de *terapia*. La música cuenta con un poder curativo y sanador incontestable, además de una enorme aptitud comunicativa y capacidad de sintonizar con la gente y sus estados de ánimo. No me atrevería a decir que tiene un poder *transformador*, quizás sí *contestatario*, pero a estas alturas de siglo ya nadie se toma demasiado en serio la idea de que el arte vaya a cambiar el mundo.

Ahora hago música, pero desde siempre me han interesado las artes de diferentes tipos. Viene a ser una inquietud que necesita encontrar materialización y, si no encuentra acomodo, sé de personas que pueden llegar a enfermar. Seguramente yo me encuentre entre esas personas.

R: Ambición o talento ¿Qué es más importante para ti?

Supongo que lo suyo es encontrar un equilibrio entre ambos. La ambición es como el motor de un camión y el talento es como la mercancía que transporta. Sin un buen motor el camión no irá muy lejos, aunque tenga una carga muy valiosa y sin mercancía, por muy largo que sea el viaje, será hasta cierto punto inútil realizarlo.

R: ¿Qué te inspira para crear música?

Los sonidos. Utilizo las fuentes de sonidos como si fueran colores, de manera intuitiva. Normalmente comienzo una canción y acudo en busca de sonidos primero. Cada sonido me sugiere una idea y esas ideas me llevan a otras. El conjunto de sonidos e ideas da lugar a la pieza, la cual será titulada a posteriori o comprendida bajo un concepto general. Este es el proceso más habitual, aunque en otras ocasiones trace el recorrido inverso, esto es, parta de una idea o concepto general y lo vista con sonidos.

R: ¿Cuál ha sido el mayor logro de tu carrera hasta ahora?

A lo largo de diez años ha habido muchos hitos, materiales e inmateriales. Quizá, de entre todos, deba destacar haber alcanzado la cifra de los dos mil títulos, junto con el hecho de que prácticamente cualquier día pueda aumentar esta cifra. Valoro mucho esto último, dado que no sé hasta cuando seguirá siendo viable.

R: ¿Cuál ha sido tu mayor obstáculo?

Yo mismo. Podrán asaltarte todo tipo de vicisitudes, pero la primera es tu voluntad. Si no luchas por materializar tu arte no darás pie a que surjan otro tipo de obstáculos.

R: ¿Cuál es tu peor y mejor fan de momento?

Sospecho que soy más fan de mis fans que los propios fans de mi música. Día a día repaso estadísticas, consulto tendencias y trato de averiguar todo lo posible sobre mi audiencia. Y es que me importa mucho la gente que me escucha, aunque, como es lógico, no comparta todos sus posicionamientos.

El peor fan sería aquel que llevase el término hasta su última consecuencia. Por suerte, no ha aparecido. No sé quién será mi mejor fan, pero mi oyente preferido es mi novia. Ha de ser la única persona que ha escuchado toda la producción, asiste diariamente a las grabaciones, me ayuda con los títulos además de brindarme opiniones e ideas. En esencia, creo que es la persona además de mí, que más relación tiene con la orquesta. Soy un artista solitario, pero el valor de una segunda opinión es impagable.

R: Billie Eilish.

He estado últimamente tratando de desvelar el secreto de su éxito y cuando hice el anuncio de la entrevista, me propuse desgranar la cuestión. Sin embargo, al final ha acabado siendo un mero *clickbait.*

MÚSICA REAL

Pretendo dejar anotada aquí una reflexión, a tenor de una entrevista realizada a un artista que, al parecer, andaba defendiendo la *música real* frente al fenómeno que podríamos denominar, sin demasiada retórica, a fin de entendernos, *música de internet*. Ya solo con este planteamiento a la vista, parece que trae miga.
Bien pudiera ser que el entrevistador no anduviese demasiado fino (algunas preguntas, como la entrevista muestra abiertamente, no fueron demasiado acertadas) y quizá en virtud de ello debamos disculpar al entrevistado (y al entrevistador también, qué diantre), a razón de atribuir en el presente ensayo matices y reflexiones impropias.

De momento la entrevista la podéis ubicar fácilmente en internet (justo en el medio sobre el que se cierne la crítica) sin rebuscar demasiado, siendo este uno de los primeros resultados en mostrarse a alguien sediento de literatura sobre la propuesta musical del artista en concreto. Quiero dejar patente, antes que nada, que voy a ceñirme a un párrafo y no voy a tratar de la propuesta respetable y precisa, entre otras cosas, porque eso daría pie a otro largo además de tedioso y extenuante escrutinio.
Vamos, sin más demora y siempre que me sea permitido, al texto en cuestión:

"*Lo que ocurre es que todo el mundo luce bien en Internet, pero cuando ves a alguien en directo es cuando de verdad puedes determinar si realmente es bueno o no. Puedes corregir una canción todas las veces que quieras cuando estás en el estudio, en tu cuarto o donde sea. Pero eso no es la vida real. La vida es imperfecta, y ahí es donde se ve de verdad lo que vales, tu verdadero talento*."

Constantemente, a lo largo de mi carrera, oyentes diversos me han criticado por componer música poco orgánica, precocinada, robótica, sin vida… y esto me ha llevado a considerar que realmente hay una tendencia en apreciar más la llamada *música en vivo*, imperfecta pero más, por así decir, *natural*.
El público, en una gran parte si no en su mayoría, muestra deferencia por la fórmula tradicional del escenario, donde, a parte de la música, otros elementos extra musicales intervienen; es ahí donde podemos presenciar *la actuación*: imagen, gestos, ambiente, humo, focos, el sudor del artista en el preciso e irrepetible momento presente, en un lugar concreto y ante el público.
Esto entronca directamente con un viejo debate que ya abordé en *Las torres de papel* sobre *las trampas* del artista hará cosa de once años. Dejo enlaces a pie de texto, como respaldo o *bonus* del presente análisis para el interesado.

Retomemos ahora el párrafo, desmenuzándolo y pormenorizándolo, no sin de antemano presentar mis debidas disculpas puesto que, extirpado de su matriz, temo pierda fidelidad, aunque, no obstante, lo menos, el sentido general podamos darlo por claro y concluso.

"*todo el mundo luce bien en Internet*"
Es mentira. Hay gente que le sienta bien internet, desde luego, pero en cambio hay bastante gente que internet le sienta pésimamente y, entre toda esa gente, que son un gran número, por cierto, habremos de encontrar gente de algún éxito e incluso prestigio.

Así que lucir bien, por fortuna o desgracia, ni siquiera es el todo.

"*cuando ves a alguien en directo es cuando de verdad puedes determinar si realmente es bueno o no*"
Esto es parcialmente cierto. Sin lugar a duda un directo ofrece muchas pistas sobre la valía de un artista, pero no debemos descuidar que también sus grabaciones aportan pruebas fehacientes. Puede tratarse incluso de grabaciones con una mínima edición, *bastante crudas*, que nos procuren un aspecto bastante aproximado y fidedigno de lo que buscamos o pretendemos encontrar en un artista.
Hay artistas pasables y hasta buenos a los que el directo no les sienta del todo bien y artistas con un directo increíble que en cambio no destacan demasiado tras cruzar las puertas de un estudio.

Puede establecerse una analogía en el deporte, como distintas disciplinas: Entre un corredor de los cien metros lisos y un saltador de vallas.
Obviamente, observándolos en una competición podrás pensar que son buenos o malos, aquí la entrevista no nos descubre gran cosa.
Ambos atletas precisan una buena forma física además de ciertas aptitudes deportivas y, probablemente, si son buenos en los cien metros lo serán también saltando vallas. También saltando vallas podrán desempeñarse en los cien metros y esto, como verán, es extrapolable al caso que nos concierne.
No obstante, llegado el momento de ser el mejor medallista, cuando haya que competir contra serios rivales y la prueba requiera un alto grado de especialización, cuando se pueda o se deba *realmente determinar si es bueno o no,* resultará verdaderamente difícil que el corredor gane las dos competiciones. Por supuesto es perfectamente posible, pero no es lo habitual.
En otras palabras, establecer el directo como práctica absoluta de la valía del artista viene a ser sesgado y lleva implícito sostener algo así como que los logros obtenidos en una determinada prueba, categoría, especialidad o contexto son más determinantes, decisivos y valiosos que otros análogos.
Ambos corredores son atletas, comparten mucho, son especialistas cada uno en lo suyo.

"*Puedes corregir una canción todas las veces que quieras cuando estás en el estudio, en tu cuarto o donde sea. Pero eso no es la vida real*".
Sí, puedes corregir una canción todas las veces que quieras en tu estudio, pero una mala canción va a seguir siendo mala por muchas veces que la corrijas, por mucho que la sobre produzcas, por mucho que la maquilles o por mucho tiempo, esfuerzo y dinero que inviertas en ella. Aunque la vistas de seda. Podemos hablar también de una mala canción, mal producida y que tenga éxito en cambio.
Es más, una mala canción, en un directo, puede parecer hasta buena si se interpreta de forma magistral, en virtud de la tramoya y el encanto de una actuación en vivo. El carisma, el magnetismo, la presencia o la mera fama de una cantante puede hacernos olvidar que su canción no es todo lo buena que debería.

Con esto quiero nada más dejar patente que el directo puede presentarse tan engañoso como el *diferido internet* y que corregir y perfeccionar una canción cuantas veces se quiera o se pueda no es tampoco algo exclusivo del estudio ni de la supuesta vida ficticia. En el directo también se corrige, se maquilla, se imposta y hasta se falsea, ensayando y tocando, como es axiomático. La

distribución del tiempo es distinta, las fórmulas cambian, existen herramientas para cada ocasión, eso es todo.

"*La vida es imperfecta, y ahí es donde se ve de verdad lo que vales, tu verdadero talento*"
Acerca de esta cuestión, el texto parece hacer hincapié en pretender presentarnos a alguien que *ha vivido mucho*, que atesora experiencia, que ha sufrido, luchado y cuenta con un valioso aporte que ofrecer. Esto es, en última instancia, lo que parece otorgar valor a la propuesta del artista, quien defiende el arte como modo de vida y como redención.

Antes de acometer este punto y para dar por zanjada la cuestión formal;
Imaginaros que, en vez de un mundo con bastantes medios de grabación y difusión a nuestro alcance, donde prácticamente un joven de catorce años puede sustituir a una cadena de televisión en el cuarto de la casa de sus padres, vivimos en una era en la que los registros fonográficos son rudimentarios y escuchamos en discos de vinilo las toses del público de grandes, costosos y fabulosos conciertos con soberbios músicos y cierta precariedad técnica.
Si alguien en algún momento lograra alcanzar la tramposa perfección digital que ahora tenemos a tiro de piedra y sin mayor esfuerzo, que por lo mismo tendemos a desdeñar, estoy seguro de que más de un oyente caería rendido a los pies de este visionario y todavía algún otro se devanaría los sesos en pos de descifrar los entresijos de esa producción imposible, sin ataduras mundanas y corruptas.
En cambio, habría otros, por descontado, que darían la espalda a esta *música del futuro*, alegando que suena *Un poco MIDI* y que es completamente desalmada. Les parecería acaso música de los dioses, del diablo, qué se yo. De cualquier modo, les parecería algo que no tiene relación *con la vida y lo real*, con lo que los identifica y los ata a la tierra. Alzarían sus vinilos polvorientos y rayados como si fueran hostias consagradas y nos invitarían a arrodillarnos y a adorarlos.
Ni que decir tiene que esto último me parecería un error, aunque, de nuevo, una vez más, en esta guerra no hay un bando ganador, pues la última palabra, me temo, no existe.

En lo tocante al contenido, a la piedra angular de la propuesta artística, mi respeto, amor y admiración por la artista entrevistada. Creo firmemente en el arte como redención, como terapia, pero, más que como deudor de los valores existenciales de la vida, en muchas ocasiones, a pesar de ella.

Es aquí cuando se presenta otro sugestivo debate, ¿Es la vida de un artista el respaldo de su obra? Porque por este artista en concreto cabe precisar respeto, compasión o admiración según lo poco que he leído, pero… ¿Qué decir de aquellos artistas que no fueron precisamente personas ejemplares y su música en cambio ha sido y/o es altamente aceptada? ¿Sabemos realmente de la vida de los artistas y si sabemos…? ¿Qué es, determinante o complemento de nuestras escuchas? Nada más, señorías.

Enlaces que se citan:
https://lastorresdepapel.blogspot.com/2018/06/esto-con-velazquez-no-pasaba.html
https://lastorresdepapel.blogspot.com/2010/06/teorias-sobre-arte-antiguo.html

LOS CINCO SACRAMENTOS DE LA ORQUESTA ARRECIFE

Palabra de El autor del viaje de Antonio, alabada sea la orquesta.

1. *Orquesta Arrecife es altamente prolífica*.

Hará cosa de unos cuantos años, cuando había registrado unos trescientos tracks o algo así, presenté el proyecto a un oyente quien, en vista de las señas ofrecidas, no se mostró del todo entusiasmado con la propuesta. Ufano, declaré que con trescientos cortes era muy probable que al menos uno de ellos fuera de su completo agrado, pese a *no ser exactamente su estilo*. En respuesta, el oyente me miró perplejo y me dio a entender que rebuscar entre trescientos títulos para encontrar uno bueno no parecía de buenas a primeras una inversión muy rentable.
Hoy en día, habiendo sobrepasado la cifra de los dos mil cortes, reflexiono sobre una de las críticas más extendidas sobre mi trabajo, si no la que más (*está bien, pero no es mi estilo*) y creo que, efectivamente, los Rolling Stones seguramente tienen grabado un tema que no conozco y que podría llegar a apasionarme, pero, dado que no me gustan los Stones, habiendo escuchado diez o veinte sencillos suyos, es bastante probable que nunca llegue a descubrir el tema definitivo que de seguro me apasionaría.

A propósito de una entrevista pasada con motivo de mi centésimo álbum, bromeé un poco sobre el récord Guinness de productividad musical y en esta ocasión, para variar, me he propuesto tomármelo medianamente en serio:
Puedo echar mis números con el fin de alcanzar al bueno de Charles Segal y arrebatarle de una vez por todas el codiciado Guinness del pianista más grabado de la historia de la música. Si mantengo la constante de cuatrocientos temas por año, precisaré unos veinticuatro años (aproximadamente) para batir su marca. Esto equivaldría a triplicar la edad de la Orquesta Arrecife y a coronarme con más de sesenta años.
Es, pues, posible, pero considero complicado prolongar este ritmo durante tanto tiempo. Es más, por diversas razones, no creo que de aquí a veinticuatro años esté haciendo música, pese a que la vista de ese futuro se encuentre bastante lejos de desagradarme.
De otro lado, también es probable que pueda aumentar la producción por encima de los cuatrocientos títulos anuales, acortando distancias, pero es también probable que algún otro artista haya empezado a grabarse a los doce años o incluso antes, dado que los medios de producción están ahora más extendidos que en los tiempos de Segal o incluso los míos.
Este nuevo artista me aventajaría en años y, si se diera la circunstancia de que pudiera producir más títulos por año, pues el Guinness pasaría de las manos de Segal a este otro artista, que tendría la suerte de poder regir el podio y acaso preguntarse desde su altura elevada si realmente la gesta ha merecido la pena.

Así pues, parafraseándome en aquella entrevista del centésimo álbum, volveré a recalcar que cantidad no es calidad, y debería asimismo dejar anotado que *cuanto más, mejor* pues… según el modelo industrial hegemónico, la producción debe limitarse para que las leyes de la oferta y la demanda puedan ajustarse en un contexto de *escasez de recursos*. *Es el capitalismo, amigo.*
En el caso de la producción artística, por su naturaleza y aunque lo habitual es ver el arte como *un negocio más*, lo propio es que la música se escuche, se comparta y se resista a convertirse en algún tipo de transacción monetaria.
De un lado, los artistas necesitan llenar la nevera y pagar sus facturas, de otro, una pregunta, entre tantas: ¿qué precio poner a un archivo de música que puede ser duplicado infinitamente y distribuido prácticamente sin coste alguno y sin perder calidad?

Algo que es bueno en un sentido artístico promueve el ser compartido sin ánimo de lucro, por la mera razón de que es algo bueno y consideramos que merece atención y, si algo es bueno, ¿no será siempre preferible que sea abundante?
Lejos se encuentra mi intención de levantar un tomo de filosofía acerca de este particular. Para ser concisos; el acto artístico podría interpretarse como un mero acto de comunicación; un artista dice algo a su público y esto responde a una necesidad. El público necesita escuchar música y los músicos necesitan ser escuchados. Es increíble como algo así de simple ha servido para generar una inmensa red de conexiones e intermediarios, de infraestructuras… ha generado ruido, luchas de poder e intereses e historias realmente tristes y turbulentas.

2. *Orquesta Arrecife es diversa.*

En relación con su abundancia, se puede situar su diversidad, particularmente en los estados de ánimo que reflejan las muestras, sus estilos (que, como señalamos, *están bien* pero no suelen ser los apropiados) y, particularmente, su amplia colección de timbres.
Podemos encontrar desde temas dramáticos y profundos hasta frívolos divertimentos y chistes musicales, cruzando un abanico de modos: terror, suspense, épico, cinemático, baladas, canciones positivas, alegres y desenfadadas, rock, boogie-woogie, pseudo jazz… todo abordado desde un punto de vista muy personal, lo cual nos lleva directamente al último sacramento que en su debido momento desgranaremos.

Durante largo tiempo, mi paleta estuvo constreñida a un millar de timbres obtenidos mediante la misma síntesis de un viejo y malo teclado Casio. Antes de probarlos, cuando vi el instrumento en la tienda, jamás concebí que llegaría a emplear todas sus fuentes, pero, para mi sorpresa, recorrí esta biblioteca primigenia hasta prácticamente recordarla mejor que las tablas de multiplicar en relativamente poco tiempo.
A fin de ampliar este material solo había entonces una simple solución: invertir más dinero en costosos equipos que estaban fuera de mi alcance. De modo que, cuando prácticamente pude disponer de fuentes ilimitadas de sonidos a costa de un buen número de esfuerzos y debacles informáticas, podéis imaginar mi gozo.

Un sonido nuevo viene a asimilarse a una nueva droga; la primera vez que la pruebas es cuando más percibes su efecto y, si te acostumbras a ella, ya es más difícil recrear esa primera y mágica sensación y más fácil valorar su alcance y propiedades.
A pocos se les escapa, en cambio, que las drogas no son buenas. Constantemente corres el peligro de quedar estancado en la dopamina de los sonidos nuevos y olvidar que, al fin y al cabo, solo son una pieza más del puzle.

Mi primera escasez de recursos me ha llevado a convertirme en un *Diógenes digital*, un *yonki tecnológico* que acapara material obsoleto que aún no tiene ganado el pedigrí de *retro* o *vintage*, lo cual suena *cool* en vez de cutre. También la escasez me ha llevado quizá a valorar más fuentes que seguramente muchos artistas desecharían sin demasiados miramientos.
A este respecto, suscribo plenamente algo afirmado por el omnipresente Hans Zimmer: no existe una mala biblioteca, todo depende del propósito y de la pericia del artista que se sirva de ella.
En mi periplo, me he topado con fuentes que, en el momento de probarlas, he asegurado: *esto no va a servir para nada*, pero al cabo del tiempo me sitúo en el track preciso que requiere el uso de aquella singular fuente que en su momento deseché y que casi había olvidado por completo. Una fuente que en su momento consideres inservible puede terminar siendo útil en revisiones posteriores y viceversa. *Cuánta razón tienes, Hans.*

Hay pianistas que, disponiendo de un buen sonido de piano, no necesitan nada más y pueden ahondar en él prácticamente toda una vida, encontrando siempre nuevos matices y significados. Este apasionante trayecto nunca me ha llamado demasiado la atención. El hecho de pulsar una tecla de plástico y reproducir prácticamente cualquier cosa imaginable, por muy *imperfecta y enlatada* que pueda sonar, aunado a otras facilidades (*trampas*) del entorno digital, creo que ha sido un factor más que decisivo en el desarrollo de mi humilde labor.
En cierta ocasión, pregunté a un oyente si lo que había escuchado no le parecía acaso *Un poco MIDI*, como suele ser habitual, y me sorprendió al formular: ¿Qué diferencia hay entre alguien que graba un saxofón en su casa y alguien que coge las grabaciones de un saxofón de un estudio cualquiera, las samplea y las reedita en una nueva composición?
Diferencias las habrá, como es obvio, pero la clave, a mi entender, reside en esa pregunta incisiva.

3. *Orquesta Arrecife es elemental:*

Si vienes aquí a escuchar a Jacob Collier te vas a encontrar casi con su antítesis, en el sentido que no vas a poder recrearte con armonías sofisticadas y elaboradísimas, una técnica apabullante o una complejidad y riqueza revolucionaria o abrumadora en materia teórica.
Sin descartar que Orquesta Arrecife pueda ser algo bastante innovador y hasta curioso, llegado el caso, no lo es desde luego en el sentido de lograr complejos cálculos y ecuaciones propias de las leyes de la astrofísica más avanzada. El álgebra de la orquesta es muy básica y viene dada en parte por el escaso bagaje teórico de su autor quien, con recurrir a una simple forma de blues, ya tiene prácticamente todo dispuesto en un sinnúmero de ocasiones.

Existen en la orquesta operaciones básicas: sumas, restas, multiplicaciones… pero no hay logaritmos, ni derivadas, ni fractales.
Esto desemboca muchas veces en consecuencias funcionales y sonoridades, por poner, *clásicas*. Igual es este el momento de hablar de minimalismo. Igual no. Podríamos, en cualquier caso, sostener que sí, que *suena a clásica*, por su formal apariencia canónica y culta, *¿Acaso aquí huele a incienso?* Denota cierta profundidad, contemplación y espiritualidad… pero a la vez, con un *enfoque pop*, de música ligera, de fácil escucha, como de *usar y tirar* y hasta trivial, llegando hasta alcanzar el tono paródico de una orquesta de pueblo.

En otro orden de asuntos, resulta bastante habitual observar el uso de motivos repetitivos y vertebradores, ideas clave en torno a las cuales son desarrollados muchos ejemplos. Y estas ideas, o riffs, o partículas, se asemejan a bloques de ladrillo: toscos, viejos, cuadrados y relativamente sólidos que no presentan demasiadas variaciones, adornos ni desarrollos.

4. *Fuerza narrativa:*

Es algo que también puede extrapolarse a otras facetas artísticas del autor.
Cuando comencé a escribir, lo hice de manera instintiva, irreflexiva, inconsciente… esto es, comencé con una palabra, luego una frase y a partir de ahí desarrollé textos completos sin muchas ideas preconcebidas.
Puede parecer lo correcto, pero, si pretendes abordar una novela o algo que tenga pretensiones de ser leído, quizás no resulte mala idea previamente trazar una suerte de esquema o itinerario presentando las partes fundamentales para luego entretenerte en pulir los detalles. Establecer algún tipo de estructura… en esencia, tener *algún plan*.
Y esto, como digo, que es lo propio, que es lo que desemboca en un mejor resultado, que es algo que te evita incurrir en muchos errores innecesarios, es algo que rara vez realizo por la

sencilla razón de que, como creador, disfruto enormemente improvisando y provocando desenlaces a los que solo llego prácticamente de manera fortuita, por mera *fuerza narrativa*, que seguro que esperaban iba a tratarse de otro asunto distinto a este.

Con *fuerza narrativa* pretendo referirme al impulso caótico y primitivo que me llevó en su día a llenar páginas y páginas de dibujos apresurados y mal hechos, de textos inconexos difícilmente comprensibles, de partituras inexpertas que adolecían de grandes carencias… donde el espectador puede albergar la sensación de que nada funciona, de que todo es azaroso, arbitrario… pero al mismo tiempo, está siendo arrastrado por la voluntad ciega e implacable de *contar algo*.
Así, muchas canciones de la Orquesta Arrecife están mal grabadas, presentan deficiencias, no son lógicas ni coherentes en un sentido estricto… pero en el momento de ser escuchadas se advierte en ellas que hay *un motor, una corriente*, hasta cierto punto atrayente, que en ciertos momentos es el principal y casi único valor de la obra en cuestión.

En el caso aplicado de la composición musical, cuando un autor clásico acometía una obra, disponía una serie de motivos, herramientas y recursos narrativos formales que daban legibilidad y cohesión a su historia. A pesar de su sello y las innovaciones, contaba con una plantilla y unas reglas definidas que seguir. Su personaje estaba en tierra, después tomaba un barco para realizar un viaje hacia un destino, con un propósito. Todo ello sin olvidar en el camino transmitir emociones ni dejar de ser, por decirlo de alguna manera imprecisa y puede que, hasta desacertada, *creíble*.
Parte de la maestría del compositor radicaba en que todas las etapas de este viaje resultasen fluidas y progresaran de manera convincente, describiendo una curva dramática hasta alcanzar un desenlace satisfactorio.
En la Orquesta Arrecife, frecuentemente, por el contrario, el personaje está sentado comiendo una pera en el salón de su casa y en la escena siguiente está dando volteretas en un cable-ski, mientras una morsa aplaude. Orquesta Arrecife es la morsa.

5. *Afán de experimentación*:

Como ya advertimos en el sacramento tercero, Orquesta Arrecife, en muchos aspectos, no es nada del otro mundo. Para nada supone un eslabón más alto ni más desarrollado en la evolución histórico-musical. Contrae, de hecho, muchas deudas con músicas precedentes y, confrontada con ellas, la propuesta arrecife vendría a ser un sucedáneo bastante descafeinado.

Aun así, con todo, cabe destacar el carácter personal del proyecto y su voz única y distintiva, muy difícil de encontrar en artistas similares. De hecho, es difícil encontrar artistas similares, para bien y para mal.
Cabría definirlo en términos de algo alternativo, indie o incluso, como ya se planteó en sus orígenes, *underground*.
No se trata de dos mil bandas sonoras que suenan todas parecidas y que podrían quedar bien prácticamente en cualquier escena. Son composiciones únicas que, dado el caso, podrían añadir cierto valor a una escena. Pero no es para eso para lo que fueron concebidas porque son, más que otra cosa, el evangelio de su autor, un lugar que habita gran parte del tiempo.

Como la fuerza narrativa (sacramento cuarto), el afán de experimentación viene a constituir algo en detrimento del resultado final, pero que a cambio proporciona incentivos a la hora de componer, ayudando a hacer la práctica creadora algo poco monótono, asegurando el disfrute, la novedad, la sorpresa y, por lo tanto, generando continuidad en el proyecto.

Digamos que es importante obtener buenos resultados, pero casi es más importante pasarlo bien para seguir obteniendo resultados.

El afán de experimentación, como ya señalé, entronca con la variedad de planteamientos (sacramento segundo) y desemboca frecuentemente en la inconsistencia de ciertos experimentos dignos de olvidar.
Creo firmemente, relativo a esta cuestión, que ha de ser raro el artista que no haya renegado al menos alguna vez de parte de su obra, sino de su totalidad.

A veces, en efecto, paso mucho tiempo encerrado en compañía de mis fetos en formol y, de tanto escrutarlos, empiezo a convencerme de que realmente son la cosa más bella que existe sobre la faz de la tierra. Los fetos despiden un halo de luz verdoso y contemplo con éxtasis inconmensurable sus diminutos pliegues y sus burbujas. Abandono el sótano solo porque no me queda más remedio y, cuando retorno, descubro desconcertado que se trata de aberraciones monstruosas. Incluso me asusto y planeo destruirlos, haciendo desaparecer todo rastro de ellos en una alta pira incendiaria y purificadora.
Esto se debe en gran parte a que en el tiempo que permanezco fuera del estudio no dejo de dirigirme a ellos, imaginándolos como apuestos querubines danzando grácilmente en perfecta levitación, en armonía y consonancia con el todo. Concibo que con ellos ahí, en sus frascos, mi vida es dotada de algún sentido puro, noble y elevado, pero, en mi descenso a las profundidades del sótano, un sentido de realidad me sacude y se apodera de mí y, al compararlos con la plenitud del mundo que acabo de observar hace unos breves instantes, los encuentro muertos y horrendos. Unas auténticas execrables abominaciones.

Poco a poco mi vista se va acostumbrando a la penumbra y empiezo a distinguir otra vez la tenue luz verdosa que emana de los frascos. Quedo hipnotizado, entro en trance y me dirijo a la consola del órgano de formol que los nutre y trato, mediante acordes y melodías, de reconducir su miserable existencia.
Mientras los fetos suben, bajan y burbujean, me vuelvo sensible a su belleza extraña, con lo que el ciclo vuelve a dar comienzo.

UNA LECTURA DE LA ARMONÍA DE LAS ESFERAS

Anoche, mientras Luimmi desempeñaba sus labores de padre, tuvo a bien escuchar lo último de la Orquesta Arrecife: *Armonía de las esferas*.
Me preguntó si recientemente había estudiado armonía y, con objeto de responderle, me vi en el requerimiento de desvelar parte de los entresijos del proceso creativo.

Inicialmente, después de tratar de empaparme de la teoría pitagórica sin demasiados resultados propicios, tomé como referente un artículo de la Wikipedia -que tampoco terminé de desentrañar completamente, huelga decir- donde hallé una cita no demasiado contrastada de nueve notas relacionadas con los cuerpos celestes descubiertos por entonces. Como dato curioso, entonces Ceres era un planeta y no había noticias de Plutón.
Tras un conato fallido en el que abandoné el centro tonal de forma catastrófica, preferí aplicar fórmulas bastante sencillas y, por decirlo así, *dadá*, a fin de integrar esas nueve notas de diferentes maneras, esto es, usando su tonalidad, alterándolas, permutando su orden…
En vez de un traslado de los postulados de un complejo estudio armónico, digamos que mi labor fue similar a la de un mero copista, que simplemente aplicó los colores de la paleta al lienzo, a pesar de que no quedaran muy bien juntos lo cual, lejos de provocar un mal cuadro, terminó por conseguir un resultado distinto al resto de la colección.

Pero no voy a entretenerme más en preámbulos y vamos ya a lo que nos ocupa, que es el análisis de Luimmi, muy particular, coincidente en algunos puntos con los postulados del trabajo y en otros con su experiencia.

1. Hermes

Como introducción, elegir al Dios mensajero me parece un acierto. Comienzo imaginándome una escena infinita, como un firmamento, un sonido idóneo para introducir los créditos y la dinámica general del disco, que intuyo seguirá esa línea.
Los matices de la producción son muy finos y las texturas muy conseguidas. Después, un piano hace que todo se vuelva más cercano, más tangible. Casi un plano detalle de alguien dándome algo. De alguna manera, me hace sentir con la responsabilidad de leer un mensaje importante. Una especie de misión, que no es para salvar al mundo, sino para que me salve yo mismo de mí mismo, y la carta trae una promesa de salvación muy luminosa.
Los arreglos a partir del 2.22 aproximadamente son puro virtuosismo. Creo que la melodía que entra luego, aun siendo acertada, dentro del relato, me lleva a otro sitio que no guarda relación con la atmósfera que se estaba generando.

2. Afrodita

Se acerca la diosa del amor, pero está más cerca de un puticlub que de una nube del Olimpo. A menos que en las nubes haya trompetistas de jazz. Encontramos algún toque oriental que le pega alrededor del 5.11. Lo habría mantenido para enlazarlo con más suavidad con Gea.

3. Gea

Es claramente la tierra. Se ve como en un documental de National Geographic. Una atmósfera fluida, no sé si densa o ligera, y percibo un toque africano que remite a la tierra, justo antes de incluir instrumentos de viento.

Conceptualmente tiene chicha. A nivel de cohesión le falta algo de empaque, pulir algo mejor las ligaduras, quizá.

4. Ares

Mi favorita. Estoy terminando (spam) de escribir un cómic que habla del personaje histórico en el que se basó Bram Stoker para crear su novela Drácula, y creo que esta música es perfecta para ilustrar el final de la guerra.
Un gobernante se adentra en tierras calcinadas y repletas de muertos. Si ha vencido o si ha sido derrotado no es relevante. Importa la sensación de presenciar la guerra, y creo que esto está muy bien transmitido aquí.

5. Ceres

Aquí es cierto que puedes imaginar en los primeros compases algo relativo al cultivo. Algo cíclico, como mujeres arrojando semillas y otros campesinos segando el trigo.
A partir del 13.54 esa sensación cíclica remite más a la idea de un planeta orbitando que a la de una planta creciendo. Curioso que planta y planeta compartan la misma raíz, pero la primera, etimológicamente, significa quedarse en un mismo sitio, mientras que la segunda significa errar o caminar sin rumbo fijo.
La tercera parte del corte puede entenderse como una combinación de ambos conceptos.
Sin el sol y la luna dando vueltas, no podrían crecer las plantas.

6. Juno

Aquí hay algo de imponente. Una matriarca, quizá. Una celestina... Acordes en tensión, pero armonías estables. Algo al acecho y protección que se convierte en regocijo a partir del minuto 17 aproximadamente. Muy bonita.

7. Cronos

El padre del tiempo principia con esos arpegios y esas campanadas lúgubres. Memento Mori. Hay algo de siniestro en esa balada lacónica y los arreglos a partir del gong del 19.26 son una puta maravilla. No sé si me condiciona tener al bebé cerca, pero esos acordes que creo que están en progresión I V introducen muy bien a

8. Caelus

Lo imagino como a una especie de Macaulay Culkin descendiendo de las nubes, con gafas de sol.

9. Nereida

Quizá eche de menos aquí un sonido menos aristocrático, más cercano a Debussy que a Mozart. Menos relojes y espejos y más hojas meciéndose en las ramas.
Aquí mi imaginación andaba por otro lado que el propuesto por la música, y he terminado en compañía de ninfas, cenando en el salón de La bella y la Bestia.

OTRA LECTURA DE LA ARMONÍA DE LAS ESFERAS

Albergo mis dudas sobre si debería o no escribir en relación con lo que el volumen doscientos diez significa, representa o, al menos, contiene en parte. Mi duda viene propiciada por la creencia de que, en cuentas resumidas, todo lo que se diga acerca de un trabajo musical puede ser un estorbo y al final el significado, el valor, la experiencia… es entera potestad del oyente. En adición, muchos asuntos lucen mejor si no se desvelan, pues lo oculto, el misterio, lo desconocido… capaz es de propiciar concepciones mucho mejores que las patentes e intencionadas.
No obstante, pese a todo, he considerado también que dentro de algún tiempo habré olvidado muchos detalles del trabajo y que sería justo, lo mismo, dejarlos aquí anotados con más o menos escrúpulo. Para mí mismo, para el interesado, para el curioso… o para alguien que quiera saber qué es lo que pretendía realmente y pueda corroborar si concuerda o no con lo que ha escuchado, si es que ha llegado a escuchar algo.
De modo que emprendo otro texto de todo punto innecesario sobre parafernalia musical y si ustedes por ventura consideran que es mejor dejar el trabajo con sus solas notas musicales como testigos, les invito a detener aquí su lectura. Para el resto, prosigo;

1. Hermes

Originalmente el primer tema del álbum iba a ser el que figura el último (Nereida), pero trasladé su ubicación debido a que no cumplía el orden de las tonalidades que a posteriori ingenié.
Dicho orden queda expuesto en Hermes. Hablo del motivo principal, de las nueve notas asignadas a los nueve planetas cuya procedencia no conseguí rastrear. Esto implica que las nueve notas pueden ser cualquier cosa que alguien haya puesto en la Wikipedia basándose en cualquier cuestionable principio. Pero, sea como sea, esto es el mensaje, el título, la carta que nos disponemos a leer.

Los primeros compases de Hermes son densos y con cierta carga de suspense. Los asocio a los rayos de luz viajando del sol en dirección a las profundidades heladas del cosmos y guardan cierto parecido con el sonido producido por los cuerpos celestes recogido por las sondas humanas lanzadas al espacio.
A medida que atendemos y nos adentramos en este ruido ambiental, vamos leyendo y entendiendo cosas, descubriendo armonías.
Concebí pues, una suerte de presentación grandilocuente, donde establecí el tono, el orden y los patrones que debía seguir a lo largo del viaje, lo cual no es nada del otro mundo.

2. Afrodita

Lo primero que pensé cuando quise representar algo relacionado con el amor fue en el saxofón. De entre todos, me pareció el instrumento más sensual y con carga erótica posible así que, fuera como fuera el tema, el saxofón tenía que ser protagonista indiscutible. Había de contornearse en fantasías y danzas sugestivas.

Podría haber grabado una balada romántica con un piano y un violín, por ejemplo, pero la idea del saxo me llevaba a algo más carnal y pasional. Más jazzístico y menos clásico. Digamos que la escena transcurre en un motel, de noche, con luces de neón y ambiente cargado de alcohol y tabaco, en vez de una cena romántica en un caro restaurante francés. Esa atmósfera turbia y sudorosa me pareció más adecuada que otra, menos obvia también.

3. Gea

Para Gea buscaba un tema orgánico y natural, dentro de lo posible, y de ahí la selección instrumental y, muy en especial, el coro de las voces humanas. El plan era que sonara familiar, terrenal y reconocible. No en vano se trataba de *nuestra casa*.
Quise describir un recorrido por las músicas de los seis continentes (no hay música en la Antártida, pero me parecía perfecto pues así haría referencia a otras fuentes no musicales que también representan la tierra), y esto resultaba sobremanera complejo, ya que iba a componer un corte de relativa poca duración y profundidad, no una sinfonía ni un erudito y completo estudio etnomusicológico.

Al tratarse de orbes artísticos diferentes, en suma, la idea de cohesionarlos a la vez que hacerlos distintivos y reconocibles pues también acarreaba sus problemas.
Desde Europa (piano, cuerdas, órgano, aires clásicos…), pasando por África (tambores, voces, vientos, armonías elementales…), Asia (flauta, arpa, simplicidad y belleza…), América (del Sur y del Norte, aires andinos y bluseros…), Oceanía (el didgeridoo) y La Antártida (el viento helado).

Podemos hablar de una reducción considerable y con muchos clichés si me apuran, caricaturesca si optan por llamarlo así, pero no deja de ser también una manera solvente de abordar un propósito, como me ha parecido señalar, ambicioso.

4. Ares

Dentro del planteamiento de desarrollar un tema con referencias bélicas, Ares consta de una parte intermedia alejada de esta dinámica. Si en Afrodita se recurrió al saxo, aquí los timbales se presentaban como los elementos más característicos, acompañados de metales.
La susodicha parte intermedia (una *parte marciana*) sirve como valle o puente del motivo principal. Aporta momento, desarrollo y matices al conjunto de la pieza.
Porque el impulso inicial fue conformar un tema más crudo o con más tensiones, pero el resultado quedó más bien en algo majestuoso, igualmente oscuro y con transiciones estilísticas entre un tono sinfónico, moderno y rockero.

5. Ceres

Para Ceres se quiso referenciar la idea de ciclo, desembocando en un corte dinámico y hasta cierto punto neutro. No se trata de una muestra demasiado temática y se basa en el establecimiento de una atmósfera estable, cosechando elementos del primer tema introductorio.

6. Juno

En la realización de Juno tuve presente que había de referenciar al planeta más grande y más viejo del Sistema solar. Mientras añadía pistas a la mezcla poniendo, como quien dice, *toda la carne en el asador,* constantemente visualizaba las gigantescas y convulsas tormentas gaseosas capturadas por la sonda Juno. Me imaginaba acercándome a esta abrumadora y monstruosa masa y, ante ello, solo podía expresar sobrecogimiento.
También me pareció justo que, dentro de esta grandiosidad y magnificencia, hubiera diversidad y referencias a elementos electrónicos, junto con una voz como divina e incorpórea.

7. Padre tiempo

Relojes y carillones iban a ser aquí el elemento identitario. Tiempo que se repite de manera saturnina y avanza inexorablemente, variando, nunca siendo el mismo. Este corte me pareció

que también debía de presentar aspectos del anterior pues hablábamos, en términos astronómicos, de mundos similares.

8. Caelus

Al planeta Urano se le atribuyen características astrológicas relacionadas con el desorden, el cambio y, lo que más me interesaba, la revolución. Iba a constituir pues, una muestra algo alejada de la tónica general del álbum y qué mejor forma que el rock para transmitir todos estos postulados.
Las peculiaridades de Urano hacen de él algo especial y por ello el motivo principal de las nueve notas fue reflejado a la inversa, como llevando la contraria.

9. Nereida

Había de retratar la sabiduría, la reflexión, el agua, las profundidades… pero en especial, había de relacionarse con su título, las Nereidas;

"*Simbolizan todo aquello que hay de hermoso y amable en el mar. Cantan con voz melodiosa y bailan alrededor de su padre. Se las representa como muchachas muy hermosas, vestidas con túnicas de seda blanca con bordeados dorados, a veces totalmente desnudas, coronadas por ramas de coral rojo y van descalzas, portando el tridente de Poseidón, de cuyo séquito forman parte*".

Convergiendo en una ambientación palaciega y cortesana, narrada con cajas de música, arpas, cuerdas y demás.

EL RELATIVO ÉXITO DE LA LISTA DE TERROR (Introducción)

En el año 2020 decidí seguir el consejo de la publicación de un blog de productores que básicamente recomendaba *tener tu negocio en orden*. Allá por el 2018 parecía que el asunto de los vídeos con mi música estaba prosperando, pero, a partir de ahí, describió una parábola descendente. Hube de ponerme en la piel de mis clientes, quienes habían encontrado mi música en internet a saber cómo, y pensé que sería buena idea ahorrarles el trabajo de rebuscar entre una cantidad ingente de temas. Fue así como concebí las *listas temáticas*, adaptadas a diferentes géneros, estados de ánimo o tipos de productos audiovisuales.

La primera lista que configuré fue una *lista optimista*, creyendo que este tipo de músicas iban a ser las más demandadas comercialmente. Una vez más no fue así. Entre estos temas había mucho blues, de modo que pensé: el público promedio va a ir en busca de una música alegre para un anuncio o para un vídeo de su mascota, pero sin embargo no va a querer un blues porque el blues no suele ser del gusto del público general. Así, hice una escisión: el *Happy blues*, de la cual luego desgrané una tercera lista con temas de boogie-woogie.
De entre todas las listas que publiqué, sería precisamente el Happy blues lo que más audiencia atraería en principio, pero actualicé el vídeo con temas nuevos borrando el anterior y el público, como vino, se fue. Lo mismo si no hubiera retirado el vídeo ahora estaría hablando de la lista de *Happy blues* en lugar de la de terror, cosa que mi novia hubiera agradecido sobremanera, ya que no simpatiza demasiado con la línea oscura.

En relación con estas listas de blues y boogie-woogie, se encontraría otra más adscrita al género funk y otra más al tipo jazz, ninguna sin representar puramente estas ramas. Particularmente la de jazz la titulé *Jazz falaz* explicando algo así como que ni sé tocar jazz, ni tampoco el jazz es algo que me intrigue sobremanera.

Luego vendrían selecciones de músicas en las que tampoco destaco como especialista, pero me parecía podrían quedar bien en el contexto de vídeos de corte *heroico o romántico*, la lista épica y la lista de baladas, en lo respectivo. Ambos tonos los estuve desarrollando en los albores del proyecto, principalmente.

Para la lista épica, seleccioné aquellos cortes en los que quise recrear una *orquesta sinfónica total y abrumadora*, una especie de *muro de sonido low-cost*, un *Wagner MIDI*, aprovechando que era gratis aditar un número infinito de pistas. Con el tiempo, fui adecuándome a las exigencias de este concepto, descubriendo tarde que *menos es más*, optimizando la paleta y dinámicas orquestales además del bruto borroso y pastoso que eran los primeros temas.
En el mundo de los *mockups*, como los llaman en el argot los compositores profesionales de Bandas sonoras, hay mucho terreno por explorar y verdaderos talentos. Orquesta Arrecife no ha sobresalido en este campo a costa de unos resultados creíbles o un aspecto técnico adecuado, sin embargo, unos pocos oyentes han valorado la originalidad de las muestras, quizá aburridos de los talleres de compositores de bandas sonoras donde la personalidad y la originalidad no es algo muy a tener en cuenta.

En cuanto a la lista de baladas, digamos que se trata de un tono en el que caía frecuentemente sin ser del todo consciente. Nunca he profesado demasiado aprecio a las baladas. Es posible que se trate de un prejuicio absurdo.

A la hora de clasificar los temas dictaminé: *son baladas*. De modo que durante largo tiempo grabé un tipo de música no solo sin saberlo, sino que si alguien en su día me hubiera señalado que estaba componiendo baladas posiblemente o no le hubiera creído o me hubiera llevado un gran chasco. No obstante, en su favor hay que argumentar que el público (de nuevo escaso) ha conectado generalmente con este tono triste, lento y melancólico, pianístico, más si cabe que con otras secciones del repertorio de las que podría sentirme más orgulloso.

A estas dos listas habría que añadir la *lista de rock*, también un ámbito desarrollado desde los orígenes del proyecto y en el que caí también un poco por inercia, en esta ocasión siendo un poco más consciente.

Y llegamos ya a lo que llamo *listas por encargo*, que son las listas de terror, ciencia ficción y exótica, surgidas a partir de clientes que las demandaban.
La ciencia ficción siempre ha sido mi género audiovisual favorito y para este concepto escogí aquellos ambientes más sintetizados, robóticos, MIDI etc. Son un tipo de piezas que me llevan bastante trabajo pues, para mí, suele ser más fácil pensar en términos de instrumentos tradicionales que tratar de amoldarme a sonidos puramente electrónicos. Y, precisamente, por las condiciones de mi material, puedo obtener resultados *más creíbles* elaborando música electrónica que incursionando en géneros de corte más orgánico.
Los sonidos electrónicos me encantan y los colecciono en abundancia, pero he de reconocer que no son los que más empleo actualmente, en parte por lo que he explicado; la menor inmediatez de su uso. Y es que acostumbro a ser un compositor práctico y a veces perezoso. Muchas veces he empleado sintetizadores en contextos en los que no debería y otras muchas veces he tratado paletas de instrumentos acústicos de la peor forma posible. Entono el *mea culpa*.

En cuanto a la lista exótica, un video creador me demandó en una ocasión una pieza de corte oriental. Busqué entre mi repertorio, por entonces no poco extenso para constatar, apesadumbrado, *que aquello no existía*. Así que, si mal no recuerdo, compuse exprofeso el tema *La biblioteca de Alejandría*, pues los anteriores presentaban fragmentos, por así decir, exóticos, pero difícilmente iban a ajustarse a las exigencias de aquella filmación.
Aquel fue un proyecto del que nunca más tuve noticias, pero a la postre pensé que sería buena idea agrupar todos estos temas en una suerte de cajón de sastre de *músicas del mundo*.
Y, como ocurre con el *Jazz falaz*, aquí podríamos hablar también de un *exotismo falaz*, pues cuando me demandan algo oriental o algo africano… es más bien lo que yo reducidamente entiendo de ese mundo que un estudio profundo y documentado sobre esas latitudes.
Resta nada más por detenerme en la lista de terror, cosa que haré de inmediato.

Pero, antes de esto, debo añadir que a medida que engrosaba las listas, me di cuenta de que me vi obligado a descartar un montón de temas a causa de la tónica del *cadáver exquisito*, ciñéndome a la crítica que ya me hicieron en su día desde el portal Jamendo y a la que me refiero en esta misma publicación.
Entendí entonces perfectamente al video creador que tras arduos esfuerzos encontraba el tema idóneo para su documental de Egipto, donde un grupo de personas viajaba en camellos con una increíble puesta de sol tras las pirámides, en un ambiente místico y majestuoso. De súbito, la banda sonora se transforma en una cover de *Cortilandia,* y todo se va al traste.
No es nada que no se pueda solucionar en la mesa de montaje o, lo que me parece mejor idea, nada que no se pueda solucionar retribuyendo al compositor en justa proporción, cosa que rara vez ocurre, dicho sea de paso.

EL RELATIVO ÉXITO DE LA LISTA DE TERROR (Desarrollo)

Abordemos ahora -siempre que me lo permitan- el eje fundamental de esta doble publicación. Adentrémonos en el meollo de la cuestión, lleguemos al epicentro del asunto. Desgranemos el grano convenientemente.

En el año 2016 acepté el encargo de ambientar un videojuego de terror. La dirección del proyecto estaba acometiendo un plan ambicioso, de modo que por entonces los autores permanecían centrados en otras fases de desarrollo y el asunto de la ambientación musical no quedaba muy definido ni acotado.
Esto me permitiría gozar de completa libertad a la hora de grabar, lo cual era más que de agradecer. No sabía muy bien cómo hacer que un tema sonara *a terror* ni tampoco tenía pautas o encorsetamientos. En aquel escenario perfecto, fui apilando muestras que jamás me hubiera propuesto editar por mí mismo y he de confesar que llegué hasta encontrarle gracia al asunto. No en vano, de esta lista surgieron algunos singles dignos de mención: *La casa encantada, The worm, Horror vacui, Tears* o los más recientes *Jack O'Lantern y Abramacabra*.

El videojuego terminó convertido en un no nato y seis años después, ahí es nada, mi novia y yo recibimos la visita de dos de sus fundadores, quienes nos pusieron al corriente de algunos detalles de aquel plan truncado. Aprovecharon de paso para felicitarme por el trabajo que desempeñé (hinché el pecho como un gallo) y caí en la cuenta de que justo por aquel entonces la lista de terror (que fue publicada en YouTube en el 2021) estaba recibiendo algo de tráfico al cabo de un año. Se trataba de unas cifras muy escasas, pero, dado que el canal recibía -y recibe- muy poca atención, destacaron en el repertorio.

En cosa de dos meses, la lista de terror alcanzó la audiencia de un Sad clown que llevaba expuesto seis años en Jamendo, y a fin de entender esto hay que considerar que hablamos del tercer tema de la orquesta más escuchado en la que fue por mucho tiempo su principal plataforma. El vídeo de la lista de terror tuvo también buen balance de likes, me hizo ganar suscriptores como nunca antes, e incluso cosechó algunos comentarios de diversa índole. Los menos entusiastas parecieron coincidir en que llamar terror a aquello era un tanto osado.

Mientras redacto esto, aún no ha parado de acumular números con lo que, de momento, no se alcanza a vislumbrar el final de su progresión. En el horizonte tengo puestas las 80.000 escuchas de El patio, sin duda un gran hit de la orquesta. Pensarán ustedes que a nadie se le ha ocurrido elaborar un ensayo sobre un vídeo de YouTube que sobrepase las 10.000 visualizaciones, o que llegue a 80.000 incluso, entre otras cosas porque eso equivaldría a pensar que un partido de fútbol del patio de un colegio merece ser televisado como si fuera la final de la Champions.

Es nada más que la excusa para poner de manifiesto algunas reflexiones acerca de la plataforma, suscitadas en mayor o menor medida a raíz de la acogida de esta lista y que creo pueden resultar algo más interesantes que mis tristes gestas. Vamos a ello.

A lo largo de mi carrera musical virtual he enfocado mis logros como si fueran pantallas de un videojuego. Fui subiendo mi música a la red e ingresando en plataformas, hackeando sus códigos encriptados y tratando de arañar cualquier céntimo posible como si, además de videojuegos,

fueran tragaperras. *Myspace, Jamendo, SoundCloud, Spotify*… iba echando partidas, ganando céntimos y milésimos, cosechando datos y tratando por todos los medios de aumentar el número de amiguitos como si fuera matando marcianos.

Y siempre, detrás del *final boss*, se encontraba el cartel descolorido de un paraíso tropical, el sueño dorado y recurrente no solo de poder vivir de tu música, sino de ser mundialmente conocido y obtener cantidades abrumadoras de dinero a cambio de desarrollar tu pasión. La definición de esta quimera en el imaginario es tan sobradamente familiar para la gente de mi generación e incluso para generaciones posteriores que no veo preciso detenerme más en ella.

Hoy en día, si acudes a un colegio y preguntas a los alumnos más jóvenes a qué les gustaría dedicarse en un futuro, un alto porcentaje responderán que quieren ser *youtubers*. Mi madre, que además de mi madre es ahora una señora mayor, lo define como *hacerse rico sin pegar ni chapa*, pero creo que, para ser justos, estamos obligados a hablar de algo ligeramente más complejo.

Escuché las palabras de un músico filósofo que no quería ser visto como *ese señor mayor protestando de los teléfonos móviles*. Apuntó si acaso las redes sociales no estaban creando demasiados *seguidores* en vez de gente independiente y autónoma con un planteamiento interesante y digno de tener audiencia.

Rebuscando entre las cuentas de YouTube que sigo, meticulosamente escogidas, voy a tomar dos ejemplos:

El canal A, abierto en el 2007, vídeos musicales de un músico reconocido, codeándose con la élite del sector:
169.000 suscriptores, cerca de 24.000.000 visualizaciones, 144 vídeos.

El canal B, abierto en el 2016, divulgación musical de un YouTuber:
3.030.000 suscriptores, 255.000.000 visualizaciones, 195 vídeos.

El canal B respecto al A
Tiene casi 18 veces más suscriptores y alrededor de 10 veces más visualizaciones.

No es esto una competición. Cada canal cumple con una función específica, tienen su público, su formato y son exitosos de alguna u otra manera. Pero, personalmente, servidor, que frecuenta ambos canales con cierta asiduidad, comparándolos, puede entender por qué en la pantalla final de la plataforma se encuentran los chavales jugando a videojuegos que son el referente de los niños del colegio de antes, y ni el canal B ni por supuesto el A se sitúan siquiera en el top 700 de su categoría, que para colmo no es la más popular.

Cada vez que veo un vídeo del canal A pienso que es un tipo de contenido original, atractivo, bien producido (también de factura profesional y costosa) y, como he señalado, corresponde al trabajo de una figura reputada dentro del panorama musical actual. Dicho en otras palabras; lo

tiene todo para pasarse el YouTube cinco veces seguidas y sin embargo viene a ser poco más o menos que la Orquesta Arrecife en comparación con la media tabla de la plataforma.

Puedes escoger entre muchos vídeos musicales, verdaderas obras de arte o incluso cortometrajes de animación que han llevado años de duro trabajo y elaboración, que ha costado un mundo producirlos, que tienen calidad, mensaje… y compararlos en términos de audiencia con el vídeo de un chaval que está dando voces tres horas seguidas mientras juega a un videojuego ni siquiera de manera *profesional*. La diferencia será abrumadora.

Existe un fenómeno estudiado en torno a las publicaciones musicales. Si una canción tiene cien escuchas y la otra cuatro, es muy probable que, entre las dos canciones, la gente en primera instancia opte por escuchar la primera. También entre dos bares contiguos, uno lleno de gente y otro vacío, los nuevos clientes tenderán a elegir el primero.

Da la sensación de que YouTube y su algoritmo funcionan un poco con este *efecto bola*. Esto de paso explicaría por qué lo más visto en la plataforma puede que no sea precisamente *lo mejor*, sea lo que sea esto último.

A decir verdad, no sé cómo funciona el algoritmo y, en caso de saberlo, tampoco sé si sabría aprovecharlo.

A medida que ha ido ascendiendo el número de seguidores en mi canal con motivo de la audiencia de la lista de terror, me he sentido inconmensurablemente feliz. Y, de inmediato, he pensado en la contrapartida; que esto tendrá un ciclo de vida, como ya ocurriera con El patio, y que las escuchas que tanto me animan últimamente en algún momento dejarán de darse.

Luego consideré que mi canal llegara a tener millones de escuchas y de oyentes y lo proyecté sobre un futuro próximo, dentro de unos diez o veinte años. Lo imaginé con unas estadísticas increíbles, pero entonces YouTube podría ser otro MySpace y nada más habría ahí salvo cuentas obsoletas y abandonadas. Un cementerio virtual entre tantos, a pesar de su pasado glorioso.

Reflexioné también sobre los comentarios de los oyentes, los cuales valoro enormemente. El otro día, azarosamente, encontré multitud de reseñas de tiempos remotos cuidadosamente archivadas en mi blog. No solo las había olvidado por completo, sino que ahora, al revisarlas, sentía que ya no se referían a algo que me involucrara. Habían, por decirlo así, agotado su poder de alimentar el ego, su capacidad motivadora o cualesquiera de los efectos positivos o negativos que pudieran tener.

Esto produce una fuerte colisión en mi entendimiento, pues siempre he concebido que en el momento en que tu obra llega a alguien y este alguien te responde con una palmadita en la espalda, como artista, ya puedes proclamar orgulloso que has cumplido tu cometido. Pero ahora puedo decantarme hacia que ni las visualizaciones, ni los *followers,* ni los comentarios… ni por extensión la fama, el dinero o siquiera el reconocimiento es la verdadera meta, la última pantalla del videojuego.

Quizá lo verdaderamente esencial de crear y publicar tu obra sea algo así como una labor filosófica y contemplativa. Debe ser algo hasta cierto punto altruista y desinteresado, y la

recompensa es el valor por sí mismo, el arte por el arte, y la inmensa suerte de poder desarrollarlo, disfrutar con esta labor y, ya si acaso, de camino, hacer disfrutar a otros.

Y esta actitud, con respecto al mundo, ha de implicar cierto grado de renuncia a la competitividad a que la vida nos somete, a obtener un tipo de *status o rol* dentro de un sistema que no está dispuesto en primera instancia a entender plenamente el fenómeno artístico.

EL RELATIVO ÉXITO DE LA LISTA DE TERROR (Conclusión)

A toro pasado, con la inefable ayuda de la IA, he podido hacer un análisis más objetivo del desempeño de la lista en YouTube, descubriendo una serie de verdades cinco años después de su publicación. Verdades que compartiré con ustedes, siempre que me lo permitan.

Antes de ceñir el análisis al rigor de la fría estadística, tengo que avisar que, tal y como dejé anotado, el ciclo del vídeo llegaría tarde o temprano a su fin. Me ha parecido valioso el análisis para todo aquel que quiera nutrirse de una experiencia real y no contaminada en la plataforma.

La lista de terror alcanzó cerca de 600.000 impresiones. Esto significa que apareció en pantalla todas esas veces, pero se tradujo en cerca de 40.000 visualizaciones, con una duración media de 8:30 minutos, alcanzando las abultadas 5.675 horas de reproducción. Y es que ocho minutos para un vídeo de más de dos horas es suficiente.

De cada 100 personas, 4 hicieron clic, lo que en contexto representa un porcentaje normal. Sin embargo, el alto consumo del vídeo (visualizaciones, duración, valoración positiva…) fue un buen argumento para que YouTube lo siguiera recomendando (algo así como lo que llamé en su momento el *efecto bola*).

Con este vídeo el canal ganó cerca de 200 subscriptores y 1.200 likes. La exposición del material no dependió de una única fuente; funcionó como recomendación, como búsqueda, como enlace y como lista.

Puede decirse que en la lista de terror coincidió la expectativa con el contenido, resolvió una necesidad real. Fue como: "*aquí tienes dos horas de música oscura para inspirarte*", sirviendo de herramienta creativa dado que fue frecuente que los usuarios utilizasen esta música como acompañamiento de otras actividades más o menos creativas.

Había, pues, en el momento de su publicación, una demanda apreciable de ese contenido. Tanto el público estaba bien definido, como el vídeo bien orientado.

La hipótesis que cobra más fuerza sobre el declive de la audiencia es el mero agotamiento. El algoritmo probó el vídeo, funcionó, amplió las recomendaciones y… cuando una gran parte de la audiencia que el algoritmo identificó como especialmente receptiva ya había sido alcanzada, el crecimiento se frenó.

YouTube explica que incluso con buenas métricas un vídeo puede dejar de recibir impresiones, porque compite constantemente con otros contenidos y porque el interés sobre un tema no es infinito. Las impresiones también dependen del tamaño del público potencial, como es obvio. Como la película de un cine, no la retiran porque sea mala, sino porque ya la ha consumido buena parte de su público, hay más estrenos o el género en ese momento no está en auge.

Eso no significa que el vídeo deje de recibir visitas. Igual que una película que puede seguir visionándose años después, un vídeo puede continuar acumulando reproducciones, aunque normalmente con una audiencia menor que la de su periodo de mayor difusión.

EL ARTE DE HACER MAL EL ARTE

Resulta chocante hasta cierto punto sostener que aquello que me ha mantenido firme en la composición musical todos estos largos años ha sido *ser un paquete* en esta disciplina. No poseo unas dotes excepcionales para la música, no cuento con unos conocimientos avanzados, no dispongo de un método eficaz de trabajo, no tengo un buen equipo ni buenos instrumentos… por no tener, a veces no tengo ni ganas ni previsión de pasar un buen rato.

Claro está que nadie va a pensar que sigo componiendo por el dinero o el reconocimiento (de esto, salta a la vista, he obtenido bastante poco y más aún si lo comparamos con lo mucho invertido). Alguno, no obstante, podría llegar a creer que como buen artista me debo a mi público y sigo ofreciendo obra en pos de satisfacer a mis oyentes. Tendría sentido, suena bien.
Pero pocos pensarían, en cambio, que es mayormente debido a *hacer las cosas mal* la razón por la que las siga desempeñando durante tantos años. Mal o un poco mejor, pero definitivamente mal, en cualquier caso. Así, puedo proclamar solemnemente: l*a torpeza es clave*.
El día que me siente al piano y no vea manera de mejorar alguna faceta de mi trabajo, posiblemente ese día mi carrera como compositor habrá acabado.
Porque si un artista se sentase al piano y ejecutase la pieza perfecta… ¿Sería necesario repetirla? ¿Sería preciso que el artista siguiera tocando el piano? ¿Habría alguien en disposición de apreciar esa pieza?

El arte es proceso y constante búsqueda. Creo en general que, como seres humanos, estamos abocados a encarnar entidades incompletas, inacabadas, en desarrollo constante. Consultamos la vida de los artistas -y de las personas- en una biografía con primera y última página y seguramente su contenido no sea otro asunto que miles de caminos emprendidos en los que en la mayoría de las ocasiones su caminante no ha dado con un destino propiamente tal.
La misma labor artística podría ser entendida como una historia en sí, y el hecho de no conocer nunca su conclusión sino solo ir acortando capítulos, da pie a seguir enganchados a la serie de la misma manera en que puede resultar un tanto desesperante no atisbar fondo.

No ha de encontrarse entre mis pretensiones tomarme muy en serio la filosofía del Reiki, pero, cuando trato de describir la labor artística, establezco un paralelismo con esa energía -llámese deidad u omnipotencia- que dicen participa en todo y sobre todo, y que nosotros canalizamos, individualizándola y personificándola. Es como si el artista entonase con su voz propia las notas de esa melodía perfecta, escrita en el abstracto y para la que cualquier sonido de cualquier instrumento va a implicar forzosamente una reducción, una aproximación burda.
Ha de concebirse como algo que todo el mundo reconoce en tanto sublime y absoluto, infinito, y lo cual todas las buenas obras de arte reflejan en gran medida, cada una en su forma y estilo.
Me gustaría creer, sí, que hay algo universal en los hitos de la historia del arte que traspasa fronteras culturales, sociales, ideológicas, morales… porque los hitos han de reflejar tan bien esa energía que, en tanto seres humanos, nos es muy difícil no apreciarla porque somos, esencialmente, fracciones de ella.

Como la idea del bien de Platón, lo esencial en el arte sería ese todo (mágico y místico, en esta ocasión) al que el artista, como chamán, accede en estado de trance y comunica a los participantes de un ritual en virtud del cual la comunidad humana entra en conexión con las fuerzas sagradas, el inconsciente colectivo, Gaia, la Pachamama, los alienígenas ancestrales o como prefiramos llamarlo y tratar, o no tratar, de entenderlo.

Así las cosas, el arte sería mero canal, el ritual, o el medio a través del cual vislumbraríamos las entretelas del cosmos, siempre y cuando el cosmos hubiera de tener escondido algún plan o significado.

El arte está lejos de aportarnos un saber meramente racional, empírico u objetivo. Ha de facilitarnos un entendimiento más profundo en el que intervienen muchas más facetas además de la razón. El arte nos conmueve, nos embelesa, nos sugestiona, nos deleita, nos provoca… provoca emociones, sentimientos y puede llegar a tener efectos fundamentales en nuestro estado, en nuestro consciente e inconsciente.
Y esto último, que en modo cierto puede llegar a ser de lo poco que podemos afirmar con seguridad sobre la práctica artística, subyace *de la fábula y el engaño*, lo cual ha sido considerado por muchos autores como poco más que una debilidad, como si el arte instituyera un insustancial juego de sombras. Por el contrario, otros pensadores han elevado la cuestión estética quizá demasiado alto, descuidando que al final, el arte, puede ser algo muy reducido y de muy poco alcance según donde lo coloques. Ya aportó Satie en este sentido que *el piano solo interesa al que lo toca*.

Ahora os revelo, tras descender de la cumbre borrascosa con las pesadas tablas de la ley bajo el brazo, que el arte es el mensaje y su contenido, lo último y definitivo; el *non plus ultra*, es Dios, el bien o la ciega e irracional voluntad. Y en términos conclusivos, si os fijáis bien, estoy trasladando -un poco chapuceramente- toda la problemática a un absoluto. Estoy apurando con indefiniciones la solución del problema, bastante lejos de ocuparme en resolverlo.
Si me pagaran por resolver el problema sería entonces el equivalente a un mal adivino, a un falso profeta.
Esto puede ser también un poco *hacer mal las cosas*, emprender caminos sin llegar a buen puerto o simplemente manifestar aquellas imperfecciones, aquel carácter incompleto, indeterminado o simplemente *vivo* al que me referí en primera instancia.

Lo primordial de la vida, así un poco en plata, no es de dónde hemos partido o a dónde llegaremos. Muchos han querido ocuparnos con estas cuestiones de las que sabemos y en las que decidimos bien poco. Pueden ser interesantes, sí, pero quizá viene a ser más importante que, mientras caminamos, no estemos desprovistos de ilusión.

Porque de ilusión, de arte, también se vive. Aunque no te paguen y no precisamente a causa de hacerlo mal.

RESEÑA DEL NUMACOMPACT (1)

Hoy me he levantado temprano y me he afanado en poner a punto una de las piezas clave del Estudio 1: el numacompact (1) con el que llevo grabando desde el álbum número 4 del 2013.

Tecnología alemana que por un bajo coste (me gasté alrededor de 300 euros considerando gastarme alrededor de 1.000 en lo que sería un teclado decente), permite salir del paso en las producciones caseras con solvencia.
Mecánica semicontrapesada de circunstancias mejorada con una muy pertinente función de ajuste de sensibilidad en cuatro niveles. 88 teclas (aunque no las necesites en las grabaciones y hasta te lleguen a estorbar, siempre es bien rendir homenaje a los pianos de verdad, eso sí, en formato liviano y reducido).

Controles minimalistas y escasas funciones básicas casi imprescindibles como el transpositor y el transpositor de octavas. Diez sonidos incorporados (algunos bastante agradables, otros no tanto) por si necesitas salir a tocar, aunque debas tener presente que no sea este un piano de escenario.
Dado que en aquel 2013 no quería renunciar a dar conciertos, su equilibrio entre teclado controlador y piano de escena me sedujo. Dadas las limitaciones de memoria y los requerimientos de una orquesta que me aceptó, tuve que enchufarle un módulo MIDI bastante caro, además de malo, difícil de conseguir y poco práctico.
De camino a un bolo me quedé sin los controles del pitch y modulación. Esto ocasiona que, si el instrumento se mueve mucho, se desafina, lo cual ha sido la pesadilla de mis compañeros músicos, salvo de los bateristas y algún otro que pensó que cuando algo sonaba fuera de tono era su culpa.

Creí que con la puesta a punto devolvería los controles dañados a su estado original, pero por desgracia no ha sido así.
Me consuelo conque haya encendido, evento que llegué a poner en duda tras desmontarlo, limpiarlo y no encontrar acomodo para siete tornillos que en su momento desatornillé.

EL PIANISTA TULLIDO

Corría el año 2015 cuando grabé una pieza que compuse allá por el 1999, esto es, cuando tenía dieciséis años y cursaba 5º grado en la escuela de música municipal Enrique Granados.
En aquellos tiempos, donde vivía, para hacernos una idea, era bastante insólito usar un teléfono móvil e internet había alcanzado a un 36% de la población en Estados Unidos.

Fue el año siguiente en que realicé la audición para el conservatorio. Hui despavorido de aquel examen en lo que mi madre aún hoy gusta definir como *el ridículo más espantoso de su vida*. Por suerte para mí y para otros alumnos (para *otras alumnas,* creo, pues recuerdo solo un compañero presentándose a la prueba, esto es porque los varones constituíamos una abrumadora minoría en aquella disciplina), la escuela de música se autodenominó *conservatorio* y ofreció a los *despojos y despojas* de la criba impartir un quinto curso.

Supongo que algunos padres de algunas alumnas que no superaron la prueba contratarían prestigiosos (además de caros) profesores particulares de música para volver a intentarlo al año siguiente. Un buen número de las compañeras descartadas (quizá sin tantos recursos, con más edad o lo que fuera) optaron, antes que claudicar (cosa que hicieron bastantes), por cursar aquel quinto grado *de mentira* que, bajo el anuncio de los profesores, recogería los contenidos del conservatorio, su meticulosidad y rigidez, pero, como es lógico, no la validez de una titulación oficial.

ESCUELA MUNICIPAL DE MUSICA ENRIQUE GRANADOS
(MAJADAHONDA)
APELLIDOS
NOMBRE
DOMICILIO
LOCALIDAD
TALLER
ENSEÑANZA OFICIAL (LOGSE)
PROFESOR
DIA
HORA
LENGUAJE MUSICAL
INSTRUMENTO
CLASE COLECTIVA
CONJUNTO CORAL

Reflexiono en el tiempo presente sin la posesión de datos precisos y me parece -quizá me equivoque- que la dirección de la escuela entonces adoptó una postura muy valiente.
Y es que, después de invertir cuatro o más años en la escuela, a muchos jóvenes músicos se nos cerraba lo que era la única puerta de acceso a un futuro próspero.

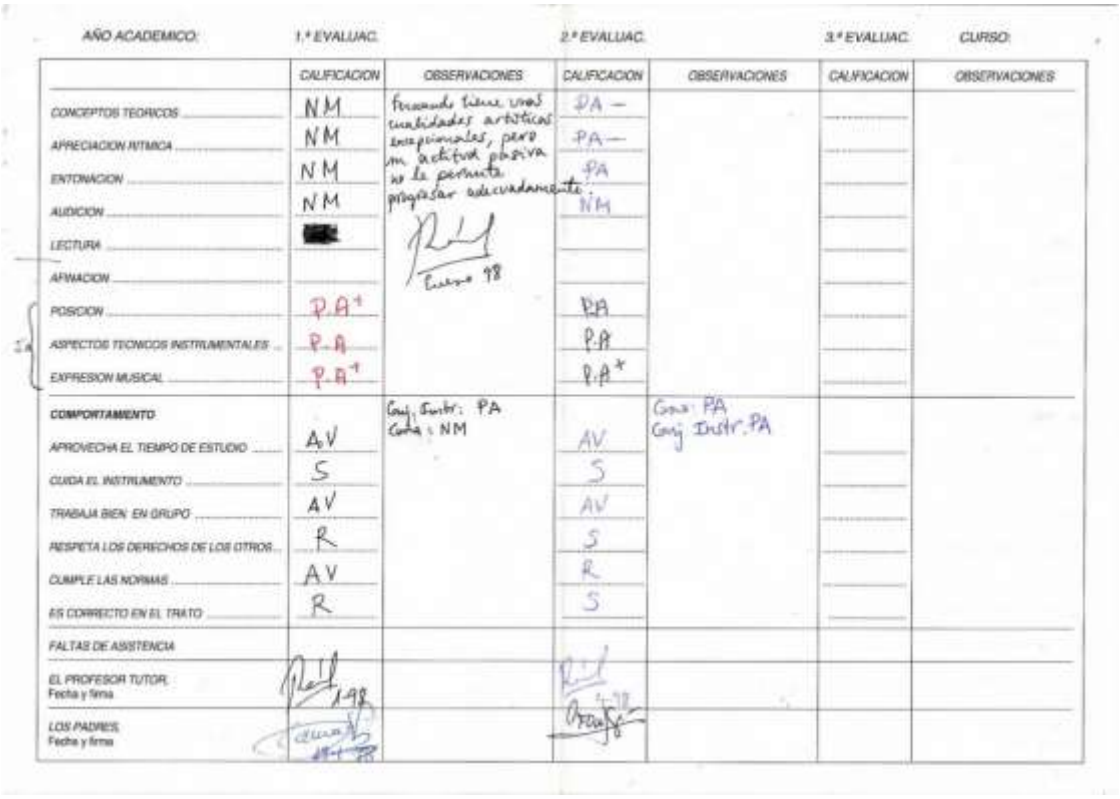
Spoiler: no hubo un sexto curso paralelo.
A pesar de los esfuerzos del personal de la escuela, creo que el sentir general de padres (sobre todo padres) y alumnas de aquel quinto que desafiaba toda norma institucional era que, a falta de un título enmarcado y rubricado por el rey Juan Carlos I al final del periplo, las alumnas estábamos perdiendo el tiempo. El tiempo y el dinero, porque no eran precisamente baratas las clases.

De aquí se desglosa una tremenda paradoja pues la naturaleza de la música, del arte, puede ser sobremanera improductiva. Una soberana pérdida de tiempo, si se prefiere y, hasta cierto punto, algo desreglamentado, desinteresado y tremendamente subjetivo aparte de voluble, donde la palabra de una institución o una jerarquía viene a ser solo un punto de vista más. A estas alturas de la película no voy a entretenerme con la validez de la firma del Emérito para, por obra y gracia, otorgar a un titulado los poderes de un artista competente.

Esto no tengo yo que explicarlo a unos lectores desprevenidos, tenían que explicarlo unos profesores a unos padres que iban a sacrificar costosos recursos en lo que empezaba a vislumbrarse como una pantomima.

Pero no descuidemos la cuestión fundamental; todo esto me lleva, en modo cierto y si no estoy idealizando el asunto, a recobrar cierta fe en un sistema antiguo al que no conseguí adaptarme y del que salí repelido por varios sitios de mil maneras diferentes. Porque incluso aunque la maniobra de la escuela se tratara de un hábil movimiento lucrativo, quién sabe, sé de seguro que allí había docentes que, en los márgenes de su pequeño radio de acción, con mejores o peores métodos, trataron de acercarnos al estudio de la noble disciplina artística.
Para mi hoy pueden ser vistos como mediadores de una dirección política con una idiosincrasia alejada o incluso contraria al arte; unos padres igualmente, hasta cierto punto, ignorantes y/o equivocados y unas alumnas que, como yo entonces, éramos reacias a absorber la rígida y fría experiencia de un mundo que no terminaba de ser el nuestro. Alumnas que en vez de estudiar a Bach preferirían perder el tiempo. Quizás con razón.

Puedo representar aquel modelo *boomer* de enseñanza como un barco que se está llenando de un agua que la tripulación pretende achicar. Generalmente todos cumplen con su deber y se ponen trabajosamente a transportar cubos de agua de un lado para otro. Pero lo hacen sin rumbo, convicción, coordinación o energía. Simplemente, la mayor parte del tiempo, por completar una coreografía grupal acorde a unas rutinas, unas normas y un horario, no porque quieran ayudar con vocación o crean que el barco merece permanecer a flote. Muy pocos son los que entienden de qué sirve llevar cubos de agua y, lo que es peor, quizá llevar cubos de agua de un lado para otro a la postre no sea ni de lejos la mejor manera de sacar el barco a flote.
Otro buen número de personas nada despreciable, consciente o inconscientemente, están llenando sus cubos en el mar y los están derramando sobre la cubierta del barco y una minoría, que vendría a ser aquella gente inspirada y competente a la que me referí, se afanaba en sacar agua del barco con pequeños recipientes, pero el caudal que accedía a la nave era tan nutrido que a nadie se le escapa que el barco iba a ir, irremediablemente, a pique.



AÑO ACADEMICO: 1.ª EVALUAC. 2.ª EVALUAC. 3.ª EVALUAC. CURSO:

	CALIFICACION	OBSERVACIONES	CALIFICACION	OBSERVACIONES	CALIFICACION	OBSERVACIONES
CONCEPTOS TEORICOS	NM	Fernando tiene unas cualidades artísticas excepcionales, pero su actitud pasiva no le permite progresar adecuadamente.	PA –			
APRECIACION RITMICA	NM		PA –			
ENTONACION	NM		PA			
AUDICION	NM		NM			
LECTURA	[redacted]					
AFINACION						
POSICION	P.A+		PA			
ASPECTOS TECNICOS INSTRUMENTALES	P.A		P.A			
EXPRESION MUSICAL	P.A+		P.A*			
COMPORTAMIENTO		Conj. Instr: PA Coro: NM		Coro: PA Conj Instr. PA		
APROVECHA EL TIEMPO DE ESTUDIO	AV		AV			
CUIDA EL INSTRUMENTO	S		S			
TRABAJA BIEN EN GRUPO	AV		AV			
RESPETA LOS DERECHOS DE LOS OTROS	R		S			
CUMPLE LAS NORMAS	AV		R			
ES CORRECTO EN EL TRATO	R		S			
FALTAS DE ASISTENCIA						
EL PROFESOR TUTOR Fecha y firma	1998					
LOS PADRES Fecha y firma						

Bastantes años después, esto es ahora, me topo con este documento archivado junto a mis partituras de entonces: dos evaluaciones del último año de enseñanza oficial.
No resultaría trascendente de no ser por mis buenas calificaciones obtenidas en el apartado instrumental. A la luz de esta valoración, al menos en aquel periodo y a juicio de mi profesor de piano, fui un alumno destacado y particularmente sobresaliente en el apartado de expresión musical. Como puede observarse, mi desempeño en otras materias fue desastroso, la tónica en mi currículo académico, vamos, y mi tutor lo resume de manera excelente con esa aguda observación: “cualidades artísticas excepcionales incapaces de desarrollarse a causa de una actitud pasiva”.
Viene a ser algo así como una de cal y otra de arena donde la arena queda soterrada por la cal.
Dudo mucho que un profesor entregara a los padres de una alumna una nota expresando algo así como: “su hija no tiene ninguna cualidad artística destacable, pero en cambio su buena actitud le está permitiendo progresar adecuadamente en los estudios”.

La naturaleza de estos boletines era meramente orientativa, no oficial, y quizá los maestros publicasen una valoración más por el efecto que pudiera conseguir en el desempeño del alumno, que por su semejanza contrastada con una realidad mayormente objetiva. Al menos es la única explicación que encuentro a propósito de los buenos resultados en piano y para el tímido progreso en las demás áreas en la segunda evaluación.
Imagino que se pretendía un equilibrio entre todas las materias y no entregar al alumno un papel con todo suspenso, cosa que seguramente me merecía y que pensaron podría desmoralizarme y lograr declararme en estado de absoluta rebeldía.

Ni que decir tiene que en el año 1999 y posteriores no presté la más remota atención a juicios de este jaez y simplemente me ha caído en gracia el hecho de encontrármelas hoy, contrariando que fui tan mal estudiante como creía ser.

Lo ignoro a ciencia cierta pero lo mismo, en aquella escuela, hasta podrían encontrarse pianistas peores, cosa que jamás hubiera sospechado. Sirve para constatar una vez más que la visión que tenemos de nosotros mismos no se ajusta ni de lejos con la que otros tienen.

Ya por último, siempre que me lo permitan, es mi voluntad compartir con ustedes la partitura de la composición que inauguró la presente memoria:

Melodía nº 2 a tres voces. Como pueden comprobar, está escrita en un sistema que ingenié y, aunque pueda parecer lo contrario, me parecía entonces más sencillo que leer pentagramas.
La pieza tiene forma de una especie de canon o de fuga y, para comprobar *que funcionaba*, registraba la pieza en la memoria de un teclado que se perdía al desenchufarse de la corriente.
Esto, como el quinto curso de la escuela de música, tampoco era oficial y nunca nadie tuvo noticia de la existencia de este ejemplo o similares.

Debo mostrarme agradecido pues, en cuentas resumidas, en un mundo donde muchos niños mueren de hambre, yo llegué incluso a tener acceso a una formación que me garantizaba morirme de hambre.

Todo este ensayo que espero, más allá de la pura anécdota nostálgica de un *millennial mayor*, haya dejado un poso de crítica general al sistema de enseñanza; me ha llevado a extraer la conclusión de que fui y debo ser un *pianista tullido*.
En el año 1999 me apoyaba en muletas como esa partitura o la memoria del teclado.
Hoy, el ordenador es mi silla de ruedas mecanizada y vengo a ser como Stephen Hawking describiendo círculos por una sala, soñando teorías disparatadas sobre el cosmos musical.

CHUCK BERRY HACÍA REGUETÓN

El reciente fallecimiento de Jerry Lee Lewis, el último sobreviviente de la primera avanzadilla del rock clásico, me ha animado a tratar un poco de pasada asuntos musicales remotamente emparentados con él que tengo intención de compartir con ustedes, siempre que no sea mucho pedir.

Sospecho que el reguetón ha venido para quedarse. Digo esto porque cuanto antes lo asimilemos, menos doloroso será el pesar de las viejas generaciones.

Repasemos un poco la historia; el reguetón, según dicen, bebe del reggae y el hip hop. Del primer estilo, de hecho, toma el nombre. El bautismo fue oficiado por un tal Daddy Yankee, no sé si les suena. Allá en Puerto Rico, los jóvenes de los noventa empezaron a cantar a la droga, a la violencia, a la amistad, al amor o al sexo. En los garajes de los suburbios se fraguaba el estilo y empezaban a rular los primeros mixtapes clandestinos, junto con otro tipo de sustancias y quién sabe qué cosas más. Solo diez años después, el reguetón se había masificado y viralizado hasta cotas insospechadas.
Efecto dominó: millones de jóvenes se dejaron seducir e identificarse por una música *nueva y prohibida*, y esos jóvenes, tiempo al tiempo, asociarán esos sonidos, esas letras, posiblemente con nostalgia, a la primavera de su existencia.
Les vaticino que en el futuro no habrá señores mayores en Benidorm bailando pasodobles, Daddy Yankee sonará a todo trapo.

A la gente mayor no nos gustó aquella moda y criticarla, teniendo en cuenta su dudosa moralidad y su simplismo musical, era bastante fácil.
Pero ahí tienen de nuevo a Jerry Lee Lewis, un ángel caído del mundo del espectáculo a pesar de su talento incuestionable por su reprochable conducta. Conducta no muy distinta de la del propio y omnipotente Elvis -que sí ganaría el cielo- y no muy distinta, que es a lo que vamos, de la de muchos iconos del reguetón.
Lo del *simplismo musical*, curiosamente, ya se colgó en su día como cartel al rock, refiriéndose a él despectivamente en términos de *esa música de tres acordes* o, más recientemente, se colgó la etiqueta de *chunda chunda*, para llamar así a determinados ritmos ramplones de la entonces incipiente música electrónica. Todo parece apuntar que, desde la perspectiva geocéntrica del oyente conservador, hay una tendencia a ver lo diferente como una manifestación reducida y burda, reflejo de la mentalidad de su público.

Los contenidos de las letras incendiarias del reguetón; violentas, machistas, arrogantes, libidinosas, perversas, provocadoras, escandalosas, lascivas, ofensivas, sicalípticas… eran el día a día de las viejas y veneradas vacas sagradas del rock.
El mensaje del rock y del reguetón, en la mayoría de los casos, es el mismo, con unas formas, eso sí, en el primero de los casos, más reposadas y contenidas. Pero no creo que lo fueran por respeto, pudor o prurito estético, sino porque simplemente hablamos de épocas y latitudes con poco en común.

Hay más de un abuelo que escuchó a Chuck Berry *de tapadillo*, ante la desaprobación de los bisabuelos, que optaban por músicas tradicionales o clásica (cuando no entendían que la música, en general, era perversa); que luego desaprobó el heavy que escuchaban sus hijos, y estos hijos heavies, a su vez, critican a sus hijos que, claro está, gastan reguetón.

Los propios artistas de blues y rock de hace décadas, ante la deriva que estaba experimentando su música, se cuestionaron si acaso no andaban equivocadamente profanando un noble arte ligado al sumo hacedor para transmutarlo en un canal de los más bajos instintos.
El colmo fue ver a los blancos tocando y bailando música de negros y al final, contra las numerosas y airadas voces de protesta que pretendían una juventud decente, uniformada, familiar, tradicional y religiosa, se erigió por consenso una cultura popular que enfrascó disconformidades, sueños y sensibilidades, en himnos que hoy nadie cuestiona.
Denle unos años más al reguetón y verán si es o no cuestionado.

El reguetón, sí, viene a ser como ese presidente que nadie ha votado y que ha acabado elegido. Tocante a lo personal, dudo bastante que me encuentren algún día escuchando reguetón, no obstante quiero, desde aquí, invitarles a cogerle cariño pues quizá lo que venga después nos haga añorar estos raros tiempos de trap y reguetón.

MÁQUINAS HUMANAS

De un tiempo a esta parte ha adquirido relevancia y cierta profundidad un debate a raíz del surgimiento de algoritmos capaces de generar obras artísticas, si pueden llamarse así. A partir de la descripción de una imagen, por ejemplo, la inteligencia artificial es capaz de ofrecernos la representación pretendida basándose en un análisis de datos de imágenes previamente existentes alojadas en nutridos bancos y, lo que es más asombroso aún, una reinterpretación de los mismos. Queda patente que no es un mero *copipaste* irreflexivo, como cabría en un principio suponer, sino la creación de iconografías nuevas y originales con base en una cantidad de datos que un solo artista jamás en vida podrá manejar.

Una máquina, en cuestión de segundos, puede nutrirse de una cantidad de visiones que un pintor no verá a lo largo de toda su vida. Una máquina puede crear también en cuestión de segundos copias y variaciones infinitas de un concepto y, a medida que el algoritmo se perfeccione, irá alcanzando maestría y refinando sus interpretaciones. Porque hablamos de ver, copiar e interpretar, esto es, el progreso del proceso artístico.
Pese a que la máquina sea capaz de analizar todos los aspectos formales de un documento gráfico, pudiendo imitarlos, recrearlos e interpretarlos, aquí es donde algunos argumentan que falta *el alma* y, por tanto, una computadora nunca llegará a firmar obras que contengan ese ingrediente estético esencial y determinante.

Personalmente, este alegato no me termina de tranquilizar, si es tranquilizar lo pretendido, porque las obras gráficas de estos jóvenes programas son como las obras de un niño de cinco años. Y lo inquietante del asunto es que los resultados de los ordenadores pueden ser, en muchos aspectos -no en todos-, muy superiores a los de los niños de cinco años.
Nadie puede alcanzar a imaginar qué harán los algoritmos cuando lleven veinte o cuarenta años en desarrollo. Lo mismo en el futuro solo las máquinas se dedican al arte, lo mismo entran en bucle y empiezan a generar una corriente artística superior que solo las máquinas comprenden y disfrutan, lo mismo su avance se estanca y, a fin de cuentas, resultan incapaces de reproducir ese *alma*, la esencia a la que antes hacía referencia, para regocijo de los puristas.

Preocupación hay en el gremio de artistas, claro, pero lo cierto es que a lo largo de la historia el arte (a diferencia de la religión) ha encontrado en los avances tecnológicos unas veces apoyo y otras un cambio de orientación, recurro al ejemplo, a fin de que me entiendan mejor:
Cuando surgió la fotografía muchos pretendieron enterrar la pintura cuando los pintores convivieron más o menos bien con la fotografía, ora ayudándose de la fotografía para elaborar sus pinturas (foto realismo), ora recogiendo en la pintura asuntos que la fotografía en sus albores no podía plasmar con tanta facilidad (impresionismo, dadaísmo, surrealismo…). Por haber, también hubo pintores hiperrealistas que consideraron sus obras más fidedignas y veraces que las mismas fotografías y el abanico de recursos para lograr esto viene a ser amplio.
Hoy en día, un fotógrafo puede aportar *alma* a una fotografía y con todas las numerosas herramientas de composición que tiene a su alcance, podemos decir que un fotógrafo puede situarse a la altura de un pintor. En ocasiones la frontera entre pintura y fotografía es tan delgada que cuesta describirla.
Igual que cada vez encontramos menos gente que va a ver películas al cine, o menos gente que escucha sinfonías; el arte cambia de modas, de formatos y de soportes y no porque el futuro dependa de algoritmos tendremos que vaticinar el fin del arte o dejar de esperar la contemplación de obras sublimes.

Existen, pues, programas capaces de *escuchar* toda la obra de Mozart y crear composiciones basándose en esos ejemplos. Existe un artista que no toca ningún instrumento, sino que programa algoritmos capaces de emular a Mozart. A este respecto he oído a músicos puristas alegar que esto no tiene mérito, *que es trampa*.
A pesar de que no sea un buen pianista, creo que puedo realizar una composición mozartiana mejor con un piano que con un algoritmo. Con un piano soy un pésimo Mozart, pero con un algoritmo no soy nadie. Tampoco posiblemente serán nadie los puristas que piensan que la música hecha por ordenador es más sencilla. Tampoco sé si lo de ser *menos auténtica* podría sostenerse.

Cuando los avances de la tecnología llegaron al campo de la composición musical, los creadores empezaron a delegar la función interpretativa en las máquinas y esto ocasionó que los procesos se simplificasen, se abaratasen y alcanzáramos el punto en que puede ser difícil diferenciar las grabaciones de una orquesta de las de una orquesta de instrumentos virtuales.
En algún momento de esta historia, intérpretes que llenaban su nevera grabando música, tocando un instrumento, pensaron que se iban a quedar sin trabajo. En algunos casos debió ser así, pero en otros el desarrollo tecnológico ayudó a estimular y a perfeccionar las grabaciones de las orquestas tradicionales, que en muchas fases del proceso fueron y son irremplazables.
Las máquinas son perfectas, los sistemas de sonido van a seguir mejorando a pasos agigantados, pero confío en que siempre habrá en la industria musical alguien que requiera los servicios de un violinista, una orquesta de verdad o de un compositor que base su trabajo en medios tradicionales.

Nuevamente no hay nada mejor ni peor, es, como dije, una cuestión de herramientas, formatos, épocas y generaciones. Resulta tremendamente interesante que hoy una máquina pueda componer a la manera de Mozart. Ya solo esta posibilidad da pie a fantasear y a emocionarse. Pero Mozart fue Mozart y ahí queda su legado para el interesado. Existen millones de copias de cuadros del Bosco y millones de cuadros en el estilo del Bosco. A veces ni los eruditos de la obra del Bosco saben distinguir un Bosco auténtico de una copia.
Vengo a decir que lo importante no es Mozart ni la obra de Mozart, sino lo que esta logra provocar en el ánimo del oyente. Y si una máquina consigue conmover y deleitar, no olvidemos que, a fin de cuentas, la máquina también es una obra humana. Artística o no, eso ya es otra cosa.

LO ÚLTIMO DE SHAKIRA

Veo a Shakira y veo también a una artista con una convocatoria masiva. Tiene la suerte, o la desgracia, de poder encaramarse a un pedestal y arrojar desde ahí un mensaje a una audiencia multitudinaria.

Aunque sea fácil suponerlo y de todo punto impreciso simularlo, me emplazo virtualmente en esas latitudes e imagino que me sentiría tremendamente motivado -además de presionado- por poder hacer llegar a tantísima gente algo que considerase valioso, interesante, inteligente… me gustaría, en otras palabras, ser capaz de ejecutar una obra absoluta y magnífica y que mis seguidores, a hombros, se encargaran de encumbrar a la altura de un verdadero hito en la historia del arte. Por soñar que no quede.

Esto último, constituir un hito -no sé si dentro de la historia del arte, pero sí lo menos en el acervo popular- por lo visto ya ha acontecido con el *beef* ese, autotuneado y reguetonizado convenientemente, de estética actual veinteañera y audaces metáforas virales que han revolucionado los departamentos de marketing de conocidas marcas. Porque nadie esperaba (ni posiblemente estaba verdaderamente interesado) en que la señora Shakira se subiera al pedestal para declamar una oda metafísica, profunda, desgarradora ni absoluta.

El público del circo romano internacional llevaba ya bastante tiempo expectante, sediento de sangre y bajos instintos. Algo que les removiera un poco las vísceras, que se sintiera y comprendiera de inmediato, y algo que se suponía y se esperaba de la diva.

Porque no hace ninguna falta que les recuerde que Shakira no es precisamente una *doña nadie*. Cuenta con su trabajada y abultada cartera de *followers*, sus nada improvisados estudios de mercado, su astronómico presupuesto y quizá a todo esto debemos añadir su honesta intención de comunicar lo que para ella ahora es esencial y, a pesar de todo, debería ser respetado.

Ya irán adivinando que no he venido aquí con el propósito de engordar aún más la bola de nieve. Tampoco voy a quejarme porque Rosalía en este momento tenga más audiencia en Spotify que los históricos Beatles. Quizá uno de los pocos hitos que le quede ahora por alcanzar al cuarteto de Liverpool sea reconvertirse en una banda underground, con un repertorio de gemas ocultas que nadie conoce ni entiende y planteamientos diferentes a crónicas de la salsa rosa.

Simplemente me ha dado por imaginar a una Shakira verdaderamente empoderada cambiando el destino poco prometedor del mundo, en lugar de atender a los rigores de una artista pop en el seno de un escenario gigantesco y abarrotado, cantando con millones de filtros a sus millones de oyentes, ganando millones de dólares, que su novio millonario se ha ido con otra más joven cuando ella ofrecía algo más auténtico y valioso.

Bien por ti, Shakira.

Redacción: Inteligencia Artificial, Shakira, Reguetón… la temática de sus últimos ensayos es de rabiosa actualidad y tendencia. ¿Siente que el mundo le debe algo?
Autor del viaje de Antonio: Siendo sincero, no tengo la más remota idea de por qué me ha dado por ahí. Me he equivocado, no volverá a ocurrir.

R: Firma su tema 3.000 y en febrero publica su onceavo anuario. ¿Qué sensaciones tiene?
A: El concepto de anuario nunca me agradó en principio. Surgió un poco por accidente, por ajustarse a criterios de distribución. Bajo mi perspectiva, contemplaba con orgullo los árboles del bosque y pensaba que era un desperdicio destacar un puñado de temas posiblemente mal elegidos frente a una abultada colección. Como padre, amaba por igual a todos mis hijos y quería que cada uno tuviera su lugar reservado en el bote salvavidas.
Pasado el tiempo, en cambio, concebí que un resumen, aunque no fuera fidedigno, era estrictamente necesario y aquí me tienen, esperando otra vez a que llegue febrero para lanzar el Oniros. Ya no regalo tanto cariño a algunos de mis vástagos y no me importa abandonar a la mayoría a su suerte.

Los primeros años de orquesta escuchaba los temas horribles que conseguía grabar con insistencia. Como si a fuerza de muchas escuchas fuera a reparar sus muchas faltas.
Lejos de ser ningún portento, en todo este tiempo he optimizado muchos procesos, pero ya no vuelvo con tanta frecuencia la vista atrás. En ocasiones compongo varios temas al día, los reviso un par de veces y salvo con la expresa obligación de reseñarlos, no me atrae demasiado prestarles atención.

Soy menos detallista y más efectivo también, respecto a mi yo anterior. Me he aburguesado. Me he rendido a rutinas y a fórmulas *de fracaso*, he habitado una zona de confort y aunque a veces me tiente la idea de alterar todo el proceso, de hacer algo diametralmente distinto, innovador y original, la experiencia me dicta que los avances por esa vía van a ser menos frecuentes.

A la hora de analizar mis últimas producciones, en especial las del estudio 2 -que son más sencillas y rudimentarias-, las encuentro poco exóticas en comparación con la cosecha de años precedentes. Acabo convenciéndome de que ya está todo inventado y que, si algo es efectivo, suena bien, es coherente… se achaca a que se atiene a las convenciones del arte y esto, sí, puede computar como virtud.
Son ya doce años de trayectoria con la orquesta, pero en muchos aspectos no he salvado grandes distancias pues, de manera autodidacta, sorteas obstáculos mucho más despacio que con el aporte de otras visiones exteriores más sabias y experimentadas.
Lo que he logrado en doce años otra persona más ordenada y mejor aconsejada fácilmente podría haberlo alcanzado en uno.

R: Pero esto es mera publicidad del anuario.
A: Como ya sabéis, por estas fechas, tradicionalmente, hago un anuncio a qué se yo, doscientas, quinientas personas de mi lista de correo.
No suele tener mucha respuesta y normalmente justifico que ya con que llegue a una sola persona ha merecido la pena, cosa que irremediablemente, por estadística, acaba sucediendo.

Pero este 2023 siento el impulso de no darle tanta cobertura. Y cuando hablo de tanta cobertura me refiero a redactar un triste email que puede acabar directamente en la carpeta de spam o que supone un clic eliminarlo sin leerlo. Hablamos del 90% de mis actos de promoción anuales. De un tiempo a esta parte ha cobrado sentido el ya viejo planteamiento de que puedo llegar a aburrir. Mal que bien, no obstante, se trata de un periodo de mucha dedicación y esfuerzo, debería comportar algo valioso y debería defenderlo, pero me encuentro como rendido y escéptico.

De vuelta a mi yo anterior, confiaba en que una publicación de esta envergadura cambiaría mi situación; ahora, en cambio, casi completamente seguro, puedo decirte que no va a cambiar absolutamente nada.
Ahí tenéis a Javi Cantero, sin ir más lejos. Le colocaron uno de los trampolines más altos del momento. Ejecutó un triple mortal con el *Cuanto más acelero* y se pegó la hostia de su vida. Luego volvió al ruedo más curtido y experimentado, más preparado, pero si aquel salto le hubiera salido bien a la primera ahora estaría en otro lugar bastante mejor considerado.
No puedo evitar sentirme un poco Javi Cantero pensando que mi trampolín estuvo ahí en algún momento, pero mis ejercicios de entonces no fueron buenos y aunque ahora pueda saltar mucho más alto y mejor, ya no hay trampolín ni piscina que valga.

Bromas aparte, el hecho de que el anuario no vaya a suponer ninguna revolución no ha de evaluarse forzosamente como algo negativo. He dado a luz a más de setecientos temas en el plazo de un año, lo cual es indicativo de que la cosa marcha bien. Entreveo, en otros términos, que no es demasiado importante que el Oniros llegue a alguien. Quien quiera escucharme sabe dónde hacerlo.
Llevo ya mucho tiempo aquí y toda forma de hacer ruido y de llamar más la atención me parece desvirtuar el contenido o perder el tiempo.
Y es maravilloso que alguien te escuche, entiéndeme, pero al final del día solo estás tú con tu triste música. No vas a impresionar a nadie y nadie va a molestarse felicitándote por tu trabajo a ciertas horas. Ahora mismo, en muchas partes del mundo, hay gente desempeñando trabajos mucho más útiles y duros que el tuyo y nadie va a felicitarles tampoco.
Seguramente mi felicidad y la de muchos aumente a medida que nos importe menos todo lo ajeno a nuestra labor, aquello que menos depende de nosotros. Si un arreglo no encaja, puedo solucionarlo; si alguien piensa que el anuario es una completa basura, poco puedo hacer.

Ocurre que al tratarse de una actividad con tanta relevancia en mi día a día, tiendo a fijar en la música un montón de expectativas insatisfechas descuidando que solo es música.
Fuera de mi, a muy poca gente le importa y dentro de cincuenta años ya ni te cuento.
Y, como en el caso anterior, puede que esté bien así. Basta con analizar el propio negocio de la música para darse cuenta sin observar demasiado que la propia música no es, ni de lejos, lo más determinante.

R: Suena como si por fin hubiera encontrado su butaca en el *salón de los rechazados*.
A: Hará un par de años, no más, mi distribuidora me preguntó si me consideraba un artista emergente o algo distinto. Respondí que llevaba cosa de diez años emergiendo, pero que, intentando emerger, cada vez me sumergía más. Yo lo llamo *las arenas movedizas de la música*.

Para la gente que es ajena al orbe musical, que no es poca, si les dices que eres músico, su idea es la de una persona famosa y acaudalada. No cabe otra categoría. Te miran de arriba abajo y te espetan: no, tú no eres músico, tú eres idiota.
Es normal. Yo también tiendo a pensar que todos los futbolistas salen en la tele, salen con Shakira y disputan partidos de primera división. Pero entre esos futbolistas y los chavales que juegan un partido en una cancha cualquiera sin red en las porterías hay un millón de carreras deportivas con diferentes enfoques.
Lo que trasciende en el mundo del espectáculo es un elenco cerrado y reducido más o menos variopinto e interesante.
Últimamente artistas que ya están *un poco pasaditos* se actualizan haciendo crossovers con los *zoomers*, que son ahora el público objetivo que marca tendencia en el panorama.

De otro lado, estoy cansado de ver músicos consagrados de ciertos palos reconocer que ya no atienden a nada de lo nuevo de ahora. Coltrane, Oscar Peterson, Mingus… cuando los entrevistadores les preguntan -un poco obligados- por los grupos sensación del momento, los veteranos se quedan con la mirada perdida en el infinito.
Así, mientras el mundo avanza inexorablemente, hay personajes que se empeñan en volver atrás. Es como una bandada de pingüinos jóvenes y vigorosos que van corriendo hacia el mar, dándose aletazos, en busca de pescado fresco, mientras unos pocos ejemplares ancianos y desplumados retroceden hacia la costa con sus rallados discos de vinilo bajo sus alas inservibles.
- Dejadnos morir en paz - murmuran de mala gana cuando un pingüino joven trata de que miren al mar.

R: Dramático ¿Por qué Oniros?
A: A parte de la iconografía esa de que vivir de la música es un sueño, que la música de la orquesta puede evocar paisajes oníricos o surrealistas cuanto menos -varias personas han soñado con mi música en alguna ocasión-… En el estudio 2, en el cabecero de la cama, mi novia tiene colgados tres atrapasueños.
Nunca les presté atención de manera consciente, pero, como ocurrió con el Bandas sonoras y tantos otros elementos del arrecife, brotan y germinan en el imaginario de manera sutil y automática, de improvisto.

No tuvo que ver en el asunto del título, pero muchas veces utilizo mi música para dormir. No quiero que se lea como un chiste. En esas ocasiones, acabo por no prestar atención a los sonidos y mi cerebro va entrando en un proceso de centrifugado, como si se liberase y se despojara de lastre para incursionar sigilosamente en las tinieblas.

FE DE ERRORES: EL DRAGÓN

Recientemente realicé un viaje a Santander en compañía de mi novia y unos amigos. Quizás con el propósito de ambientar nuestras andanzas por el Parque de la Naturaleza de Cabárceno, nuestro *disc-jockey* residente acostumbraba a pinchar la banda sonora de *Jurassic Park*.

De hábitos nocturnos, no puedo definirme como una persona a la que los horarios matinales sienten precisamente de maravilla. Y es que, temprano, me cuesta más de lo normal interactuar socialmente, tratar de desayunar o incluso llevar a cabo tareas mundanas con un cien por cien de efectividad, cordialidad o ganas.
En este marco ya de por sí deplorable, tras la mentada y acostumbrada audición de *Jurassic Park*, el altavoz bluetooth de nuestro *disc-jockey* despidió cuatro notas que bien podrían ser el inicio del estándar de jazz *Autumn Leaves,* pero eran en realidad, otra cosa: *The Batman Theme*, de Danny Elfman, publicada como banda sonora allá por el 1989.

Un motivo prácticamente calcado de lo que bauticé orgulloso como *el motivo del dragón* en el álbum Fafnir de la Orquesta Arrecife en 2017. Fusilamiento totalmente involuntario.
Como Froilán, debí dispararme en un pie. Debería alegar que me he equivocado y no volverá a suceder.

En el momento de su recomposición, la consideré una idea fabulosa y recuerdo irla vistiendo y desvistiendo, admirando aquella conmovedora estructura, incapaz de relacionarla con el original, pero... como ya aconteciera a Paul McCartney con su querido *Yesterday* (la canción más versionada del mundo, por cierto), el hallazgo lucía tan valioso que se antojaba imposible que aquel número de lotería no hubiera tocado ya en otro sorteo.
A pesar de que *Yesterday* se vinculase posteriormente con el *Bésame mucho* de Consuelo Velázquez, predomina cierto consenso sobre que hablamos de cosas distintas, de primos lejanos.
En el caso que nos ocupa, las ideas de The Batman Theme y el infausto *motivo del dragón*, por desgracia, al margen de su desarrollo, instrumentación, contexto y demás, son hermanas gemelas.

Si algo bueno se desprende del hecho de que prácticamente nadie haya escuchado el álbum Fafnir es que a nadie le ha dado tiempo a señalar esta coincidencia.
Aprovecho pues, para hacer fe de errores y profesar mi admiración por Elfman, de quien, dicho sea de paso, he tomado algún que otro préstamo de manera consciente esta vez, pero eso ya es carne de otro apartado.

Nota: Curioseando sobre el origen de *The Batman Theme* he averiguado que su autor pudo concebirla aislándose en el aseo de un avión. Vaya momento para un apretón y menudo desahogo que debió suponer. *Autumn Leaves,* flotando con otros despojos no tan interesantes a 42.000 pies de altura.

FIBÁÑEZ

Me ha sorprendido el hallazgo de una plantilla del *13 Rue del Percebe* sin personajes. Una breve búsqueda ha confirmado la peor de mis sospechas: ayer falleció el primer artista que -creo-, entre todos, más consiguiera influenciarme.

En tiempos donde internet no existía y sí lo hacía una sequía cultural perentoria, los *Mortadelos* que caían en manos de jóvenes de mi talla representaban auténticos tesoros. Las historietas de Ibáñez instituían obras tan disfrutables, tan celebradas, tan geniales... que aún hoy en día me cuesta imaginar su presencia en el contexto de tiempos anteriores. Para colmo, su legado es casi infinito en tiempos presentes y, me atrevería a decir, también futuros.
Recuerdo perder mucho el tiempo repasando aquellas historias y raros momentos en los que, por acumulación de *gags*, rompía a reír sin freno alterando el severo y religioso silencio de altas horas de la madrugada.

Ibáñez debió encarnar el mayor motivo por el que empezara a dibujar y, antes que dibujante, incluso, debo decir que fui viñetista. He renegado tanto de esa faceta que para mí hubiera sido inconcebible que algún día me refiriera a ella. Tampoco hoy me siento orgulloso, pero creo que es casi un deber reconocer su existencia.
A algunos músicos, cuando escuchamos a otro músico mejor que nosotros, nos supone un tremendo esfuerzo no sufrir a razón de la inferioridad de nuestro arte y ser capaces de apreciar muestras ajenas disfrutándolas con plenitud esto es, claro está, como debería de ser.

Había algo sobrecogedor antes de internet y es que las cosas *no existían tanto*. Podías confundir una referencia o tomar prestado algo de cualquier lugar cuyo acceso estaba prácticamente vedado. El sueño de cualquier impostor. Sin embargo, ahora todo permanece mucho más conectado y bastan unas pocas palabras en *San Google* para acercarnos a la fuente primigenia del conocimiento, a la prueba irrefutable.

He reconocido la importancia de Ibáñez en mis albores artísticos, si bien Ibáñez nunca representó ese músico virtuoso por el que solo cabía sentir envidia y desear su deceso. Extrañamente, para mí, nunca encarnó un rival; sus historietas no eran algo de lo que asombrarse o admirar, sino algo que vivir y paladear con gusto.
Tenían algo que te hacían internarte en ellas sin ningún tipo de obstáculo y, como el mismo autor revelase, es imposible saber el por qué esta permeabilidad se daba con tantísima facilidad en el grueso de los lectores.
Tampoco, incluso en tiempos anteriores a internet, si hubiera querido hubiera podido ocultar la influencia de Ibáñez, pues era entonces poco más que omnipresente. Si bien mis viñetas nunca se parecieron a las de Ibáñez en lo más remoto, su sombra debió alargarse tanto que solo cuando ya en el plano físico Ibáñez es inexistente he advertido su verdadero y colosal alcance.

Sin buscar demasiado, puedo nombrar diez dibujantes mejores que Ibáñez, pero por mucho que me esfuerce no creo que pueda encontrar un narrador mejor. Eso, a pesar de toda su idiosincrasia y las complejidades del mundo editorial en el que se desenvolvió con más gloria que pena.
Al menos aquí, en estas latitudes, nadie ha sido (y dudo seriamente que lo sea en un futuro) tan reconocido dibujando historietas, labor que, en proporción a su descomunal alcance, puede estimarse como prácticamente huérfana de premios, honores y distinciones.

No sospechaba nada de esto último y supongo que bien pueden tratarse de quejas de aquellos que querían otorgarle más galardones que los que tiene, que no son pocos, y a los que según cuentan Ibáñez no les prestaba demasiada atención.
Otros, según parece, han renunciado a venerar viejas vacas sagradas y han osado deslizar que acaso Ibáñez no concedió suficiente crédito a sus asistentes o que, ayudado por ese ocultismo al que me he referido y espoleado por necesidades editoriales, incurrió en sonados plagios.
Me gustaría disponer de más información sobre estos últimos puntos, no obstante, a guiso de regalo de despedida, es mi deseo alumbrar un poco la cuestión recalcando, como advierto, mi falta de datos y sobreabundancia de imaginación:

El Beatle que compuso *Yesterday*, a quien también referí en la entrada anterior, sostuvo en unas declaraciones que no estaba interesado en entender la música formalmente. Para Paul McCartney la música era un *vudú* y su desencriptamiento derivaría irremediablemente en el desencanto.
Los artistas, en bastantes ocasiones, podemos ser representados como una suerte de científicos locos que probamos experimentos y, de tanto en cuando, damos fortuitamente con hallazgos sobrenaturales. Ignoramos el secreto de lo maravilloso y, cuando lo conocemos, lo maravilloso deja de ser maravilloso.
Consagramos nuestra vida a esta experimentación pagando un precio bastante alto y ello puede llevarnos a albergar una gran expectativa, celo, codicia, o a borrar nuestras huellas, deliberadamente o no.
No quiero defender la supuesta oscuridad que se cierne sobre Ibáñez, nada más quiero contextualizarla. Tampoco creo que estos asuntos deban manchar su impecable carrera.

Después de atornillarse 17 horas al día en una silla durante más de media vida ocasionándole a la postre una *mortadelitis* crónica, con 87 años, Ibáñez seguía empuñando el lápiz y defendiendo unos personajes que eran calvos por ahorrar tiempo. Ibáñez ha agotado su tiempo y se quedó calvo dibujando. Para los que tratamos de dedicarnos al arte, esto representa una soberana heroicidad.
Su gesta me deja perplejo, pero creo que estoy en disposición de entenderla perfectamente.
Una nada despreciable porción de los habitantes de este orbe lo agradecerán el resto de su vida.

BOLETÍN FILOSÓFICO DE NOTICIAS ARRECIFE

El último trimestre de remesas de *la cosa de los vídeos* (julio - septiembre de 2023) ha batido récords gananciales, casi duplicando nuestra mejor marca obtenida el primer trimestre del 2022. Sin duda una buena noticia. Amarga un poco el factor de que parte de esos ingresos (a veces más y otras menos) corresponde a errores del algoritmo, que introduce en mi bolsillo céntimos que les corresponderían a importantes fondos de inversores y discográficas multinacionales. Esta va por ti Kōji Kondō.

Tras doce años de orquesta, conseguí instalar mi primera tarjeta de sonido. La anterior era la que venía integrada en la placa base y la nueva, para perpetuar las tradiciones *low-tech*, cómo no, dista bastante de ser profesional.
Aun así, el salto de calidad es perceptible y con la nueva ganancia mi padre se ha quejado por primera vez en la historia del elevado volumen de la música en el estudio 1.
Otro síntoma de que estoy empezando a hacer las cosas bien. Prosigue la oda al plástico.

Tras una jornada miserable en la que pude destrozar el ordenador a costa de la dichosa tarjeta, recibí una notificación del portal *Bandcamp*, avisándome de que un ciudadano del mundo había comprado un tema que subí a la plataforma hace nueve años.
Se trata del *Spoon Rapael*, corte que inexplicablemente logró venderse en *Jamendo* cuando en *Jamendo* vendía algo.
Demandaba por el *Spoon Rapael* cincuenta céntimos de dólar y me pagaron generosamente siete dólares, parte de los cuales (1,76 USD) se volatizaron en comisiones e iban a ingresarse en una cuenta de *PayPal* que tuve que reactivar, pues ya la cancelé en su día para evitar números rojos.
Quizá por no hacerlo a tiempo o quizá porque el comprador se lo pensó mejor, al final la transacción no se llevó a efectos.
Esta hubiera constituido la tercera venta en el portal, las otras dos se produjeron hará nueve años.
Supongo que también esto debe leerse como una buena noticia

pero

No puedo evitar soñar con alcanzar grandes premios por mi labor musical, dado que uno, en su fuero interno, valora que lo que graba es sumamente caro y, en adición, tiene como referencia el paradigma de las grandes estrellas de la industria, a muchas de las cuales, de otro lado, no les ha ido del todo bien.

Sin embargo, mucho tiempo aquí, en los oscuros subterfugios, me llevan a sospechar que solo estoy arañando las paredes inútilmente cuando creo distinguir tímidas luces provenientes del exterior, como aquellas de los párrafos anteriores.
De vez en cuando, a tientas, buscando la ascensión del pozo interminable, me topo con otros *músicos zombis* que, como la Orquesta Arrecife, intentan emerger palpando escalones, dejándose las uñas en los húmedos ladrillos. Llevamos años emergiendo y nos sumergimos. Acabamos llenos de fango y de lodo. Más oscuros que el propio pozo. Somos negros tocando blues.

Si algún día alguien levanta de golpe la tapa del pozo, es muy probable que los músicos zombis negros nos desintegremos al contacto con los rayos solares.

Os voy a relatar una batallita, que hoy estoy de humor:
Cuando dibujaba cómics sin parar, el poco tiempo que pasaba sin dibujar planteaba que el dibujo me ofrecería a cambio de mi esfuerzo una jugosa recompensa en términos de fama y reconocimiento. Dinero también, ¿por qué no? USD, ya me entienden. Todo desembocaba en la creencia de acabar convertido en alguien como Ibáñez o como Dalí.
Recuerdo que un amigo de mis padres estaba vinculado a una editorial, y mostró interés por mis obras. Tras la entrevista, en casa, repasé mis trabajos a conciencia y sospeché dolorosamente que nada de aquello era publicable. Hoy puedo confirmar que no, no lo era.
De modo que abordé con mucha presión y decepción un cómic nuevo y definitivo, último, tratando de esmerarme como nunca antes en cada viñeta. Pretendí lograr algo que me redimiera de años y años de ensayos infructuosos e inútiles. Huelga decir que el cómic no lo llegué a concluir, encarnando un fracaso estrepitoso, peor incluso que los que no me había tomado en serio. Sobreproducí, en otras palabras, un tipo de narrativa que siempre enfoqué mal y nunca atiné a encauzar.
En vez de lograr virtudes, ahondé en mis abultados defectos. Batacazo impresionante. También el hecho de proyectarlo hacia una audiencia de manera profesional, en este caso concreto, no me ayudó en lo más mínimo. Aquí se cumple la máxima de que el *arte mercenario* no está destinado a la excelencia, pero no pretendo que tomen esto último como juicio incontestable y válido para todos los ámbitos.

Ahora escucho mi música y me pregunto: ¿no estaré acaso repitiendo el triste episodio del cómic? ¿y si realmente mis grabaciones están mal planteadas y cuando alguien me ofrezca -si me ofrece- una oportunidad seria, apercibo que son un completo despropósito?

No profeso mucho agrado por las fechas, ni por el tiempo en general, pero hoy tengo más de 40 años.
No me gusta decir que tengo más de 40 años igual que no me gustaba que las entradas de este blog estuvieran fechadas. Concebía que fechar algo era sentenciarlo a muerte. Colocar una etiqueta con números inscritos en el pie de un cadáver.
Cuando tenía 10 años no me veía diciendo algún día que tengo más de 40 años*. Tengo más de 40 años*, es como si alguien pretendiera aleccionarte o darte un consejo, hacer valer su relativa experiencia... y solo aporta, en el mejor de los casos, un dato superfluo e insustancial. *Bien, tienes más de 40 años, ¿qué pretendes?*
En definitiva, trato de desviar la vista de las fechas y los años como si fuera un cuentakilómetros que está marcando excesos. O el depósito de gasolina que lo mismo ha entrado en reserva. Considero que estar pendiente de los niveles evitará el disfrute del viaje.
Pero claro, que no mire los indicadores no quiere decir que lo que marquen no sea real, ajustado o preciso.

Estuve en una vieja biblioteca de Plasencia sentado en unos sillones extraños. Escuché mi música con cascos, en silencio, mientras unos señores mayores leían libros. Los señores no podían escuchar mi música de la misma manera que yo no podía leer sus libros. La mayoría eran periódicos.
No creo que mucha gente vaya a leer libros o periódicos a la biblioteca de Plasencia por mero placer cuando esos señores mayores no estén entre nosotros. Los señores mayores que conocí cuando tenía 20 años ya no están aquí. Involuntariamente, espero encontrarlos cualquier día de

estos, pero eso implicaría que volviera a tener 20 años y tengo más de 40. Mañana tendré más de más de 40. El tiempo avanza en una sola dirección. Aquellos señores mayores ya no existen y no parece probable que vayan a volver a existir. Yo tampoco existiré. Tú tampoco. Tus hijos menos.

Padezco vértigo al pensar en todo lo que ha desaparecido y, al mismo tiempo, me siento valioso y afortunado por conservar su recuerdo, por haber mirado a través de una ventana por la cual ya nadie puede mirar si no es gracias a la fría y lejana descripción del paisaje.
Si todo va bien, tendré 80 años o más algún día. Dentro de otros 40. Seré yo quien lea libros en asientos extraños y quizá haya alguien con 30 en la misma sala cuyos códigos generacionales tengan poco que ver con los míos. Compartiremos el espacio como ahora tú puedes compartir el espacio con una mosca.

A la vez que todo es valioso y preciadísimo, nada trasciende ahora ni posiblemente trascienda en ese futuro hipotético. De nada servirá que me dirija a un joven para informarle de que un día creé la Orquesta Arrecife. Me habré transformado en un señor mayor absurdo sentado en un sillón extraño, leyendo periódicos de Plasencia, apurando mis últimos tragos de arte mientras todo va esfumándose sin remedio. Nadie sospechará que todo esto existió, como existieron otras miles de cosas que ya no existen y no parece probable que vayan a volver a existir.
Porque el tiempo físico avanza inexorable y relativamente hacia una sola dirección y la vuelta atrás es solo un truco de prestidigitador.

Pero un momento, aún queda una última noticia del boletín:
Hoy he visionado un corto con mi música. Permanece oculto y no puedo compartirlo. Lo siento. Quizás algún día sea público, quizá no.
El corto... no es un cómic para presentar en una editorial. Se trata de otra quimera defectuosa, imperfecta, pero realizada con verdadero esmero y pasión.
No trascenderá, por descontado, pero he tenido el honor de ser el pianista que ha acompañado ese pobre y modesto teatro. Y eso consuela.
Entristece, pero consuela.

Acompaño proyecciones fantasmales que nadie conoce de la misma manera que ustedes me han acompañado en otra velada aquí abajo, en el oscuro y frío subterfugio.
Tenemos mucha suerte, después de todo.

LOS TRES *MUST* DE UN SINGLE

Paralelamente a la labor de grabar músicas -la parte más divertida e importante de mi actividad artística- desarrollo un miserable rol de productor en el que debo, en el transcurso de un año, decidir qué temas recopilaré en una única colección absoluta, última y definitiva. La colección que me llevará a ser recordado por siglos venideros, hasta prácticamente la extinción de la humanidad.

La regla hasta el momento consiste en escoger un tema por álbum, razón que presenta sus desventajas pues, en ese tramo, puede que ningún tema merezca la pena, mientras que en otro álbum pueden designarse hasta dos o tres singles. No diré cuatro o cinco pues ya dos o tres, a fin de entendernos, me parece exagerar.
Como parche a los criterios de selección, desde hace algún tiempo, cada anuario va acompañado de la publicación de una decena de temas de respaldo, o caras B, en las cuales soy un poco más permisivo con propuestas algo más arriesgadas y menos, por así decir, *redondas*.

Un dato: los singles hasta el año 2022 representan cerca de un 9% del total de la producción. Esto significa que uno de cada diez temas se coloca todos los años en un pedestal. Pedestal que a veces tiene que ser retirado, puesto que el tiempo, con justicia inapelable, acaba destronando muchos cortes.
Algo que me lleva frecuentemente a tomar decisiones precipitadas para las inclusiones en el anuario, entre muchos otros factores, es el denominado *efecto último tema*, regla según la cual algunas de las últimas publicaciones destacan inmerecidamente sobre las anteriores, solo por el hecho de ser más nuevas.

Tradicionalmente el criterio de terceros -crítica, público- me ha llevado a realizar buenas elecciones. También malas. El problema del criterio del público es que, dado el poco tráfico de escuchas que recibo, no extraigo constantes reveladoras de las estadísticas. En cuanto al criterio de la crítica… lo empleo más como una opinión secundaria, supeditada a la mía. La experiencia me dicta que la crítica y el público se suelen equivocar tantas veces como yo me equivoco. Otras veces me revelan verdades que no estoy preparado para aceptar.
Otro criterio que me ha parecido interesante a la hora de destacar cortes es su inclusión en medios audiovisuales, pero esto vendría a ser otro criterio del público pues, aunque haya excepciones, en general los video creadores se guían más por el hecho de que un tema musical les caiga en gracia que por el hecho de que sea funcional, además de que la facilidad de acceso al tema condiciona su elección.

Constantemente repaso álbumes uno por uno, en busca del mejor corte posible, y al final, he de reconocerlo, la decisión última está basada en razones abstractas, anímicas y no muy imparciales.
No obstante, he querido desglosar una guía que me auxilie en esta labor y quizá, de paso, ayude a alguien que se vea en similar tesitura, encontrando tres criterios que, lejos de ser los únicos, son relevantes para adivinar si un tema musical es destacado o anecdótico y olvidable:

1. **Consistencia**: Me refiero a que un tema, en cuestiones mayormente formales, sea sólido y convincente. Que no se deshaga ni se derrumbe mientras suena.

Si fuera un busto de alguien importante, el busto debería representar bien el modelo y, en definitiva, estar bien ejecutado, con un empleo adecuado de las técnicas, los materiales y una visión acertada de los volúmenes, la anatomía y el espacio.

El corte musical ha de estar en un tono adecuado y ajustarse al contexto en el que se desarrolla; si es un tema de terror, por ejemplo, debe ser terrorífico; si es una balada, debe ser conmovedora y si es un blues, pues debe obedecer a sus patrones y no sonar a reguetón, por poner.
En otros términos, afirmaría que es un tema que "suena bien", bien porque sus directrices composicionales (el empleo de la armonía, ritmo y melodía) sean claras, acertadas y logren servir a su destino; bien porque el sonido, en términos *estructurales*, sea adecuado (volúmenes, timbres, dinámicas, captura, mezcla etc.).

2. **Originalidad**: Siguiendo única y exclusivamente ese primer criterio, como es de verse, escogeríamos temas muy bien compuestos o grabados que sin embargo podrían tener poco o nada que aportar en un plano menos formal y más eidético. *Más mágico*.

   Recurriendo de nuevo al paradigma del busto de alguien importante, ahora lo que tocaría sopesar es que ese busto fuera único y distinto, especial, esto es, que tuviera algún atractivo fuera de ser la mera y obvia representación de una persona importante.
   Es un tema musical en el que diría, en términos flamencos: *tiene duende*. Es único, original, personal, distintivo… representa una suma dentro del repertorio, o sale bien parado comparado con otras músicas de otros autores.
   Se aprecia que este criterio es más subjetivo que el primero, pero una buena valoración de este parcial puede ser más importante si cabe.

3. **Desarrollo**: Aquí atenderíamos a aspectos narrativos y globales del tema.
   Vendría a significar considerar el tema como una secuencia en la que, desde el principio hasta el final, ha provocado algún efecto en nosotros. Entrarían en juego pues, tintes más subjetivos todavía que en el segundo criterio y cabrían valores puramente emocionales o inconscientes.
   Sería, de alguna forma, como estimar si un relato está bien narrado; si es interesante, si es conmovedor, entretenido o si ha merecido la pena escucharlo. Si ha progresado o transcurrido de manera satisfactoria.

   Un balance de estos tres puntos habría de ofrecernos una buena pauta para cazar singles.

   Finalmente, de forma ocasional, los cortes del anuario influyen unos sobre otros.
   Suelo preferir antes un anuario variado que otro con temas mejores, pero muy parecidos. Y esto último ya sí que entra dentro de una preferencia estrictamente personal.

4.000

Para la ya cuarta entrevista que El autor del viaje de Antonio ofrece cada mil temas, nos hemos puesto en manos del ChatGPT. Predecible, a la par que postmoderno.

ChatGPT: ¿Cómo ha evolucionado su estilo y enfoque compositivo desde sus primeros trabajos hasta ahora?
El autor de El viaje de Antonio: Ciñéndome estrictamente a los catorce años de grabaciones con la Orquesta Arrecife, puedo señalar varias derivas:

En términos de **producción**, lo más objetivo, cada vez facturo temas de menor duración, pero de mayor duración entre todos los temas sumados; esto se traduce en más temas y también en más álbumes, más tiempo grabado. En esencia, mayor productividad.

En términos de **sonido**, por explicarlo sumariamente, he gravitado desde unos resultados más borrosos y nebulosos, caóticos, hacia una arquitectura más nítida, precisa y perfilada.
Anteriormente, por ejemplo, tendía más a basarme en samplers de baterías o presets que traían sus propios efectos incorporados, su propio mundo, para ensamblar collages más o menos coherentes, a veces curiosos y otras Frankenstein.
Por el contrario, en la actualidad, prácticamente no recurro nunca a samplers de aquel tipo, mientras que procuro que los presets queden absolutamente planos y libres de efectos, consiguiendo que las distintas piezas sumen en igualdad de condiciones.
Puede ser que un ensamble de sonidos sin efectos confluya en algo pobre y crudo, además de poco orgánico y sintético, pero mientras no encuentre otra cosa mejor, presenta una solución terriblemente práctica que, por el momento, no genera un resultado, a mi ver, demasiado aborrecible.
De otro lado, el hecho de trabajar en bastantes ocasiones editando pistas simultáneas, también me ha permitido cohesionar mejor las partes, mejorando su relación. En los inicios de la Orquesta Arrecife esto no era viable, y me veía obligado a editar al uso de los antiguos estudios analógicos, esto es, pista sobre pista sin capacidad de alterar las grabaciones previas.
También, con el tiempo, he reducido el número de pistas grabadas en un solo tema y -a veces por obligaciones logísticas- he reducido ostensiblemente el uso de timbres. Antes prefería lo raro y lo innecesario, lo exótico, lo grandilocuente; ahora me decanto más por la funcionalidad y lo básico, lo sencillo.

En términos de **composición**, noto que me voy rindiendo más a las modas, cada vez menos variadas, tratando de profundizar más en lo que creo son vetas valiosas o, cuanto menos, atractivas. La Orquesta Arrecife primigenia era más inconstante y procuraba que cada tema fuera distinto y experimental, cambiando frecuentemente de ideas e incluso de métodos compositivos. Puede explicarse que ahora sorprendo mucho menos, pero ahondo más.
En el pasado, tenía la sensación de perderme y de emprender mil caminos sin llegar al término de ninguno. En el presente, en cambio, tengo la sensación de rendirme a la rutina y no aportar muchas novedades. Era como si antes avanzara más rápido, pero también sin ningún control. Ahora, en cambio, avanzo despacio, pero más firme.

ChatGPT: ¿Hay alguna obra o álbum en particular de los que se sienta especialmente orgulloso? ¿Por qué?

El autor de El viaje de Antonio: Sin pensar mucho lo primero que me viene a la cabeza es el álbum Telaraña, del 2016. Conservo un buen recuerdo de él, aunque no reconozca cortes determinantes. Imagino que de manera inexplicable tiene algún tipo de valor sentimental.
Orgulloso no sé, pero entre los álbumes que más escucho están las reediciones. Salvaguardan el valor de temas que en su momento me parecieron destacados, además de contar con una estética actual, mejorada. Es pues, en un balance de concepto y de ejecución, lo que considero más presentable, si bien es cierto que la magia de algunos originales no ha sido posible superarla.
Para finalizar, lo que me ha dado por llamar *álbumes cósmicos*, Armonía de las esferas (2021) y Constelaciones (2022), me han resultado últimamente bastante atractivos. Por su riqueza y capacidad narrativa. Este año he querido añadir el 12 meses a la colección, solo el tiempo dirimirá si he logrado perpetuar el carisma de la serie.

ChatGPT: ¿Cómo maneja la presión y las expectativas de producir música de alta calidad de manera constante? ¿Cómo maneja el bloqueo creativo y la falta de inspiración? ¿Tiene alguna rutina o hábito para superarlos?

El autor de El viaje de Antonio: No sé si lo que hago podría considerarse música de alta calidad.
Generalmente siempre me encuentro con ganas de grabar y, si paso tiempo alejado del estudio, me siento algo triste y vacío. Pero eso no implica a que cada vez que me siente a componer esté inspirado o, en ciertos momentos, componer sea lo que más me apetece hacer.
En el día a día trato de mantener una rutina y permanecer activo como quien va al gimnasio todos los días a levantar pesas, incluso cuando no recibes satisfacción ni recompensa. Que la inspiración te alcance mientras estás trabajando, como decía Picasso.
Dentro de este apartado, creo que es importante destacar un aspecto que he venido observando; Ocurre que si, por ejemplo, me fuerzo a grabar más temas que los que debería grabar en una sesión, los temas de más resultan más conseguidos a pesar de que los haya grabado con menor disposición. Todo haría suponer que, sin ganas, de manera forzada, los resultados serían más pobres, pero ocurre justamente al revés. Cuanto menos disfruta el creador su obra, más la disfruta el público y viceversa.

ChatGPT: ¿Cómo ve el estado actual de la industria musical? ¿Cuáles son los mayores desafíos y oportunidades?

El autor de El viaje de Antonio: No estoy muy conectado al orbe musical, en cuanto a mi situación profesional, sigo cosechando estadísticas sin cambios significativos. Casi con toda seguridad, en otra época, no hubiera sido tan escuchado y lo mismo igual de mal pagado.

La democratización de los medios de producción y el auge de nuevos canales de distribución nos sitúa a los creadores en un momento dulce. Ahora, por poner, puedes realizar un vídeo y subirlo en internet con comodidad y un mínimo presupuesto, al alcance de millones de espectadores potenciales.

Aunque parezca lo normal, no ha sido así hasta hace relativamente poco, veinte o treinta años. Disponer de una cámara o las herramientas era difícil, los canales de distribución eran más restringidos y de alcance más limitado. El mercado, en suma, era más exiguo y censurado.
Existe, en la actualidad, una protesta generalizada en torno a la insuficiente retribución de los creadores. La considero legítima, pero, como he dicho antes, no hay que perder de vista la perspectiva de que en el pasado los artistas sobrevivían a duras penas gracias a su trabajo, con el agravante de que en muchos casos el coste de la vida era mayor.

En resumen, el mayor desafío para los artistas sigue siendo no morirse de hambre y las oportunidades podrían ser más que en épocas pasadas, según el caso. Pero tampoco quiero dar a entender que la situación actual es buena y los artistas debemos renunciar a conseguir mejoras. Hay mucho por hacer.
Retomando el asunto de la industria musical, ahora se debate mucho sobre lo que las Inteligencias Artificiales van a interferir en el mercado. Como ya he ampliado en otros escritos, a título personal, considero que la discusión se está sobredimensionando, y que estos nuevos agentes, al final, no van a alterar sustancialmente las bases ancestrales de la práctica artística.

ChatGPT: ¿Qué le gustaría que la audiencia sienta o piense cuando escucha su música?

El autor de El viaje de Antonio: Cuando reflexiono sobre esta cuestión me viene a la cabeza una tendencia de algunos artistas mainstream que, tras publicar sus últimos trabajos de alcance considerable, han anunciado que la recepción de su álbum no es importante.
Coincido con opiniones críticas a este posicionamiento que resumen lo siguiente: si un artista estuviera despreocupado por la recepción de su trabajo, simplemente no lo publicaría. Expresado en otros términos: a la gran mayoría de los artistas les interesa que su mensaje llegue a alguien, independientemente del éxito o el reconocimiento. Si no fuera así, los conciertos no tendrían ningún sentido, ni los conciertos ni ningún tipo de exposición. Solo puedo entender esa despreocupación si se pretende expresar que el hecho de que una obra artística llegue al público es secundario, pero en ningún caso no mucho menos importante.

Así las cosas, estableciendo el papel de la audiencia como troncal, creo que los músicos somos de los creadores que menos sensaciones o pensamientos concretos podemos procurar despertar. Música que, acorde con los estándares, tendría que ser triste, resulta no serlo y música alegre, en el sentir general, acaba provocando otro tipo de lecturas.
Para mí la música es una celebración, algo valioso, y mi pretensión es que, al atenderla, el oyente pueda por lo menos disfrutarla tanto como yo la disfruto. Si la música es capaz o no de alegrarle, entristecerle, conmoverle o serle indiferente, creo que escapa de mi jurisdicción, pero, por lo menos, mi intención ha de ser la de compartir algo importante, a fin de disfrutarlo.
Por lo tanto, se puede ponderar que mi intención es honesta, desinteresada y bondadosa. Algo es algo, aunque la intención per se no baste.

Considero que la lectura de una obra musical ha de ser abierta y, como en otras obras artísticas, en ocasiones el público encuentra significados superiores a las intenciones de un determinado autor.

ChatGPT: ¿Cómo ve su legado en el mundo de la música? ¿Qué le gustaría que se recuerde de su contribución al arte?

El autor de El viaje de Antonio: Puedo consolarme pensando que mis obras me sobrevivirán e incluso consigan un alcance mayor que el que ahora tienen. Pero eso sería el equivalente a un cristiano que espera el advenimiento de Cristo. Los homenajes deberían de hacerse en vida pues al autor, muerto, le sirven de poco.

Siendo sincero, me es realmente difícil pensar en una contribución artística mía digna de ser recordada. No tengo un propósito general cuando compongo, lo veo más como una necesidad extemporánea.
Mis obras musicales pueden ser tomadas como punto de partida para crear otras obras. Creo que si alguien me ofrece dinero a cambio de una canción va a ayudarme menos que si interpreta esa canción, hace una versión de la canción o la incluye dentro de otra obra artística de menor o mayor calado.
Es como si la vida de mi legado musical se alargase cada vez que alguien reproduce mi arte, mientras que el dinero -ojo, no lo desprecio-, permanecerá en este plano, devaluándose, si no me lo he pulido antes.

ChatGPT: Si pudiera volver al inicio de su carrera, ¿hay algo que haría de manera diferente? ¿Qué consejo se daría a sí mismo?

El autor de El viaje de Antonio: A toro pasado encuentro decisiones en las que me equivoqué y claramente debería haber reaccionado de manera distinta. Son muchas, pero voy a servirme de un ejemplo abstracto: un concierto que no di o una banda que abandoné, supongamos que el concierto se hubiera revelado a la postre como una gran oportunidad, o la banda ahora tuviera un éxito desmedido. Aunque hubiera asistido al concierto o siguiera tocando en la banda exitosa quien sabe si, al fin y al cabo, hoy en día, con todo de cara, sería para mí una decisión correcta.
Con lo cual, creo que el camino que tomamos es, de alguna manera, el único camino que hay. Valorarlo con la perspectiva del tiempo es un absurdo.

En cuanto al consejo, de ofrecer uno, sería el siguiente: en cuestiones artísticas haz siempre lo que te de la santa gana. Plantéate tu actividad como disfrute desde una total y absoluta libertad. Anteponer intereses, hacer sacrificios, ceder en materias solo por pensar que estás aprovechando oportunidades, por creer que vas a alcanzar el éxito siendo mercenario, es una completa equivocación en la gran mayoría de situaciones.

Si te gusta grabar un tutorial de cómo arreglar una tostadora, grábalo, pero no pienses que tienes que grabar un tutorial de cómo arreglar una tostadora para triunfar. Si no te gusta, grabarás un tutorial de cómo arreglar una tostadora, y para colmo, tendrás el mismo éxito que si en su lugar hubieras grabado algo que realmente te hubiera apetecido y con lo que te hubieras sentido infinitamente mejor.

LO ÚLTIMO DEL CHARLS

Hará nada que el bueno de Charls (aka Taikomisima) publicó dos vídeos en su canal de YouTube con 14 subscriptores, el cual aprovecho para recomendar desde aquí. Las piezas en cuestión se presentan como una suerte de videoclips montados con imágenes de stock de cierta factura, -imágenes que por supuesto Charls ha adquirido legalmente-, al son de una banda sonora facturada por la IA (ia, ia, o), siempre bajo las directrices del aclamado director, que se ha esmerado especialmente en el apartado lírico.

Alcanzo a imaginar vuestra perplejidad por ceñir el presente escrutinio a un asunto de semejante calado, pero lo que aquí resumo en apenas un par de líneas no es más que un frío *spoiler* desprovisto de cualquier dosis de encanto. A la hora de atender a los primeros compases de aquella banda sonora, di por hecho que el bueno de Charls había recurrido a algún hit mainstream obediente a la radiofórmula. Ayudaría el hecho de que no presto demasiada atención a las tendencias actuales. Llegué incluso a despertar curiosidad por la sintonía, amén de realizar una breve búsqueda en Google, apercibiéndome de que la letra era, hasta cierto punto, algo raro e inusual, pero nada que no hubiera podido inventar alguien de la talla de Maná o El último de la fila.
Como era de esperar, la búsqueda no arrojó ningún resultado esclarecedor. Fue entonces cuando deslicé la hipótesis de la IA, basándome además en ciertas inconsistencias menores presentadas en la grabación.
Hará algún tiempo, debo confesar que experimenté con generadores de música por inteligencia artificial. Esto es una historia al margen, pero bien merece ser desgranada, me dispongo a ello:

Encontré alrededor de cien dólares en mi cuenta como pago por mis servicios musicales. Aunque sea una relativa modesta cifra, en el baremo de la Orquesta Arrecife investía una pequeña fortuna. Al punto me ilusioné, intrigado por qué corte había generado semejante rédito. Y no era un corte, eran varios, pero estos cortes no habían aparecido en vídeos, ni en podcast, ni en documentales… habían servido, en un descuido de mi parte en la gestión de derechos, para alimentar el monstruo de la IA (ia, ia, o) que, en vez de picar piedra, labrar campos y, en general, librarnos del trabajo sucio y pesado; contra todo pronóstico estaba consiguiendo avances en completar nuestras tareas más complejas, cualificadas, sofisticadas, contemplativas y refinadas. Al punto, imaginé a mis colegas músicos despreciándome por embolsarme estos cien míseros dólares.

No en vano, en épocas pretéritas, llegué a esgrimir una queja en favor del gremio de los músicos contra el gremio de los dj´s, situando a los primeros como damnificados frente a los segundos y a los segundos, como poco más que unos farsantes intrusos que desvirtuaban los nobles y tradicionales principios del arte de la música. Eran, como digo, otros tiempos.
Mira tú por donde, ahora algo peor que los dichosos dj´s me había generado más ganancias que un tributo a Héroes del silencio. A cambio de ofrecerle mi esmerado esfuerzo, mi firma, mi alma, mi identidad… traicionando a los míos y cebando a la terrible aberración industrial que acabará con los verdaderos y puros artesanos que tenemos vida, sentimientos, tiempo libre y afán de morir de hambre.
Como es de verse, se trató de una cuestión poliédrica que no pretendo exprimir más. Otro *spoiler*: no desprecié los USD, llené la nevera y, si realmente una IA va a ser capaz de componer un millón de temas de la Orquesta Arrecife en una fracción de segundo, soy el primer interesado en escucharlos.

Si realmente aparecen un millón de temas de la Orquesta Arrecife con esta facilidad no creo que El patio pierda valor, esto ya lo expliqué en otros sitios.

Deseoso estoy de escuchar esa mierda y lo estaba, hasta el término de acudir al amparo de uno de los muchos generadores en desarrollo para pedirle que, por favor, sin cobrarme a ser posible, desarrollase versiones de la Orquesta Arrecife. A fin de cuentas, mis datos ya estaban ahí depositados, como tumores en un organismo masivo y espeluznante, Akira.
El nuevo horizonte se presentaba desafiante ¿Podría a partir de ahora retirarme y esperar que una IA desarrollase mi estilo, consumiendo cantidades ingentes de recursos naturales, llegando a suplantarme e incluso a mejorar y sobrepasarme? Bienvenidos a el Arrecife 2.0.

Pero fue vano. De las muestras que la IA me ofreció en la *trial versión*, ninguna se pareció en lo más remoto a la Orquesta Arrecife, además de resultar burdas e ineficaces en todo lo demás. Y eso que me molesté en instruirla y alimentarla (gratis) de archivos originales que me habían costado no poco esfuerzo y que incluso ahora, visto lo visto, algo cotizaban en el mercado negro de las IAs.
En un lamento, volví a imaginar a mis amigos del gremio tachándome de terrorista, todo mientras regalaban sus datos biométricos para crear dibujos al estilo Ghibli o configuraban carátulas ahorrándose remunerar a sus compañeros del gremio de ilustradores.

Volviendo a lo de Charls, ahora: no sé si soy un buen músico o no, pero no soy precisamente lego en el asunto y, como dije, apenas sospeché que en aquella banda sonora escuchada por 14 suscriptores había intervenido la IA.
A diferencia de lo que en el pasado encontré, aquella música exhibía instrumentos creíbles y voces más naturales y orgánicas que las de muchos cantantes de reguetón. Aquella música, de hecho, era menos robótica que la que personalmente gusto de grabar de manera mucho más artesana.
“No es que sea menos robótica, es que tus máquinas son más antiguas” me dijo Bliss, y sí, mis temas comparados con lo último de Charls eran como volver a visionar el universo retrofuturista y chatarrero de las primeras Guerras de las Galaxias.

De su lado, el bueno de Charls se mostraba prudente con sus logros y fue a darme alguna que otra palmadita en la espalda para paliar mi desánimo. “¿Eres consciente de que en unas horas has logrado lo que muchos grupos de música logran en 20 años?” le pregunté. “Sin saber nada de música”, añadió.
Imaginemos entonces a alguien que dedique 20 años de su vida a componer con la IA. “Pero la IA nunca va a componer óperas” esgrimió finalmente Charls, un poco asustado por el alcance de su nuevo Prometeo.
Lo más dramático de todo es que la empresa de las óperas me parece un divertido paseo en comparación con lo que estos engendros cibernéticos harán en 20 años.

Tengo una sensación, no sé si es sensación, presentimiento o esperanza, de que estoy muy equivocado en el tema de las IAs, y que más pronto que tarde descubriré que todo este tiempo he estado arrojando piedras contra mi propio tejado y animando a que la humanidad sucumba. Ahí lo dejo.

DOSSIER

La IA ha examinado la Biblia y los testimonios, elaborando un dossier del proyecto. No revela nada nuevo, pero siempre es bueno tenerlo a mano de manera tan resumida.

La Orquesta Arrecife no funciona como una **orquesta** en sentido clásico, sino como una ficción orquestal: un dispositivo compositivo basado en la síntesis digital que simula e incluso parodia la idea de orquesta.

Estilísticamente, es un territorio híbrido entre:
- Música clásica contemporánea amateur.
- Minimalismo intuitivo (limitaciones técnicas, influencias autodidactas, economía de medios).
- Música programática.
- Electrónica doméstica.
- Pastiches de jazz, blues, música ligera y cultura pop.
- El blues y el jazz son estilos imaginados. Blues sin swing real, jazz sin lenguaje armónico ortodoxo, improvisación simulada, ritmos rígidos… un blues metafísico torpe, extraño y profundamente personal. Es música que quiere ser jazz, pero acaba siendo otra cosa.
- Boogie para escuchar, no para bailar. No es clásico, es experimental.

La **estética** busca expresividad, narrativa y acumulación. Es música que existe, insiste y se documenta a sí misma. La orquesta es
- Antivirtuosística
- Anticanónica
- Narrativa
- Excesiva
- Autocrítica
- Irónica
- Romántica (en el sentido idealista)

El **piano** es el centro gravitatorio del proyecto, aunque el ordenador es el instrumento fundamental.

Como rasgo distintivo se presenta el **collage** musical. Ensambles de piezas inconexas, cambios bruscos de estilo, medleys, fragmentos sin transición lógica. Produce desorientación, humor involuntario, rechazo o fascinación. Estéticamente conecta con el surrealismo, el dadaísmo, la cultura meme y el montaje cinematográfico primitivo.

La orquesta mantiene una relación ambigua con el **mainstream**: Rechazo ideológico, fascinación estética, uso irónico, apropiación burlesca.

Musicológicamente la Orquesta Arrecife se entiende mejor como un archivo sonoro autobiográfico, un diario musical o un sistema de pensamiento en sonido. El valor no está en cada corte sino en la masa acumulada, la persistencia, la reiteración obsesiva de ciertos gestos.

La orquesta no existe fuera de las **plataformas**. La plataforma digital es el espacio performativo, el lugar donde la obra se valida, se mide y se reinterpreta. Aunque a lo largo del tiempo la

orquesta se haya adaptado progresivamente a las plataformas, la adaptación nunca ha sido plena. Se combinan picos inesperados con largos periodos de invisibilidad, éxitos sin monetización y fracasos con valor artístico.

La **distribución global** provoca el descontrol curacional y la falta de identidad clara de marca. Se percibe una desidealización: la industria no rescata, la visibilidad no implica escucha atenta, el volumen no equivale a impacto.
La audiencia es numéricamente pequeña, dispersa, inestable y dependiente del contexto de uso. Hay oyentes ocasionales, creadores de contenido y descubrimientos accidentales.

Los **éxitos** de la orquesta no crean una nueva etapa, ni establecen un canon, ni aseguran continuidad. Son excepciones, accidentes o golpes de suerte. Esto refuerza una estética del *éxito inútil*. Produce una obra mal posicionada comercialmente pero coherente internamente. La estadística no dirige la obra, la obra sobrevive a pesar de la estadística.

5.000 (avance)

[Todavía no se ha publicado la entrevista a propósito de la grabación del tema número 5.000 de la Orquesta Arrecife. No obstante, aquí un avance del documento, como si este fuera un formato televisivo de gran audiencia en lugar de un blog perdido de la mano de Dios].

Presentador - Bueno, bueno, ¿sabes una cosa? Te lo voy a contar, pero en confianza, porque me has caído bien. Mira… andamos con recortes en producción. Nuestros guionistas cobran poco y mal. Están últimamente a base de los bocadillos que damos al público, fíjate… Así que el monólogo se lo encargamos a la IA y por eso ha quedado un poco… pues eso, Malafuente. [Risas].
El autor de El viaje de Antonio - No sé si creérmelo.

Bueno, bien, cambiando de asunto. Oye. Tuve a bien, cuando preparaba la entrevista -porque también trabajo-, leer uno de sus artículos autobiográficos, *El pianista tullido* creo que se titulaba. Está bien. Se ha prodigado usted en abundante literatura sobre sus años iniciáticos. ¿Es posible, no obstante, que haya dejado incompleto el capítulo de su etapa como alumno de la escuela municipal de música?
El autor de El viaje de Antonio - Es posible. Hasta este punto creo que queda todo convenientemente anotado, pero he advertido que, en las entrevistas, a muchos espectadores les encanta encontrar lo esperado, revivir lo cómodo y lo seguro, escuchar una vez más el slogan, la coletilla o el gag reincidente que valida y reivindica la fama del personaje. Voy a ello, siempre que me lo permita, señor Buenafrente.

Entrevistador - Adelante, por favor.
El autor de El viaje de Antonio - Coincidió que una vecina mía era profesora de la escuela de música. No lo fue por muchos años. Esta señora sería, además, mi primera profesora de piano y, al observar mi mano izquierda, que padece de hiperlaxitud, determinó que no era conveniente que recibiera clases, que me dedicara a cualquier otra cosa, al baloncesto, al ajedrez o a coleccionar cromos de Nigeria, quién sabe. [Risas].
La buena señora L. estaba firmemente convencida de que con aquel defecto físico manifiesto era inviable ejecutar correctamente el piano a dos manos. Recuerdo tuvo varios renuncios con mis padres, quizá abultados también por mi mala conducta, mi escasa intuición musical o mi *avanzada* edad. Mientras practicaba los tediosos ejercicios rudimentarios, la señora L. parecía estar contando minutos con impaciencia hasta que llegara el preciso momento en que me levantara de la banca y abandonase el instrumento, haciendo un gran favor al noble arte de la música.

Entrevistador - O sea, que no le dio el gusto…
El autor de El viaje de Antonio - [Con voz de señora mayor] *Ves, no puedes, es imposible, ¿Cómo vas ahora a tocar este acorde?*
Entrevistador - [Risas] ya veo.
El autor de El viaje de Antonio - Y era bien cierto, no podía. La mirada de la señora L. estaba sobrada de razones. Que no pudiera ejecutar aquella octava tan básica me incapacitaba a la hora de abordar cualquier pieza que no fuera el *Cumpleaños feliz*.

Entrevistador - El cumpleaños feliz, de quien era ¿de Mendelssohn? [Risas].
El autor de El viaje de Antonio - Pero lo encaré como un reto, como un desafío, como un problema a resolver, no como una limitación. No detecté malicia en la señora L., todo lo más,

me pareció un juego inofensivo, como cualquier otro juego propio de aquella edad. No era consciente de que en aquel ejercicio se estaba decidiendo una buena parte de mi carrera artística, lo cual ayudó a que la responsabilidad no me abrumara.
Entrevistador - Bien.
El autor de El viaje de Antonio - En esa clase estiré la mano en el teclado todo lo que pude, con cierto dolor. No cubría la octava por más que me esforzaba. Era el fin de la partida. Entonces… acaeció un milagro trascendental. Los tejidos se doblegaron hasta tal extremo que parecían abolir las leyes físicas, mi mano describió una apertura con pasmosa plasticidad, ejecutando un movimiento imprevisible, como un golpe tenístico magistral en un momento decisivo de un partido o un salto acrobático impuntuable en una rutina de gimnasia. No había dudas de que aquello quedaba fuera de los registros. [Risas].
Mi dedo meñique, a guiso de muñón informe, logró percutir la tecla mientras mi pulgar hacía lo propio; eso sí, retorciéndose en una figura indecorosa y completamente anómala, que violaba toda norma y convención pianística. Resumiendo: era feo, pero funcional. El acorde primero resonó tímido en la sala, luego sucio, y finalmente, rotundo e impactante, demoledor, preclaro. El sonido se correspondía con las figuras del pentagrama, justo lo que tenía que ser. Era, por el momento, suficiente. Aunque lo he relatado de manera extensa, el lance se resolvió en una fracción de segundo, ni que decir tiene que el semblante de la señora L. era un poema.

Entrevistador – Pero el ejercicio arrojaba más dudas que certezas a la hora de interpretar a Liszt, ¿me equivoco?
El autor de El viaje de Antonio - Quiero que me entienda, no era precisamente poco. Me había transmutado en un *Paganini al revés* y lo más reseñable es que no sabía ni cómo había conseguido improvisar el gesto bajo la evaluación concienzuda y determinante de la señora L. Realmente mi meñique no era capaz de alcanzar esa tecla, lo que ocurre es que nunca llegué a creerlo.
[Con voz de señora mayor] *No puedo enseñar a su hijo, es una pérdida de tiempo*, o algo similar se cansaba de exponer la señora L. a mis padres, al término de cada clase.

Entrevistador - ¿Y en casa qué? Porque alguien tendría que decidir si aquello tenía sentido o no.
El autor de El viaje de Antonio - Mis padres no entendían nada; ni de piano, ni de acordes, ni de Liszt, ni de la señora L. [Con voz de padre preocupado] *pero hombre, señora L., tampoco necesitamos un Paganini, con que aprenda lo básico es suficiente, entienda usted, el niño es joven, tiene ilusión*.
Entrevistador - Danos por lo menos un Maluma, señora L. [Risas].
El autor de El viaje de Antonio - Desconozco con amplitud las circunstancias personales de la señora L., aparte de que fuera mi vecina, mas tiendo a imaginármela como una alumna prodigio, una intérprete soberbia que hacía tiempo ya había agotado *su prime* y había de resignarse a impartir sus valiosos conocimientos a alumnos peor que mediocres. Un retiro discreto en una localidad remota, un silencio oscuro después de la tremenda ovación en los escenarios más concurridos de Europa.
Una profesora de gimnasia mayor y con sobrepeso, que no tenía reparos en emplear la disciplinaria vara con sus niñas hasta hacerlas sangrar, mientras les recordaba con una mezcla de vanidad y nostalgia sus años gloriosos en los que estaba predestinada a ganar el oro en las Olimpiadas de manera inapelable.

Entrevistador - A ver si lo adivino, no ganó el oro porque tuvo que abandonar en un último momento la competición, a causa de una desafortunada lesión. Ese fue el final de la nueva Nadia Comăneci y el origen de la señora L., profesora de piano de la escuela municipal.

El autor de El viaje de Antonio - Porque fue mujer, porque tuvo que trabajar, tener hijos, caer en desgracia, qué se yo. Bien pudiera tratarse, lejos de esta caricatura, de circunstancias realmente tristes, complejas e injustas.

Entrevistador - O sea que, en tu cabeza, la señora L. arrastraba toda una tragedia.
El autor de El viaje de Antonio – Lo ignoro por completo, son meras conjeturas. El caso es que todo este material se presenta como combustible perfecto para incendiar un gran discurso de éxito y autosuperación. *Mirad, la señora L. robó la ilusión a un pobre niño, pero ahora ese niño es un músico admirado y prominente.*
Hablamos de un guion bien manido por la meritocracia. En el acervo abundan los grandes genios que cambiaron el curso de la historia y no supieron adaptarse a los mandatos de sus tutores, quienes jamás sospecharon el gran potencial escondido. Incluso hubo algunos genios a quienes los rechazos y los obstáculos los espolearon para alcanzar hitos que ahora toda la humanidad celebra con pleitesía y veneración. El individuo preso de una sociedad que le condena y este individuo forja con tesón su propio camino, liberando a la postre a la misma sociedad.

Entrevistador - Sí, es lo que suele pasar, desgraciadamente.
El autor de El viaje de Antonio - Pero qué cojones. Hoy no tengo más remedio que dar la razón a la señora L. y reconocer que, con todas sus imperfecciones, la señora L. no se equivocó en su diagnóstico ni un ápice. Su mirada, aunque no previera ejercicios no reglamentarios, no estaba exenta de agudo criterio y soterrada experiencia. Jamás llegaría a ser un gran pianista. O, por lo menos, el pianista competente que una profesora y unos padres esperan.
Este diagnóstico fue, que yo recuerde, corroborado por un tutor diametralmente opuesto, que fuera mi gran valedor. Este profesor -al que también he referido en otros *artículos autobiográficos*, como usted los denomina-, apoyó ampliamente mi carrera de dibujante, pero, en confianza, confrontando el veredicto de la señora L. determinó, quizá incluso pecando de benévolo: *su hijo no será un gran pianista, pero puede llegar a ser un gran compositor, en el mejor de los casos*.

Entrevistador - Bastante benevolente, por lo que cuenta.
El autor de El viaje de Antonio - Desprende clarividencia absoluta; he acabado convertido en un compositor, independientemente de si malo o bueno. Son los hechos. Esta entrevista es a propósito de 5.000 títulos, no añado más. Aunque pueda entonarse con optimismo, la sentencia en su día cayó triste.
Entrevistador – A ver, estudiar piano y acabar como compositor equivale a estudiar física nuclear para cocinar hamburguesas en el McDonald's ¿no?
El autor de El viaje de Antonio – Más o menos. De modo que me encantaría hoy toparme con la señora L. y restregarle por la cara mis éxitos musicales, pero luego lo sopeso y reflexiono *¿qué éxitos?* Orquesta Arrecife no es un proyecto exitoso en términos gananciales y de audiencia. Puntúa como logro personal, si acaso. Es ampliamente discutible. Puede que incluso encarne un fracaso. Supongamos que ahora me requiere un director de primera línea y pincha *El patio* en la última y definitiva superproducción de Hollywood. Tocaría el timbre de la señora L. (ya no es mi vecina ni vive donde antes, pero da igual) y, al abrirse la puerta, enarbolaría victorioso mi estatuilla de Óscar con mi mano tullida.

Entrevistador - Menudo desenlace.
El autor de El viaje de Antonio - Es posible que la señora L. se atribuyera el Óscar y me espetara: *me alegro, fue gracias a mis clases que conseguiste este galardón*. Podría recrearme en infinidad de variaciones sobre esta fantasía enfermiza, pero me decanto por una de las más probables, si

no la que más: Con aplomo, la señora L. diría: *música de cine, vaya pérdida de tiempo, sabía que nunca serías pianista*.

5.000 (presentación)

[Cabecera, aplauso].
Presentador - Buenas noches, buenas noches… [aplauso].
Buenas noches. Uf…
Vengo cansado hoy, ¿eh? No se crean. Y eso que trabajo poco… imagínense si además me esfuerzo [Risas].
Bueno. Vale. Hoy tenemos… Sí, hoy tenemos a alguien muy especial. El autor de El viaje de Antonio, que es como se llama a sí mismo. Sí, sí… no se emocionen demasiado todavía, que aún no hemos arrancado. [Risas].

A primera vista, no es el típico músico que tienes en mente después de escuchar… qué se yo, mil o dos mil canciones. No es el genio incomprendido con cara de *no me hables, por favor*. ¿Verdad? Tampoco el profesional que posa en Cancún para las fotos de Instagram mientras *da like* a sus propios temas. No. Qué va, no. ¿Saben? Dicen que ni siquiera tiene Tik Tok. [Mira a cámara]. Eso ya es *underground*… o Hacienda, directamente. [Risas].
Pongamos que está en un punto intermedio. Un punto... así como… gris, incómodo, alternativo… como ese bar de barrio donde todos conocen tu nombre… pero nadie te paga la cerveza. [Risas]. O como ese amigo que te invita a cenar y solo tiene pan de molde y kétchup. [Risas]. El limón seco en la nevera… ya saben, sí. Eso es. Bueno. Qué les voy a contar.

Desde sus primeros *mixtapes,* -que es como los llamaron por un tiempo, ¿recuerdan? no sé si ahora, porque estamos algo mayores ya- hasta… prepárense… ¡cinco mil temas!
Sí, cinco mil, han oído bien.
En cosa de unos quince años.
Eso son más canciones que horas que uno pasa durmiendo en vida. Que ya es decir, porque yo, por lo menos, tengo por costumbre trabajar poco y debo reconocer que duermo como un diputado en sesión de tarde. [Risas]. Sí bueno. Pero no todo es dormir ¿eh?, no se crean, últimamente alterno con el Candy Crush. [Risas].
Sí señores. Más horas que en el AVE con retraso, que ya es decir. Te haces un Madrid-Barcelona… y cuando llegas, este hombre ha sacado cinco discos y te ha dejado uno en el asiento. [Risas]. RENFE está sopesando cobrar una tarifa *premium*.

¡Y eso que no hace cuentas! Pero ojo, todo esto no lo hace por fama, ni por dinero… lo hace porque sí. Porque tiene que hacerlo. Por sus santos cojones. [Mira a cámara]. Así se han hecho las grandes cosas en este país. Sí. Porque amigos, hay que levantar España. No queda más remedio. [Vítores]. No, no queda otra, ja, ja.

Ya, bueno. Él dice que no entra al estudio a grabar música, oye… entra al estudio como quien va al gimnasio… o a la iglesia. Sí, ahí, levantando crucifijos y botafumeiros... hace genuflexiones con mancuernas, no digo más. Como una especie exótica de superhéroe cristiano musculoso. Corriendo en cinta con sandalias, barba y túnica. [Risas]. CrossFit nazareno.

No se lo van a creer, lo tiene todo; es metódico, caótico, autodidacta, regular… hasta el punto de que te preguntas si debería tratarle un psiquiatra. ¿No? Eso sí, es consciente de sus límites en todo momento. [Risas]. No, hombre, claro. [Risas]. Sí, ¿eh? Tiene, digamos, como se dice, los pies en la tierra.

No como, por ejemplo, qué sé yo, la señora Ayuso, que no sabemos si saca pecho por haber sido la community manager del perro de alguien… o por haber tenido su *Golfito* en propiedad. [Risas].
Que claro, a todo esto, no sabemos si lo de "Golfito" era por el coche… o por el novio. [Risas]. Yo ahí lo dejo. Hacienda también, por lo visto… [Mira a cámara]. Esto lo cortamos luego… ¿no?
Pero bueno, no desesperemos, al fin y al cabo, tampoco sabemos todavía quién es *eme mayúscula (punto) Rajoy.* [Risas].
Porque eso, amigos, es otro tema. ¿No? [Aplausos, ovación]. No, en serio.
La última noticia que tengo es que lo andan buscando. Y una cosa les digo: aparecerá en el último sitio en el que estuvo. [Risas]. Eso seguro. A mí siempre me funciona con las llaves de casa. [Risas, aplausos]. Nunca falla, nunca. [Risas]. Eso es, sí.

Pero bueno... El autor de El viaje de Antonio no nos engaña, parece tener algo claro: no va a cambiar el mundo. Eso lo dejamos mejor para otro día, si toca. Quedamos en el bar y lo arreglamos, ya saben cómo las gastamos los españoles. [Risas]. A las dos de la mañana estamos tomando la última… y a las seis estamos repartiendo mosquetes y estampitas por América [Risas]. Dejamos la carabela ahí, en doble fila, solo un segundo, y en una mañana hemos arrasado medio continente. No, bueno, no. Tampoco nos pasemos ¿eh?
Aun así, sigue el tío, pesado. Dando la turra con los hits. Venga y venga hits, no se cansa. A disco por semana. A tema por día. Sigue el tío ahí… Igual que nosotros cuando intentamos armar muebles de Ikea sin leer las instrucciones o pretendemos cocinar algo de Master Chef… bueno, bien, lo dejamos estar ¿eh? [Risas]. Pero solo por un tema de salud pública. No, por favor.

El autor del viaje de Antonio no busca épica, no pretende gloria; el prestigio le persigue, pero es más rápido. Lo que sí hace es desmontar mitos de la creación estética a golpe de martillo retórico, de manera altruista. Esto es sin cobrar, para el que no lo entienda.
Conque si el esfuerzo no garantiza éxito, que si el talento no asegura reconocimiento, que si la constancia no te da medalla… en su caso concreto, acumula canciones como un auténtico *Diógenes digital*… y aun así cada tema es especial. Aunque de eso último nadie se da cuenta.

En definitiva, este hombre entiende las reglas del juego… y aun así sigue apostando. Un poco como cuando jugamos a la lotería, pero con acordes en vez de boletos y con menos probabilidades aún de ganar… y más sudor, por supuesto. Religioso y devoto sudor, como dije. Sudor de gimnasio mezclado con aroma de incienso. [Risas]. [Mira a cámara]. Sin IVA, claro.

Y ahora… señoras y señores, con todos nosotros… el autor de El viaje de Antonio. ¡Aplaudan! Y hagan ruido, que el eco de cinco mil canciones no se escucha solo.

[Aplausos, música de orquesta pachanguera].

El autor de El viaje de Antonio - [Entra en escena y se sienta en un sofá, un poco cortado]. Gracias, no me lo esperaba.
Presentador - ¿Qué tal? Ha estado bien entonces, ¿no? [El plató está en silencio].
El autor de El viaje de Antonio - No lo sé. Lo decía por el chiste de Ayuso, más que nada, juro que no lo vi venir. [Risas].
Presentador - Bueno, bueno, ¿sabes una cosa? Te lo voy a contar, pero en confianza, porque me has caído bien. Mira… andamos con recortes en producción. Nuestros guionistas cobran poco y mal. Están últimamente a base de los bocadillos que damos al público, fíjate… Así que el

monólogo se lo encargamos a la IA y por eso ha quedado un poco… pues eso, *Malafuente*. [Risas].
El autor de El viaje de Antonio - No sé si creérmelo.

5.000 (la entrevista)

[Aplausos].

Presentador - Bueno, bien, mira. Vamos a hacer una cosa, escucha. ¿Puedo tutearte?
El autor de El viaje de Antonio - Sí, sin problema.
Presentador - Me acabo de dar cuenta de que nos hemos pasado media entrevista tratándonos de usted y suena como raro. Bien. No sé, cosas mías, ¿puedo tutearte entonces, ¿no?
El autor de El viaje de Antonio – Sí, sí. [Risas].

Presentador - Bien, aunque parezca que no trabajo, yo soy un tío diligente que se prepara las cosas. Llevo muchos años en la tele, sí. Aunque no los aparento. [Risas].
Así que lo primero que hice -para la entrevista, digo, no sé qué estarían pensando- fue ir a IMDb y puse *Orquesta Arrecife* en el buscador, así, sin más, como suena.
Para el neófito, IMDb es de las bases de datos más completas en el tema cine, tele y tal… pero nada de contenido para adultos… de momento… no, no, no vamos por ahí. [Risas]. Sí, que ya nos conocemos. [Risas]. Bueno. A este paso esto se va a acabar pareciendo a *El hormiguero…* y no hay presupuesto para hormigas, no… ni para Trancas [Risas]. Oye, venga, vamos a subir un poco el nivel ¿eh? [Risas].
A ver, puedes decirme ¿Cómo es que no obtuve ningún resultado en la búsqueda? ¿Lo tecleé mal, quizás?
El autor de El viaje de Antonio - A ver, me echaron de Wikipedia, como para aparecer en IMDb. [Risas].

Presentador - ¿Qué te echaron de Wikipedia? Pero oye, ¿no quedamos en que tú hacías bandas sonoras? Me he currado el monólogo para nada. Así, con la excusa, te has colado a robar los bocatas del público… que no se han comido los guionistas. (Solo quedan los de salchichón, de hecho). Por la cara, vamos. [Risas]. Pero bueno, no pasa nada. Ya que has venido echamos el rato ¿te parece bien? Dime ¿Cómo es el trato con tus clientes, los ves en persona, quedas con ellos, te tomas un café?

El autor de El viaje de Antonio - El contacto es escaso y distante. Antes me escribían algún email pidiéndome licencias o material, ahora ni eso. Eran norteamericanos o gente del norte de Europa. Había muchos alemanes. Por alguna razón que desconozco, en Alemania la orquesta ha sido no tanto como popular, pero sí muy apreciada. Encontré gente interesante, buenos creadores de contenido, pero había también otros a los que respondía y de los que nunca más volvía a saber. No les guardo rencor. Es harto frecuente que muchos proyectos artísticos no tengan continuidad y se disuelvan sin dejar rastro.
Presentador - Oye, qué raro esto ¿No te llegó un correo de Guinea sobre un fondo perdido en una sucursal? [Risas]. El príncipe heredero de una mina de cobalto…
El autor de El viaje de Antonio - Lo más normal es que la gente use mi música a través de los canales que ofrece mi distribuidora y yo me entere de algunos usos a costa de pelear mucho y, muchas veces, para colmo, después de bastante tiempo. Cosa de años. Lo poco que me llega lo reviso con entusiasmo y dejo, si se puede, un comentario de agradecimiento. Creo que este es un servicio *premium* en el que la Orquesta Arrecife destaca, porque por ahora no he visto ningún compositor que haga algo similar.

Presentador - Mira qué bien, atención al cliente, lujo asiático… y oye, ¿te contesta alguien? O mejor que no. [Risas].

El autor de El viaje de Antonio - Suelen contestar muchos, sí. Es gratificante.

Presentador - Algo que se me ocurre ahora… sin ánimo de entrar en detalles ¿Has visto muchas cosas raras con tu música? Digo vídeos [Risas].
El autor de El viaje de Antonio - Debo decir que sí. Pero solo accedo a canales bastante regulados y mainstream, *familiares*, como YouTube, con lo cual la cosa está acotada. Así todo no creas, en más de una ocasión me he llevado alguna sorpresa, no siempre agradable.
Presentador - ¿Y eso?
El autor de El viaje de Antonio - La mente humana no conoce límites. [Risas].

Presentador – Ni filtros. [Risas]. Bueno, bien. Háblame de tu distribuidora, ¿Cómo te encontraron? ¿Cómo es tu jefe? ¿Es un señor que está en su despacho, vestido de traje, con el minibar lleno y fumando un puro con una pared detrás llena de discos de multiplatino?

El autor de El viaje de Antonio - He trabajado con varias distribuidoras. Si te refieres a la principal, vi al jefe en publicaciones de Facebook, sonriendo en un *selfie* con una playa al fondo. En persona no he tenido el placer, vivimos lejos, entre otras cosas.
Presentador - Vaya, y tú ahí currando como un cabrón, sacando 5.000 temas en quince años. [Risas].

El autor de El viaje de Antonio - Al principio pensé que el jefe era un empleado, porque pasa una cosa, Buenagente… tenía una sonrisa, así como rara o forzada, poco creíble. No parecía que realmente estuviera disfrutando.
Presentador - Un momento por favor, control ¿tenemos imagen de eso? A ver si podéis localizarla. Sí, gracias.
El autor de El viaje de Antonio - En cuanto a los discos de platino… por lo que pude ver, llevan mucho el rollo música latina: narcocorridos, música tejana, rancheras, pop… yo qué sé, cosas de esas.
Presentador - No jodas ¿Bertín Osborne también? [Risas].
El autor de El viaje de Antonio - No es una disquera al uso, como las de antes, como las que todo el mundo tiene en mente, vamos. Ha atravesado varios procesos y recientemente ha sido absorbida por un grupo muy potente. Antes de la absorción ya atendía a más de cinco mil clientes y a más de cuatro millones de artistas, con seiscientos empleados.
Presentador - Y, déjame adivinar, la mitad del catálogo de la compañía lo has compuesto tú ¿no? [Risas]. Cuando vas a firmar a la oficina te tiras una semana saludando gente. *Sí, hola buenos días, soy El autor de El viaje de Antonio, encantado. Encantado. Hola, El autor de El viaje de Antonio, ¿El gimnasio, la capilla? ¿A mano derecha? Gracias* [Risas]. *Coño, Bertín, qué tal.* [Risas]. Ah, sí, momento, me avisan de control, que ya tenemos la foto, vamos a ponerla.

[Aparece la primera foto. Risas].

Oye, pues sí es verdad que sonríe raro, el hombre. [Risas]. Vamos, por lo que se ve se esfuerza, le pone entusiasmo, pero… ay, como que no le nace natural del todo. [Risas]. Hay algo, [pausa] algo que… Oye, que también puede ser el sol, un deslumbramiento momentáneo, cualquier reflejo. Nos pasa a todos. Porque hay bastante sol en la playa. Ahora, si vas de noche ya es otra película. [Risas].

Desde luego… cómo son estos ricos ¿eh? No, no quitéis la foto, ponedla otra vez. [Vuelve a aparecer la primera foto]. Lo que se dice, *llorando en el Ferrari*, que también cuesta trabajo y dinero. [Risas]. En fin… con ese aspecto tiene más cara de conducir un Golf. [Risas]. Un *Golfito* ¿no? Oye, se me ocurre una cosa. Ya podéis quitar la foto.

A ver, un momento. [Se ríe]. Control, por favor ¿podéis restaurar con la IA esta imagen y hacer que el hombre… ¿Cómo se llama el hombre, a todo esto?... Bueno es igual. ¿Podíais hacer que este CEO pareciera un poco más feliz? Solo un poco, si se puede, gracias. La felicidad es gratis.

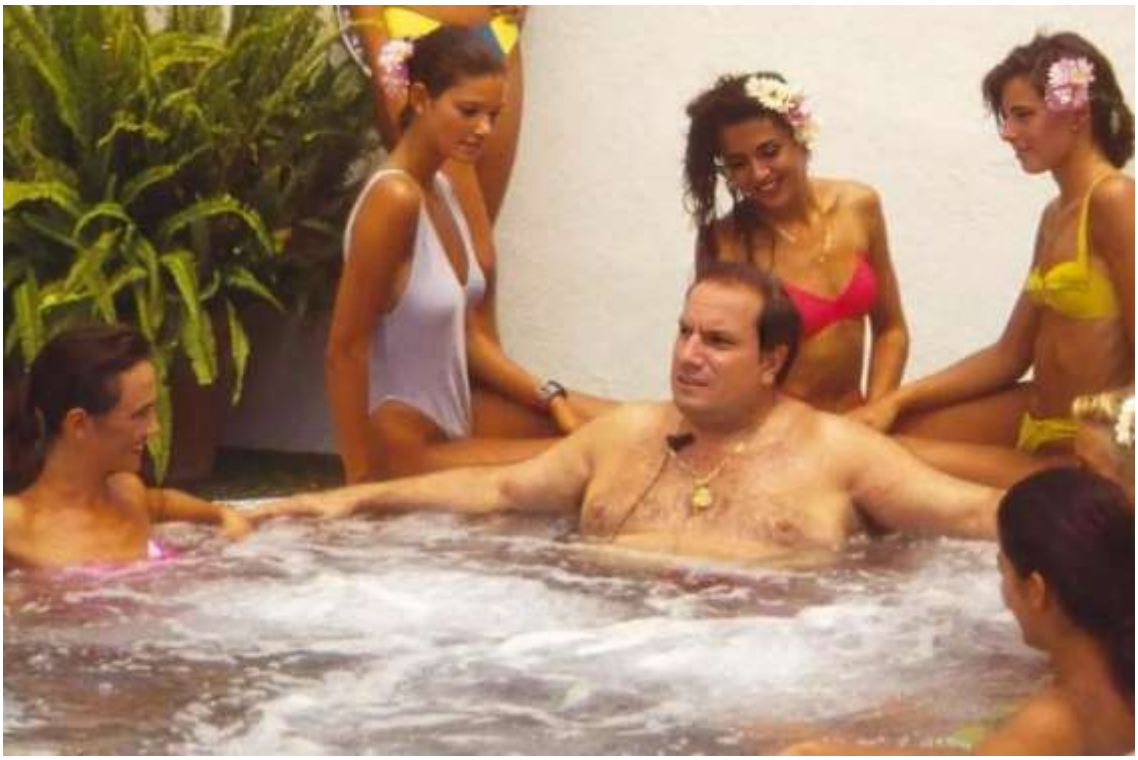
[Aparece la segunda foto. Risas].

Listo, oye, mucho mejor. Dónde va a parar. Claro que sí. Pero no sé, sigo sin verle plenamente realizado ¿tú que crees? No termina de convencerme. Por favor producción, ¿podríais lograr que el jefe de El autor de El viaje de Antonio pareciera más feliz todavía? Solo si es posible, está bien así, solo un poquito… [Mira a cámara]. Estamos entrenando la IA… poco a poco. [Risas].

[Aparece la tercera foto. Risas redobladas].

Listo, suficiente felicidad por hoy.

[Aplausos].



Presentador - No son para mi ¿eh?

Oye. Te iba a preguntar por Hacienda, ya para cerrar el arco, pero no, hay un programa por ahí de entrevistas… No, no es *El hormiguero*… No ¿eh?... [Risas]. En el programa preguntan a los invitados cuál es el saldo de su cuenta corriente… qué cosas. También preguntan por algo que vamos a obviar, porque aquí no nos rebajamos, tenemos cierto nivel ¿eh?… [Risas]. Aunque lo disimulemos bien, pero oye, lo del banco sí me parece… venga, *tema panoja* [Con acento macarra, tipo Broncano] *¿Cuánto gana un compositor con unos, digamos, 5.000 temas publicados? Puedes no responder, lo dejo a tu libre elección*. *Sin agobios. Tú a tu ritmo, no hay presión.*
El autor de El viaje de Antonio - Voy a responderte, pero de manera indirecta, elegante. Como te dije, he trabajado con varias distribuidoras.
Presentador - Rollo *minijobs*. Igual que en Alemania, ahora entiendo lo de tu público alemán. [Risas].
El autor de El viaje de Antonio - Y claro, ocurre que, a veces, pues por cuestión de derechos, competencias, rollos… algunas entran en conflicto.
Presentador - Ya, lo normal. A mí también me pasa a menudo ¿eh?
El autor de El viaje de Antonio - Puede ser también que haya algún detalle menor, alguna cosa burocrática, no sé. El caso es que cada tanto me llega una carta de alguna distribuidora, una carta que ha tomado su tiempo escribir y, previo a escribirla, alguien ha tenido que verificar todos los datos, haber hecho el seguimiento de los derechos, trámites, papeleo…
Presentador - Lo que viene siendo trabajar en una discográfica, ¿no? [Risas]. Todo normal.

El autor de El viaje de Antonio - A esa gente la pagan un sueldo, quiero decir, que ganan.
Presentador - Hombre, a ver, no querrás que sean todos tan altruistas como tú.

El autor de El viaje de Antonio - Y me llega: *el tema X ha sido demandado por la compañía Y, para solucionar esto bla, bla, bla…* y me descargo un informe de las regalías del tema X en, yo qué sé, el transcurso de cinco años.
Presentador - Ajá.
El autor de El viaje de Antonio - Y me dan tres céntimos de dólar.
Presentador - Pastón.
El autor de El viaje de Antonio - Pero no son los tres céntimos en sí. Pon que la distribuidora se lleva uno. Que me parece bien y todo, no lo discuto.
Presentador - Ya, ya te sigo. Pero hombre, con millones de artistas, a céntimo por artista… digo yo ¿eh? Sistema Ponzi de libro. [Risas]. Una cosa... a céntimo por tema tú haces negocio también ¿no?

El autor de El viaje de Antonio - Sí, ya te digo, negocio redondo, y entre esos millones de artistas representados alguno habrá como Bertín. No es mi caso. [Risas]. Pero bueno. Quiero decir, imagínate una pelea entre dos distribuidoras bien pagadas por medio céntimo de dólar. Pero bueno. Una vez contactó conmigo un cliente griego. Había escogido un tema de la Orquesta Arrecife y lo había publicado en una radio autogestionada.
Presentador - Bueno, hasta aquí bien ¿no? No sé por qué intuyo que se va a torcer la cosa.
El autor de El viaje de Antonio - El hombre estaba agobiado porque una sociedad de derechos de su país le amenazaba con emprender acciones legales si no le abonaba una cifra por usar mi música.
Presentador – Pero, un momento, ¿Cómo es eso?
El autor de El viaje de Antonio - Yo no tenía ninguna relación con aquella Sociedad de Autores. Ni siquiera sabía que existía, pero ellos, los de la Sociedad, por llamarlos de alguna manera, ya sabían dónde vivía mi cliente e iban por el tercer burofax. A ver, una radio que escucharían dos personas contadas.
Presentador - El locutor y el de la Sociedad, ¿no? [Risas]. Puro estilo SGAE… [Mira a cámara]. *Sgansta style*. Qué me vas a decir.
El autor de El viaje de Antonio - Te cobran hasta por imaginar la canción. [Risas].
Presentador - Ramoncín con el maletín… no, bueno, esto no lo hemos dicho, pero ya está registrado. [Risas]. No, no aplaudan, que luego llega factura a casa.

[Aplausos].
Presentador - Nos vamos a publicidad, pero no se preocupen que volvemos con El autor de El viaje de Antonio en un rato, hasta ahora amigos.

[Música de orquesta pachanguera y bloque publicitario].

5.000 (outro)

[Música de vuelta de publicidad. Aplausos].

Presentador - Ya estamos. Bien ¿cómo va? Seguimos con El autor de El viaje de Antonio. Cinco mil canciones… [Mira a cámara]. Y ni una para Hacienda, eso sí que es una fantasía, como dicen ahora los Z. [Risas]. Estaba pensando… mientras la publicidad, de esto que te da por pensar… oye… con cinco mil canciones, tienes ahí para escuchar un buen rato ¿no?

El autor de El viaje de Antonio - Sí, son cinco mil oportunidades de decepcionarte a ti mismo. [Risas]. Quince años, cinco mil canciones y tres céntimos. Dos oyentes y cuatro distribuidoras. Para el que no quiera tragarse un *copia y pega* de *show de lata ligero y detestable*, de corte progre, con giros absurdos, coletillas cansinas y una pizca de cutrerío local… creo que sería buen resumen.

Presentador - Es que claro… entre el gimnasio, la Iglesia… los alemanes… el CEO triste en la playa… tu vida parece una mezcla entre LinkedIn… y el Antiguo Testamento. Muchos contactos, mucho sufrimiento. [Risas]. Kafka con Spotify. En fin. Mucha diversión y poca fama, por lo que veo.

Pero hay una cosa que sí me gusta… [Baja el tono]. Que en una época donde todo el mundo quiere hacerse viral… tú has decidido hacer… cinco mil canciones. [Pausa]. Aunque no las escuche nadie. Aunque nadie las comprenda. [Pausa]. Eso ya no es algoritmo… eso es pura fe. Fe… y tiempo libre. [Risas]. Quizá demasiado, ¿eh?

Bueno, bueno, pero no te preocupes, en caso de que algún día todo esto falle… sopesa hacer música para la SGAE… que ellos ya se encargan de cobrarla, incluso antes de que exista. [Risas, aplausos]. No sé si quedará algo para ti, oye, te quedas, eso sí, con dos bocatas del público que han sobrado. Los de salchichón, sí. ¿Ah, que no quedan? Es broma. Ahora en producción te los guardan en un túper.

Nos vamos señores, que tengo el Golf en doble fila. No me pase como a Aguirre.
Aplauso grande para…

El autor del viaje de Antonio.

[Aplauso, ovación y música de cierre].